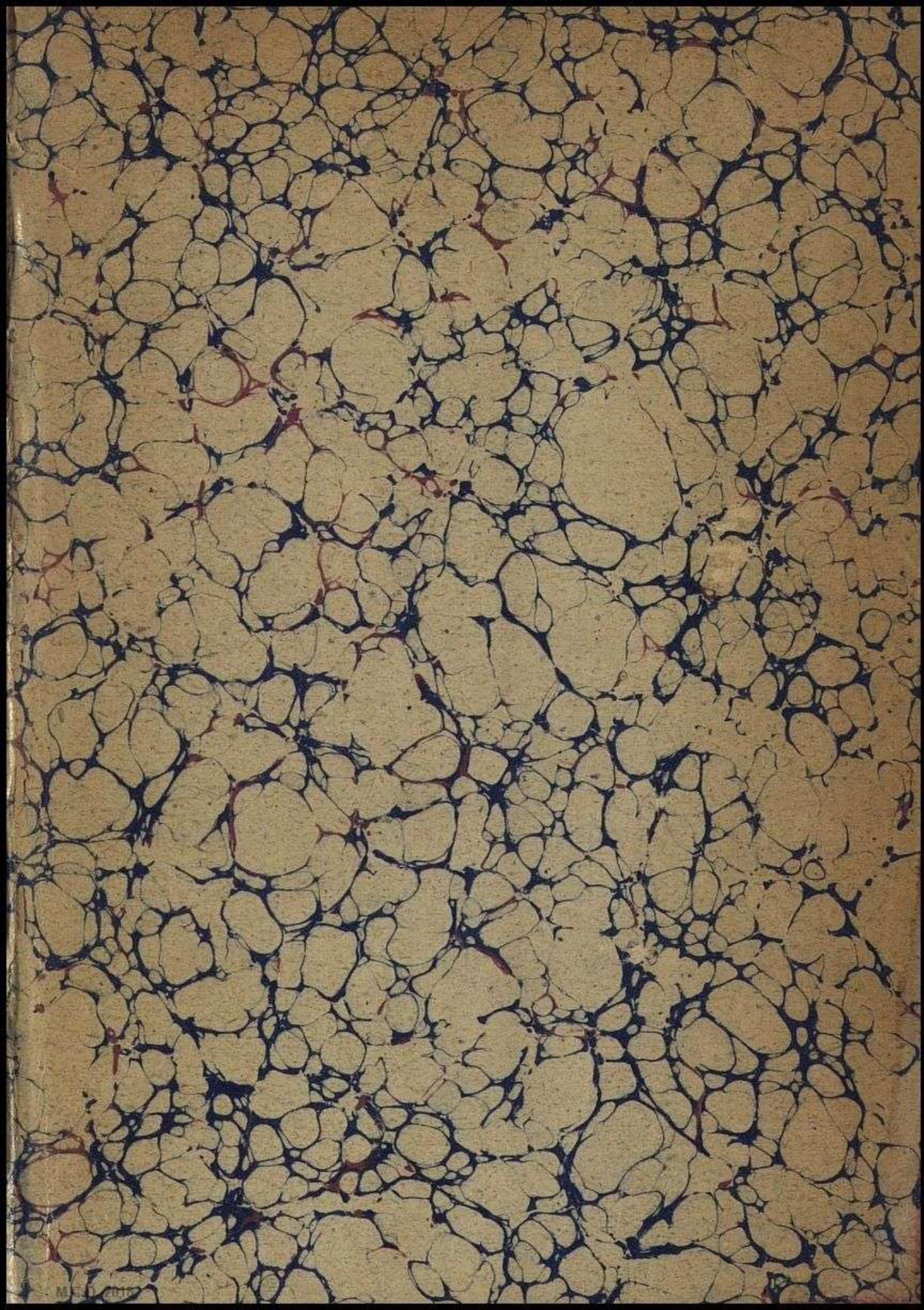


ERO

ÑOR

PO

D
364



J. ZAHONERO



~~10-201~~

EL SEÑOR OBISPO

D
364

NOVELA



MADRID

JUAN MUÑOZ SANCHEZ, EDITOR

Administracion: Espada, 11, bajo.

Es propiedad del Editor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

IMPRESA DE PEDRO NUÑEZ; PALMA ALTA, 32.

PREFACIO

Ante todo, me conviene advertir al lector, que no acechan trás de estas páginas los enconos de la bandería religiosa, y que no fueron escritas para que en ellas hubieran de vivir parasitariamente las astucias y los jugueteos metafísicos de las sectas; todo esto, que se hallará muy bien en un sermón ó conferencia, es broza que robaria á la novela vigor y vida, colorido y frescura, si es que pude lograrlos para mi obra, mediante la observacion de la realidad.

Tampoco obliga la serena imparcialidad que el arte impone, á doblegarse ante los prestigios tradicionales, y si bajo la capa de perlas y tejido de tisú de oro y á través de la fantástica aureola de un Pontífice hemos conseguido descubrir palpitante la pasion humana, el trabajo de un cerebro y los sobresaltos de un temperamento, nada habrá que impida el desarrollo de nuestra observacion sobre las influencias sociales y sobre la naturaleza.

Para los escritores de la literatura experimental en España, otras y bien diversas y complicadas dificultades se ofrecen al querer apreciar los tipos meridiona-

les, en los que la energía llega al exceso á veces, y se muestran mudables como los vientos, ó en absoluto reposo y calma canicular; ya iluminados por intensa luz, ya apareciendo difusamente, como los objetos vistos á través de las neblinas crepusculares, y siempre estorbando la seguridad en el dibujo y la verdadera entonación de las tintas para la obra á la cual sirven de modelo.

Esto me hizo temer siempre abandonar mi ánimo al empeño de escribir una obra en armonía, ajuste y dependencia con mis ideas de arte experimental, y por tal motivo, los libros que hasta ahora he publicado, incluyendo *La Carnaza*, al cual *La Revue Britanique* tuvo por obra naturalista, no son, cuando más, sino acumulación desordenada de datos, á los que sólo pude prestar ese entusiasmo febril que comunica la impaciencia ante los apuros del tiempo y los compromisos de obrero.

Hoy cuento con el reposo que me facilita el editor del presente libro, y gozo de la independencia moral que me ha reconocido y respetado con escrupulosa discreción, y puedo decir que entro en combate con los temores que infunde á un soldado bisoño el verse en la primera lid, pero entro con la confianza y el entusiasmo que presta la bandera amada.

Porque no hay que dudarlo; las ciencias naturales y las artes trabajan en el mismo proceso experimental, y las riquezas que aporten estas faenas presentes, serán en lo porvenir los fundamentos de la Historia natural del género Humano.

J. ZAHONERO.

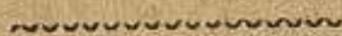
Madrid, Marzo, 1887.

ANCIANO. Señor, está demente.
GLÓSTER. ¡Calamidad de nuestro tiempo es esa!
¡Que los dementes á los ciegos guíen!

.....

(Shakespeare: *El Rey Lear*, traducción de Macpherson.)

EL SEÑOR OBISPO.



I.

—Julian, guarda esa pipa, no seas estrambótico; te pondrás el gaban oscuro en cuanto lleguemos á Albura. Si no, te va á tomar por quien no eres la persona que haya mandado el tío á la estacion para recibirnos.

Julian, sin atender á su hermana, siguió extático mirando con sus ojillos indolentes por la ventanilla del wagon el ilusorio movimiento del paisaje que cruzaba el tren, la variedad de colores que continúa y rápidamente se sucedian, los árboles, los caseríos, los cerros de cantera cortados á pico y á mina con desbordes salientes afilados como hachas, dentados como sierras, las montañas de agudas cumbres, los robledales y pinares de sus faldas, el azul del cielo, la irresistible é intensa luz del sol y la columna de humo

blanco que, lanzado por la máquina, iba abatiéndose en la tierra y se descomponía en caprichosas formas, como de fantasmas vaporosos que huyeran cogidos de la mano á correr por el campo.

Avanzaba el tren acelerando su marcha; no faltaba más que una estación para llegar Albura, en cuyo punto estaría á la una y cuarto de la tarde. Anita arreglaba con sus dedos escuálidos los cachivaches que llevaban á la mano en su viaje, ella y Julian: cestas, maletillas y los estuches de trabajo.

Era en extremo cuidadosa; en sus grandes ojos, circundados de un tinte oscuro, se mostraba una solícita atención á lo más nimio y ordenado; el cansancio parecía haber reducido hasta el pálido color de su rostro enjuto, de facciones menudas y aniñadas, y haber prestado mayor lividez á sus labios cloróticos; vestía de luto riguroso; un trajecillo de merino que apenas se ceñía á su cuerpo endeble y delgado.

Julian y Anita eran sobrinos del Ilmo. Sr. don Juan Fernando Clemente Haryan, Obispo de Albura.

Aquellos jóvenes eran dos parientes que se le iban encima á su ilustrísima, el cual había recibido de ellos algunas cartas demandando ampa-

ro. La tía, que á poco de haberse quedado huérfanos de padre y madre Anita y Julian, hubo de recogerles, habia muerto. Anita se hallaba enferma, y los médicos la recomendaban el clima de Albura; Julian habia dejado en sus epístolas al señor Obispo reticencias, frases dolientes, vagas lamentaciones acerca de la falta de trabajo en su arte de escultor. No hubo sin duda más camino para el señor Obispo, que el de ofrecer su proteccion á aquellos parientes.

Anita iba temerosa, ¡quién sabe si su señor tío veria con gusto á sus sobrinos! A Julian nada podia preocuparle; era un indiferente y un distraido: en tanto, el pensamiento de su hermana se ocupaba en disponer anticipadamente diplomáticas respuestas, moderadas expresiones de afecto, que no resultasen falsas por la exageracion de nerviosa impresionabilidad; Julian, entornando los ojos y sin dejar la pipa de los labios, por librarse del punzante olor á cebolla cruda que despedia la cesta de una viajera, se entregaba á los recuerdos de la noche anterior, víspera de su salida de Madrid.

Hubo de asistir á una cena de artistas que habia comenzado ruidosamente, cantando los convidados el coro de una zarzuela bufa, y habia terminado para Julian con el acometimiento de

un sueño letárgico que le hizo quedarse sobre una mesa con la cabeza apoyada en los brazos, hasta que á la mañana siguiente el mozo del círculo de los pintores y escultores le despertó, avisando que se acercaba la hora de salir el tren de Francia, y recordando que Julian tenia que marchar á Albura.

Las modelos habian servido la cena, con disfraces caprichosos, con todos los vestidos del taller; descotadas, mostrando desnudos los brazos, ébrias, risueñas, como en un baile de carnaval, bromeando y alborotando; con birretillos y sombreros de guarda-ropía de teatro, los cabellos rubios ó negros en peinados caprichosos, los ojos brillando de gozo y las bocas humedecidas y enardecidas por los vinos. ¡Brava partida! Se habia verificado aquella bacanal en honor de un pintor italiano que se dirigia á Toledo á hacer algunos estudios de perspectiva.

Sonreia Julian imperceptiblemente recordando la *juerguecita* pasada, y sobre todo, pensando que no dejaria de resultar bien extraño verle á él en el palacio de un señor Obispo, donde tendria que esconderse para fumar y se veria obligado á ponerse un largo leviton de sacristan, y quién sabe si á oír misa todos los dias y rezar el rosario, ó cantar vísperas y maitines. La vida tal vez fuera

por demás seductora; entreveía Julian una peregrina existencia libre de todo cuidado, una mesa espléndida, una bolsa siempre repleta de tabaco y un bolsillo lleno de plata. El tío sería generoso seguramente; Julian así lo esperaba; bien es verdad que ningún fundamento tenía para ello; ni él, ni su hermana habían visto al señor Obispo sino dos ó tres veces; una de éstas la conservaban perfectamente en la memoria. La tía, que había sido para ellos una madre, les mandó un día que la acompañasen á San Ginés, donde debía predicar el P. Haryan; Julian y Anita eran niños entonces; recordaban haber estado embutidos en el monton de carne que formaba la multitud de concurrentes á la iglesia; no vieron sino las altas luces del altar, de las arañas colgantes y de los hachones puestos en las cornisas y juntas de grandes tapices que revestían las paredes del templo; luego oyeron el órgano, y al acallar éste su trompeteo chillon y nasal, escucharon la voz potente y varonil de su tío, al cual descubrieron de un modo incierto, subido en el púlpito, vestido de blanco y accionando con los brazos. Despues, la tía Martina les llevó á la sacristía, donde los niños vieron á su tío el P. Haryan recibiendo las respetuosas felicitaciones de los clérigos y de algunas señoras elegantes, cu-

yos coches esperaban á la puerta de la iglesia. Cuando el tío fué elevado á la dignidad de Obispo, la tía Martina lloró de alegría, exclamando: —Ya está hecha la fortuna de toda la familia, Dios sea bendito.

El tren fué moderando su marcha, hasta que su lentitud hizo comprender á Julian que habian llegado al término del viaje.

—¡Albura, treinta minutos de parada!—gritó la voz robusta de un empleado de la estación.

Julian no renunció á su pipa ni aun ante la mirada de súplica que hubo de dirigirle Anita, la cual seguía temiendo que la pipa, el desaliño de la rojiza barba y del atavío singular de su hermano produjesen una impresión de antipatía en la persona que les estuviese aguardando para conducirles al palacio del Obispo, y aun en éste y todas las gentes de sotana que le rodearan.

En tanto los jóvenes miraban de una á otra parte esperando que alguien se dirigiese á ellos, un hombre alto, delgado, con la color del rostro terrosa, corva la nariz y anteojos de gruesos cristales, cubierto por un alto sombrero de copa y vestido de negro, iba metiendo la cabeza por las puertecillas de los wagones.

—Ese señor tiene facha de clérigo de sotana

corta,—dijo Julian,—y anda buscando; seguramente ha venido por nosotros.

Así era; Julian se acercó á preguntarle á quién buscaba, y él se lo dijo, casi pegando las narices al rostro de Julian.

—Somos nosotros, caballero; yo y mi hermana, que es aquella señorita que está allí parada aguardándome.

El bueno del viejo mostró una mueca á modo de sonrisa, y descubrió su cabeza, inclinándose á saludar por el lado en que él juzgó que debiera hallarse la hermana del jóven.

A la puerta de la estacion les esperaba un coche grande y viejo tirado por dos mulas con aparejos de borlillas y cascabeles; allí debian subir los jóvenes con el anciano que, segun dijo á Julian, se llamaba don Lúcas Andrés, y era servidor y grande amigo de su ilustrísima.

—De modo y manera,—dijo don Lúcas,—que ustedes son hijos de Cármén, prima carnal de su ilustrísima, segun creo; digo, si no miento; yo no sé si Cármén ó Virginia eran la prima ó la hermana. He conocido mucho á los Haryan, son familia oriunda de este país. Los abuelos de su ilustrísima vivieron en Albura, y habian nacido en un pueblo de la provincia.

Los chicos no sabian palabra respecto á su fa-

milia; su tía Martina había muerto soltera, y hubo de vivir de una renta vitalicia, y con ésta y la orfandad que les correspondía á Julian y Anita, como hijos de militar muerto en campaña, habían ido viviendo trabajosamente los tres; conservaban los retratos de sus padres, el de su padre de una ferrotipia daguerrotipo ya borrosa, y el de la madre en una miniatura; era una figura blanca, de fisonomía expresiva y de ojos azules; hé aquí todo cuanto podían decir los hermanos en estos asuntos de familia.

Habiendo manifestado Julian que prefería entrar á pié en la ciudad, don Lúcas acogió con gusto la proposición, y decidió que Anita y una criada que había esperado en el coche fuesen en él, en tanto ellos se irían andando en *la carroza de San Francisco*.

¡Los Haryan! El tema este era, sin duda, muy del agrado de don Lúcas, el cual, bajando los ojos al suelo ó fijándolos otras veces en el espacio, caminaba automáticamente charlando del asunto y dando vueltas á la memoria y cebándose en tal trabajo con feroz complacencia de hiena de archivos al desenterrar historias pasadas y combinar genealogías oscuras.

Había él conocido un Antonio Haryan, que debió ser, según todos los cálculos, hermano del

abuelo de su ilustrísima, y tío ó padre de la madre de Julian; el tal Antonio era un ganadero rico, más gordo que un tonel, y colorado y récio; estuvo casado con una señora de Arévalo, habia sido hombre de génio endiablado; cuando ocurrió la guerra de los franceses, Antonio Haryan hubo de arrojar dos al pozo de su casa; le conocia la gente por el mote de *el Santero*; una noche se acostó bueno y sano, y al dia siguiente le hallaron muerto en la cama. Don Lúcas habia conocido tambien otro señor Haryan, canónigo de la Santa Iglesia catedral de Salamanca, y por cierto grande amigo de rejonear toros.

Julian no escuchaba nada de cuanto le referia el viejo, aun cuando de tiempo en tiempo se paraba al pararse don Lúcas, y fijaba en él sus ojos como si atendiese á su charla, pero volvía prestamente á gozar de todo lo que iba ofreciéndosele al paso. Vencia el entumecimiento que le produjera haber estado seis horas sentado en el wagon, y el airecillo fresco que hubo de sentir al llegar á Albura le causaba leves y placenteros estremecimientos, como los que produce á un cuerpo fatigado un baño ligeramente tibio; aspiraba gozoso aquel ambiente de montaña y aquel soplo tónico y puro del viento que llegaba de la alta Sierra, á cuya falda y sobre un cerro elevado

se hallaba la ciudad, circundada de casitas blancas de un solo piso, agrupadas formando los arrabales, y en torno de dos ó tres iglesias de piedra oscura y torres de formas toscas, primitiva y grosera arquitectura.

A uno de los lados de la poblacion, y entre ésta y la Sierra, aparecia un valle fresco y verde, y al otro lado cerros pelados, pedregosos y tristes amontonamientos de rocas formidables, por cuyos bordes y grietas crecian zarzales, cardos y arbutos leñosos. El aspecto que ofrecia la ciudad era severo, triste y magnífico; altas murallas románicas; arcos atrevidamente desenvueltos entre cubos gigantescos y almenados; cúpulas góticas sobresaliendo airoosamente por cima de las dentadas murallas; campanarios de elegancia bizantina; torres de caperuzas cónicas ó con remates como de castillo feudal. La perspectiva se ofrecia de un modo admirable, y contrastaban los caracteres romancescos del conjunto con alguno que otro detalle híbrido ó marcadamente moderno, algun edificio lúcido, blanco y ligero, con balconaje y miradores de nuevo estilo.

El perezoso espíritu de Julian se complacia en aquella tranquila contemplacion, mirándolo todo á través de las bocanadas de humo que arancaba ávidamente á su pipa; no obstante, se

podia descubrir en sus ojos esa expresion escrutadora, decisiva y satisfecha del observador entendido, más que el dulce abandono de una sensibilidad adormecida sensualmente á la atraccion y al calor de la luz del sol.

Era dia de mercado en la ciudad, y por el camino que don Lúcas y Julian seguian, iban y tornaban grupos de aldeanos con trajes del país, derramando, por la blanca y ancha carretera, golpes de colores vivos en contraste con la negrura de la altísima puerta por la cual habian de entrar en Albura. Arrieros guiando recuas con cestos de huevos y gallinas; panaderas, hortelanas, queseras, montadas en burros y en mulas, con sus refajos amarillos, encarnados ó azules; los rostros curtidos por el sol y los aires de la Sierra, hablando á voces con ese desenfado tosco de las gentes del campo. Los paradores y las tabernas que hallaron en su marcha Julian y don Lúcas, estaban llenos de gentes, y en los patios se veian las caballerías atadas unas á otras á las columnas y á las rejas.

Todos aquellos vestimentos de colorines, como los de los personajes de un cuadro histórico ó los coristas de una escena de ópera; aquellas conversaciones que oia al paso y que, formadas por voces en desentono, llenaban de ruidos alegres

el espectáculo, las callejuelas en que luego penetraron, silenciosas, solitarias y oscuras, á las cuales llegaba el sol por singulares refracciones; los grandes edificios de piedra con portadas feudales, divertían sobremanera á Julian; el viento frío desaparecía para luego sorprenderles y atajarles de cara al atravesar alguna callejuela; salieron despues á espaciosas calles de moderno trazado, y tornaban á encontrar allí las gentes y los ruidos; se veían comercios más ó ménos elegantes, percibían el olor de las droguerías, de las tiendas de tinte y de las frutas, quesos, pescados y hortalizas de la multitud de vendedores que acudía á la plaza del mercado; y volvió don Lúcas á conducir de nuevo á Julian por calles estrechas, sombrías y largas; de pronto se hallaron cerca de una gran plaza; al llegar á ella, Julian miró asombrado lo que apareció á sus ojos.

—¡La catedral!—exclamó.

Esto era; la catedral, una mole inmensa de piedra con profunda vegetacion de relieves plateados en una de sus puertas, sencillas y esbeltas prolongaciones hácia un lado, lienzos desnudos como los de una fortaleza y coronados de almenas, y un confuso y grandioso amontonamiento de agujas y pirámides crestadas al otro; una soberbia puerta, sobre la cual parecía abrirse, como

gigantesca labor, un roseton de enlaces de piedra en combinaciones angulosas y lengüeteada pródigamente de cristales de colores; bajo ésta, las líneas ojivales en sucesivas progresiones; las riquezas y los caprichos de los resaltos en piedra; las estátuas de santos cobijados en los intercolumnios; los sátiros escamosos con los bastos al hombro; cabecitas de querubes que escapaban por toda la espaciosa série de chapiteles hasta los piés de una vírgen, vértice de un ángulo formado por dos líneas de colosales estátuas; cornisas en curvilíneo juego, en torno de una saliente cúbica; mezcla singular de decorativa monumental, atlética y de minuciosos caprichos de camafeo; macabras diabólicas y apoteósis y glorias, y escapando á estas partes de trabajosa contemplacion y exámen, el desenvolvimiento portentoso de una arquitectura severa; la ancha, sencilla y elevadísima torre dominando aquellos cuadros de estilos diversos, aquellos bosquecillos de mitras y aquel tejido de medios arcos, apareciendo en toda sencillez, á pesar del pormenor recargado y la superposicion confusa de contornos bizantinos, elegancias góticas é infinito número de trabajos que eran un portento que producía el vértigo.

Toda la ciudad parecia reducida á la nada an-

te aquella construcción, obra en la cual se daban por estilos diversos las ideas, los gustos, las producciones artísticas de los siglos; ora, según sus elevaciones, bien como por partes ya revuelta y caóticamente á los piés, en la falda, y en la cual cumbre de los altos montes las plantas de distintas zonas, y por inexplicables causas se ofrecen las de todos en un mismo punto.

—Es hermosa, es hermosa esta catedral,— murmuraba Julian, á quien habia de impresionar aquella grandeza; y dado el caprichoso gusto de su ánimo, más que nada, aquella revuelta mezcla del decorado... charla desatinada de miles de artífices, que formaba en aquella masa negra y dura una humorística y al propio tiempo austera, extravagante y á la vez artística conjunción de maravillas.

Sonó entonces un golpe metálico fuerte, seco, atronador, el de una tremenda campana de la elevadísima torre.

No habia modo de arrancar de allí á Julian; temia y deseaba acercarse á la catedral; ciertamente no hubiera dejado de revolotear en torno de ella en toda la mañana; la idea que acerca de la dignidad de su tío hubo de ocurrírsele entonces, y sin saber por qué, le llenó de vanagloria y á su pesar de cierto temor... Realmente el Supre-

mo Pontífice de aquel gran templo debería ser asimismo un superior, un Moisés como el de Miguel Angel, un sacerdote príncipe enriquecido de oro y de joyas, como el templo de esculturas y grandezas; un levita rey, guía de los fieles al ideal religioso y á la guerra, como lo parecían revelar las cruces y las almenas de aquella fábrica, que parecía á la vez fortaleza de cíclopes guerreros y mansion de dioses.

Esto se decia á sí mismo en la constante faena idealizadora que era el más característico fenómeno de su cerebro, Julian, apuntando un poco irónicamente su elucubración, divirtiéndose en ella como por costumbre; pero dejando la vaporosa exhalacion de su fantasía un residuo positivo, el respeto hácia el señor Obispo, su tio, sentimiento que tal vez no le habria ocurrido hasta entonces. Su tio era un hombre de talento, siempre lo habia oido decir Julian, y comprendia muy claramente que no llegase á Obispo ningun imbécil. Era un gran orador, segun la opinion más general. El Obispo de Salamanca y el de Albura tenian fama de ser portentosos oradores. Maquinalmente guardó su pipa Julian y tomó la resolucion de ponerse el abrigo oscuro que habia llevado al brazo hasta entonces, y que con la gasa puesta á su sombrero color canela y de an-

chas alas, eran los únicos testimonios de luto por su tía.

—¿Está muy lejos el palacio, señor don Lucas?

—Nada; unos cuantos pasos atravesando esta plazuela; luego cruzamos dos callejones y nos vemos ante el palacio episcopal.

—Vamos.

—Su hermana de usted va casa de la mia,— dijo don Lucas.—Su ilustrísima no sabia cómo arreglárselas; no podia tener en el palacio á la señorita, y pensó alojarla en las Carmelitas; pero Marina, mi hermana, tuvo por inconveniente esto, y suplicó á su ilustrísima que le hiciera el honor de permitirle ofrecer su casa á la señorita. Viene enferma, por lo que he podido ver. Tiene el color muy quebrado... *De modo y manera*, que estos aires, y luego los buenos alimentos, la repondrán prontamente con la ayuda de Dios. Yo en cuanto *que la ví*, me dije:—La señorita está muy delicada; sí, eso pasa aquí pronto; hay aquí la leche más rica de España... Además, yo me lo sé bien, soy médico viejo... Sí, señor, médico viejo... Y cristiano católico á macha-martillo; *de modo y manera* que me rio de tonterías y charlas modernas: leche, vino, miel, buen jamon, buenos pollos... ¡y se acabó!

—¡Ah! ¿Usted es médico?—exclamó Julian.

—Sí, señor; lo soy, y por la gracia del Señor, médico de su ilustrísima...—replicó gozoso don Lucas Andrés con tal acento de confianza en sí mismo, que no pareció sino que quiso demostrar que con ser el médico del Obispo, tenía éste más que segura la salud y la vida.

Era don Lucas un tipo extraño; no correspondían sus apariencias á aquella bondadosa manera de platicar, ni su sonrisa forzada, su cabeceo y torpeza de míope, ni su cara enjuta y aguileña, al alegre ánimo de viejo complaciente que se dejaba percibir en sus expresiones. Más bien parecía un usurero hipócrita y astuto.

El palacio episcopal era régio: una fábrica sencilla, con balcones simétricamente colocados, y con lindos doseletes góticos; remataba en balaustrada como la de las fachadas hechas por Covarrubias, y tenía en el centro una suntuosa entrada con pórtico coronado por el escudo apostólico.

Un portero, con librea, barria por vigésima ó trigésima vez el portal; era un viejo calmoso, muy pulcro, con su largo gaban verde-botella, con botones y galon de plata; también, como don Lucas Andrés, míope, y como él provisto de grandes anteojos y torciendo la cabeza ó pegando la vista al borde de las cosas para mirarlas;

dejó la escoba en un rincón de su portería, se limpió los ojos con un tremendo pañuelo de hierbas, y quedó estático, helado de asombro, como convertido en estatua por el atontamiento grande que le produjo saber que el forastero á quien acompañaba don Lucas Andrés era un pariente de su ilustrísima. Noticias de esta naturaleza sobrecogian al conserge.

Pasaron un gran patio, subieron por espaciosa escalera, atravesaron un cláustro, luego una y otra antesala y habitaciones sombrías, con paredes cubiertas por grandes cuadros, alfombradas y decoradas por gusto antiguo, pero severo y rico; se hallaron al paso con alguno que otro sujeto de traje talar y rostro frailuno, en el cual habia algo del servilismo resignado y frío de los ayudas de cámara, los secretarios y los mayordomos; no se oía allí el más leve ruido fuera del picoteo de los pájaros que se hallaban posados en los grandes y vetustos árboles del jardín, al cual daban los balcones de aquella parte del palacio. Por fin don Lucas alzó el pestillo de una gran puerta, introdujo la cabeza por el estrecho vano que él mismo dejara, y por último entró y tornó á salir acompañado de un jovencito de rostro lleno y sonrosado, como el de una doncella ruborosa; llevaba una sotana estrecha y des-

tocada la cabeza. Era uno de los pajes de su ilustrísima.

Fijaba los ojos en el suelo ó diagonalmente, pero ni una vez miró cara á cara á don Lúcas Andrés ó á Julian, respondiendo en voz baja y sin abrir apenas la boca y siseando de un modo extraño.

—Bien, avisaré. Espere don Lúcas un momento.

Largo fué, pero al fin terminó apareciendo de nuevo el paje para decir sigilosamente á don Lúcas:

—El señor dice que pasen...

A Julian le acobardaba una mezcla de sentimiento supersticioso, y esa torpeza peculiar á los artistas que pasan absortos horas y horas prendidos á la ejecucion de su obra silenciosos y pacientes, abstraídos de todo cuanto no sea su empeño artístico, y por último, no tienen otra sociedad que la de sus camaradas, franca, pueril, alegre, entreverada de perspicacias y de celos de mujer.

Su ilustrísima estaba sentado en un sillón en el centro de la sala, y cerca de una mesa llena de libros apergaminados y de carpetas con legajos. Era un hombre de cuarenta y tres años, y al parecer sano y fuerte; se hubiera dicho que Julian

tenia ante sí el individuo que podia acomodarse á personificar de mejor modo las cualidades que don Lúcas Andrés habia atribuido á aquel Har-yan, del que hubo de hablar al jóven pocos momentos antes. Tenia una frente espaciosa, y sobre ella un cabello gris alisado y brillante; sus cejas, separadas por huella frontal profunda, de repliegues enérgicos, eran espesas y vigorosamente rectilíneas. Un rostro encarnado y de pómulos perceptibles, sin perturbar la redondez de sus mejillas; boca de lábios proporcionados y bien hechos; tersura en todo el rostro; reposo en todo él, y el acento de la expresion grave é imperioso, reservado y aparentemente modesto, así como tal vez el fuego de aquel su temperamento sanguíneo, se mostraba en sus grandes ojos negros llenos de inteligencia y á veces fulgurando apasionamiento, especialmente cuando su ilustrísima ocupaba el púlpito y hacia oír su voz de barítono, quebrantada por entonaciones profundas y oscuras.

Desde luego se sospechaba que aquella faz habia sido modificada en sus principales caracteres, y era resultado de una obra maestra de la voluntad y del arte sobre la naturaleza, tenia ese mecanismo misterioso que hace el fruncimiento y la cautela de los sacerdotes.

Los ojos de su ilustrísima eran realmente her-

mosos, y su ilustrísima los velaba con cierto severo recato que no podía explicar el fantaseador Julian, sino diciéndose que aquello era la majestuosa castidad de un dios; las manos de su ilustrísima eran blancas, rollizas, apetecidas por los lábios de las mujeres que le acometían á la salida del templo para besar el anillo apostólico del Pescador.

Sintióse Julian avergonzado al mirar sus pantalones ya incoloros, barbados por sus bocas, su levitilla gris, la pobreza de su traje resaltando en la magnífica estancia del señor Obispo; éste estaba vestido con una sotana de seda morada, su gran cruz episcopal de oro con las piedras preciosas, y el solideo de borla verde en la cabeza. Cuando don Andrés y Julian habian llegado, su ilustrísima se hallaba dictando á un escribiente, en el cual no se habia fijado Julian en un principio; era un clérigo jóven, pero tan macilento y flaco, que comparándole Julian con el rollizo paje que les habia recibido, pensó que el uno podria ser llamado el *Angel de Pásqua* y el otro el *Ángel de la Cuaresma*.

Julian se habia arrodillado y habia besado el anillo de su ilustrísima, recibiendo su bendicion pastoral con toda la devocion que le fué posible fingir en aquel momento.

En tanto, don Lucas Andrés hablaba con el desparpajo que afectan los favoritos ante los reyes delante de gentes á las cuales creen deslumbrar con la envidiable confianza de que disfrutan cerca de la majestad. Contó cómo habia hallado á los jóvenes, y charló sin tino, como era su costumbre hacerlo. Julian no sabia qué decir, ni cómo comportarse; estaba impaciente por salir de allí.

—Está bien, está bien, señor don Andrés;— dijo su ilustrísima, y dirigiéndose á Julian, exclamó con tono frio y seco:—¿Y la hermana, cómo está?

—Está mal, señor...

—Aquí habrá de aliviarse... ha de verlo, ha de verlo cómo se alivia la hermana...

Esto dijo gravemente su ilustrísima, y paseó sus grandes ojos mirando á Julian de piés á cabeza. El joven se hallaba cada vez más molesto y confuso, dando vueltas al sombrero que tenia entre las manos, así como un labriego záfio y temeroso. En tanto, su ilustrísima tornó á hablar con la solemnidad que prestaba á las palabras; su voz llena y la lentitud de su lenguaje producía un sonsonete monótono de notas bajas, apenas modificadas por la maléfica sorna propia de los frailes y de las monjas, que deja al que la oye

en la duda de si acarician ó se burlan. Su ilustrísima encomiaba las virtudes de la tia Martina, y hablaba de ésta como de una santa, á quien no habria de ser dudosa la canonizacion si sus piedades y buenas obras fueran conocidas por el mundo como lo eran para su ilustrísima.

—Una santa, una verdadera santa...—repetia el señor Obispo;—bien debe imitarla, bien debe imitarla, y sobre todo en la devocion que siempre tuvo al santo nuestro padre San José y á nuestra Santísima Madre la Vírgen del Cármén, ¿entiende, Julian, entiende? Ahora estése aquí en Albuera el tiempo que fuere menester; bajará con el buenísimo don Lúcas, que ha de hacerme la merced de acompañarle á su alojamiento; ya mañana le hablará el señor Secretario de unos trabajos que han de encomendarle; y acuda al santo ejercicio que se celebrará mañana en nuestra santa iglesia catedral...—Y su ilustrísima añadió en voz baja algunas palabras que no llegó á percibir claramente Julian, pero que le parecieron ser algun mandato para que él y don Lúcas se retirasen; éste y los pajes se inclinaron con respeto humildísimo, y salieron todos del gabinete, dejando á su ilustrísima con el *Ángel de la Cuaresma*, engolfados de nuevo en el trabajo interrumpido á la llegada del jóven. El cuarto que á éste le se-

ñalaron, era una habitacion estrecha y jalbegada como una celda; se llegaba á ella atravesando anchos salones, severa y lujosamente decorados, un gran claustro de columnas y arcos de orden compuesto que cercaban en cuadro el patio central, y luego un estrecho pasillo con puertecitas á uno y otro lado; allí se hallaban las habitaciones del padre Secretario, de los familiares y criados de su ilustrísima. El cuartito tenia una ventana que daba al campo; una imágen de San Jerónimo en un gran cuadro de antigua y borrosa pintura descostrada y agrietada colgado en la pared; una cama, un palanganero, una mesa y dos ó tres sillas llenaban el reducido espacio de aquel cuarto. Allí pasó los primeros dias de su residencia en Albuera, Julian; no volvió á ver ni una sola vez en este tiempo á su señor tio, el cual comia en sus habitaciones. Julian bajaba al refectorio con los familiares. Sonaba tres veces al dia una pequeña campana anunciando las horas de comer; antes de servirse el primer plato, el padre Secretario rezaba, y asimismo despues de los postres. En la capilla del palacio se celebraban dos misas; la primera, muy de mañana, la decia su ilustrísima, y á ella no asistian sino los dos ayudantes y el padre Secretario; la segunda la decia éste, y debian acudir á oirla todos los criados del palacio, y entre

ellos iba Julian, lo mismo que asistia al Rosario, rezado en la capilla todas las tardes.

Julian no habia ido sino una sola vez á visitar á su hermana, la cual vivia en un oscuro case-ron antiguo de grandes puertas de madera pinta-das de verde, con tremendos clavos negros, y dos grandes aldabones que semejaban delfines esca-mosos, con las colas enroscadas. Aquella puer-ta estaba herméticamente cerrada siempre; en su pórtico de piedra habia labrados dos escudos con bandas, robles y algunos signos de blason, ya en deterioro; la casa mostraba tres ventanas con grandes rejas y separadas á grandes distancias, exactas las tres. ¡Cosa bien extraña! no llevaba veinticuatro horas su hermana en aquella casa, y cuando Julian, á quien casi como si en ello hu-biera un gran misterio, habia hecho pasar un criado sigilosamente á una sala, halló en ella á Anita, la encontró reservada y melancólica, y se-gun ella le dijo, la señora con quien vivia era una señora muy afectuosa y grave; rezaban am-bas mucho, no salian sino muy de mañana á misa á la iglesia de San Pedro, á dos pasos de la casa. Anita estaba muy contenta, segun afirma-ba de un modo, por el que creyó Julian compren-der todo lo contrario; ambos debieran en sentir de la muchacha, esperar las órdenes de su señor

tio. Anita recomendó á su hermano que pusiese el mayor cuidado en obedecer á su ilustrísima.

— Creyó Julian deber decir por su parte que no veía ciertamente en aquella vida de excesivo recogimiento la mejor higiene para la salud de Anita; pero ella aseguró que en breve, si mejoraba el tiempo, saldria con la señora á una hermosa finca que ésta poseia en los alrededores de la ciudad.

Él, Julian, el hombre descuidado, que vivia gozoso en el presente sin que del pasado hubiera, para sus escrúpulos, reservas, y sin que le acometiesen temores por lo porvenir, sentia entonces la nostalgia de una alegre y libre existencia, interrumpida por aquellas costumbres devotas; por la falta de expansion en los afectos, en las palabras y en las relaciones del trato; vestido de negro y obligado á mantenerse en una pulcritud monjil, temiendo cometer á cada paso la más leve inconveniencia, como si ésta pudiera resultar un sacrilegio; desocupado y abrumado por infinito número de nuevos, mortificantes é inútiles deberes de clérigo, y sin acertar á explicarse qué se proponia con aquello el señor Obispo, su señor tio. Si no hubiera sido por su hermana, sin género de duda, Julian, tomando el maletin, se habria marchado de Albura al dia siguiente para no

pensar más en el mitrado pariente, ni en aquel nido de buhos y grajos, como en su pensamiento calificaba al palacio de su ilustrísima y á los reverendos que en él pululaban.

—¡Maldicion, señor don Lucas,—exclamaba Julian;—¡maldicion! Esto no es para mi vida ni cosa que lo valga; así estoy mano sobre mano hace ya más de ocho dias sin otro consuelo que el de tumbarme en el catre, abriendo la ventana para ver el valle, y que penetre el sol en mi garita, y fumar horas y horas, cuando no puedo escaparme á la catedral ó á recorrer este pueblo de los tiempos del rey que rabió, y que si rabió seria por tener el tio obispo.

Las humoradas ó genialidades de Julian producian el contento en don Lucas, el cual aseguraba de todas veras que el jóven era en un todo semejante á su bisabuelo Antonio Haryan; porque al fin se probó que el tal Haryan habia sido el abuelo de Cármen Haryan, madre de Anita y de Julian, y primo-hermano de su ilustrísima. Todos estos descubrimientos satisfacian al viejo don Lucas, hombre que, segun se decia de él en la ciudad, se sabia de memoria el Martirologio romano, las efemérides de hechos memorables, el *Diccionario de la lengua castellana* de la primera edicion de la Academia, *El Quijote*, las vidas

de los santos, los salmos penitenciales, y recordaba al dedillo todos los hechos, fechas, genealogías, defunciones y nacimientos.

Lo cierto fué que Julian hubo de conocer entonces cuanto hasta entonces no habia sabido sino difusamente, respecto á la familia de su madre, los Haryan, tan renombrados por don Lucas. Tales noticias poco le importaban á Julian, y las hubo de recibir á pesar suyo.

Habia existido otro Haryan en Albura, el más notable de la familia y el que resultó para sorprender á don Lucas, que no tuvo hasta entonces noticia alguna de dicho señor, á pesar de que el tal Haryan se hallaba retratado en uno de los salones del palacio episcopal como chantre que habia sido de la santa iglesia catedral de Albura, y que por haber muerto poco despues Obispo electo de aquella silla apostólica, era citado en la historia eclesiástica de la ciudad.

Llamábase Juan Manuel Haryan; hubo de ser propuesto para el obispado de Albura por el Gobierno constitucional; pero murió de pena, segun decia el pueblo, porque la Santa Sede no confirmó la propuesta. De Juan Manuel Haryan se conservaba una pastoral que, como gobernador, provisor y vicario general eclesiástico de la diócesis sede episcopal vacante, dió, cumpliendo una real

orden del año 1822, en la que se mandaba á los Arzobispos, Obispos, Vicarios, Gobernadores eclesiásticos, que en sus diócesis y parroquias condenasen á los eclesiásticos rebeldes á las doctrinas constitucionales, y probaren á los fieles que éstas en nada se oponian á los principios del catolicismo.

Se hacian en dicha pastoral referencias al Antiguo Testamento, en lo cual debe sospecharse que hay siempre, tal era la opinion de don Lucas, un maquiavelismo heterodoxo. Lo único que podria importarle á Julian en todo cuanto se referia á las cuestiones de familia, era saber que el señor Obispo no tenia otros parientes sino Anita y él, y que su ilustrísima era muy rico, segun públicamente se decia, si bien algo avaro, segun tambien se decia, aunque se decia de un modo reservado y sólo entre los murmuradores y difamadores que se reunian en cualquiera de los tres cafés ó de los dos Casinos que contaba la ciudad.

Esta siguió siendo durante un mes la distraccion de Julian; iba y venia por sus calles prolongadas, estrechas y tortuosas, ó bien en derredor de sus murallas, ó bajo las altas bóvedas de sus iglesias y de su magnífica y hermosa catedral. Siempre hallando en las caras de cuantas personas encontraba en su camino, ojos sorprendidos

y figones, cuchicheos, atisbamientos; y sintiendo en sus oídos y á su espalda aquel rumorcillo de chismosos y de imbéciles asombrados que le miraban como á un animal extraño, y á los cuales serviría sin duda de tema para sostener los desmayados y monótonos paliques de un vecindario compuesto de mujeres, hipócritas en su mayor parte, viejos que no habian salido jamás de la ciudad ni dado un paso más allá del término de ésta ó de la alameda de San Jerónimo, por donde aparecian á tomar el sol como los lagartos á tres cuartas de distancia de su agujero; propietarios que vivian afligiendo á sus colonos; otros, prestamistas, y muchos vividores parásitos de la catedral ó del Ayuntamiento; con éstos, mezclados, algunos tipos singulares, que eran los que más rebullian en aquel pueblacho levítico, y que se diferenciaban del resto de los habitantes por sus ocupaciones industriales ó mercantiles, por su despreocupacion religiosa y por la guerra sorda que mantenian con el clero, sin hacer de ello una manifestacion muy ostensible y nunca individual, sino siempre colectiva, ora en nombre de una sociedad de recreo, bien en el de otra de fines humanitarios, y pocas veces en nombre del Casino liberal, sostenido principalmente por los empleados del Gobierno y los oficiales de la guarnicion. El pueblo,

apenas mostraba su carácter, ni concurría por manera alguna á prestar algun color á la ciudad; los arrabales estaban poblados por labradores que, al despuntar el alba, salían al campo y tornaban de él por las tardes entre dos luces, guiando la yunta de arar, montados en los carros de paja y de grano ó en los potros de la trilla, segun la estacion... Volvian cantando melancólicamente casi todos, canciones de una melodía igual, que ni aun con el tiempo cambiaba, trasmitiéndose de padres á hijos con inapreciables variaciones. Éstos y los aldeanos del valle y de la sierra no aparecian en la pequeña ciudad sino los dias de mercado; sus fiestas se celebraban en las afueras, en alguna ermita lejana al son del tamboril y de la gaitilla castellana.

La ciudad, á pesar de sus tres cafés, en todo tiempo vacíos, y de sus dos Casinos, de alguna que otra fábrica de las cercanías, y de la animacion que podian prestarle los soldados y los oficiales que la guarnecian, á pesar de la vida que sin duda alguna le prestaba el ferro-carril, parecia solitaria, una vieja ciudad abandonada, y donde por casualidad, cerca de los edificios antiguos y de las venerables ruinas, habian llegado como de paso algunas gentes; allí sólo estaba en perfecta armonía con la austeridad de los muros y la gran-

diosidad salomónica de sus gigantescos templos, el boato fúnebre, ostentoso y aparatoso del catolicismo. Era una ciudad guerrera y monacal, donde los clérigos cantaban el *De profundis* al vetusto feudalismo batallador, del que se conservaban como testimonio los palacios y los sepulcros de piedra, inscripciones góticas, estatuas yacentes de caballeros armados con el doncel dormitando sobre el yelmo de su señor.

—Magnífico, no hay duda,—se decía Julian nerviosamente,—el señor Obispo nos educa: á mí para fraile y á Anita para monja; está visto que es así... nos enseña á holgar hipócritamente.

Sin embargo, aquella hermosa catedral de Albura se imponía al espíritu de Julian; todo resultaba raquítico y extraño ante aquella obra magnífica, resistente y vetusta como una cordillera de formidables montes; con su elevada torre y las sucesiones de desmedidos cuerpos de edificios, estribamientos grandiosos, ábsides esbeltos, columnas airoas de atrevido juego, ora delgadas como troncos de palmeras abiertos á su término, con graciosos chapiteles; ya gruesos como los árboles tropicales de circunferencia extensa; en grupos, en haces soportando arcos góticos de agudos vértices; habia allí algo significado, cuya interpretación resultaba difícil por lo heterogéneo y miste-

rioso; pero á la idealizadora naturaleza de aquel mozo, cuya sensibilidad se hallaba refinada por el trabajo de un arte, exquisito en sus concepciones y realista en sus obras prácticas, cumplía satisfaciendo el curioso deseo, más bien la propia vaguedad del símbolo, que su valor filosófico y religioso; era para él un encanto inapreciable aquel confuso brillo de la idea, bajo el complicado conjunto de una vária escultura, bajo la exótica combinacion de órdenes diversos en la maravilla arquitectónica. Julian disfrutaba serenamente de la contemplacion minuciosa y del todo, ya admirando la catedral en su aspecto exterior, ya colocándose en la nave matriz ó desvariando en el aprecio de combinaciones de perspectivas diversas.

Aquella fachada principal y su soberbio coronamiento de almenas feudales que acometen de una parte, y de mitras crestadas que se alzan desarrollando en grandes proporciones pirámides más agudas, y agujas con todas las finuras de la elegancia del emporio gótico, que en las noches de luna presentaban contrastes y realces fantásticos; y el interior de las grandiosas naves con ventanas ojivales y rosetones de cristales de colores ofreciendo en grados, en mezclas, en tintas de variados tonos, sub-naves lejanas ilu-

minadas de luz rosácea, azul ó nacarada, luz blanca, luz de sol refractando sobre los dorados del admirable retablo del altar mayor. Todo aquello admiraba á Julian; era una extraña asociacion de elementos contrarios, concurriendo á una armonía de combinaciones formadas por los colores de la aurora, las sombras de la noche, las negruras de la piedra y la nitidez del mármol del pavimento, de las estátuas y de los altares. Julian acudía allí, encantándose con los enigmas escultóricos, creyendo leer allí pensamientos profundos, como el músico imagina percibir la passion en la sonoridad expresiva de las notas; complacia á su naturaleza soñolienta y perezosa, á su indolente y nervioso temperamento, lo indeterminado y lo vago del arte tradicional.

Por las noches, y á las horas en que temblaba la primera claridad del alba, rondaba alrededor de la catedral; muchos dias, á las cinco de la madrugada, paseaba en torno del templo escuchando á lo lejos la voz angustiosa y atiplada de los serenos cuando se iban ocultando los astros, y los tabernuchos, las carnicerías, los puestos del mercado se abrian, preparando á la luz de mustios farolillos la limpieza; llegaban á él el olor y la humedad de las verduras que las campesinas

iban colocando en las aceras de la calle y al pié de los muros de la catedral.

Una tarde asistió á una ceremonia religiosa; por fin, á ella debió ver nuevamente á su tío. El Secretario habia esperado á Julian á almorzar, y se mostró en el almuerzo más amable y franco que otros dias; hablaba á veces con desparpajo y empleando familiaridades halagadoras; se preciaba de entendedor en cosas de arte, y realmente revelaba verdadera cultura en tal materia, charlando, no obstante, con demasiada audacia, con atrevimiento de aficionado... Julian, en cambio, no hubiera podido decir dos palabras sobre el asunto; él tenia la costumbre de entregarse silencioso á sus concepciones, mirar atentamente el modelo y trabajar con la paciencia que infunde la fé; abstraído y esclavizado en su empeño hasta el punto de que en ocasiones silboteaba y canturreaba de un modo automático.

—Esta tarde, su ilustrísima, su señor tío,—dijo el Secretario á Julian,—oficia de pontifical... habrá de reservar la Sagrada Forma con la Custodia de engarces de esmeraldas, brillantes y rubíes, pié y sol cincelados por Benvenuto; regalo, á lo que se dice, de Pio VI á un santo Obispo para nuestra catedral.

Aquella tarde, en efecto, el templo se hallaba poblado por apiñada multitud en la parte comprendida entre el altar mayor, el coro y dos de las naves laterales; el ambiente frío y siempre puro de la catedral se hallaba alterado por ese tufillo picante á traspiraciones humanas que exhala todo concurso de gente apretada en un punto. Los hombres aparecían junto á las grandes columnas, en los oscuros rincones, de pié ó sentados en los bancos; las mujeres, ocupaban el centro de la gran nave, cubiertas, la mayor parte, con mantos de los que usaban las mujeres del pueblo en el país; se veían también algunos sombreros elegantes y velos madrileños de señoras encopetadas. Grandes hachones mandaban surojiza luz por las difusas curvas de los sombríos claros producidos caprichosamente en el fondo de las naves.

El coro estaba atronador con sus voces profundas; su canto monótono y grave, contrastando sucesivamente con el agudo de otras voces atipladas é infantiles; allá en el fondo, al esplendor de un número infinito de lengüecillas de llamas, se veía el dosel, bajo el cual, revestido con su magnífica vestimenta pontifical, su manto blanco y oro, los pectorales y la mitra de pedrería, su báculo de oro, se hallaba su ilustrísima el se-

ñor Obispo, rodeado de clérigos, de cohorte, de servidumbre, acólitos y monaguillos con sotanas negras y encarnadas y blancas sobrepellices.

Su ilustrísima parecía un Obispo de mármol blanco, al cual la coloracion vital y el fulgor de las luces daban un tono cálido y una como aureola de sacra glorificacion; se mantenía con los ojos bajos y el rostro majestuoso y noble de un príncipe celestial que estuviera aquí en el mundo lejos de todas las miserias humanas, y soportando su cautiverio por la sola mision de bendecir á los hombres.

A la verdad, Julian estaba orgulloso; él no habia pensado jamás en cuestiones de religion; talvez tuviera por herencia algo de esa supersticion mundanal, resultado de las dos aberraciones del entendimiento humano, el temor de la duda y la esperanza inconsciente, supersticion que acobarda y lleva alguna vez á los hombres de mundo al confesionario, y justifica las cábalas del jugador en el garito; pero á la verdad, no se habia echado á pensar en serio sobre ningun tema de religion; él sentía con orgullo parecido al que ha de acometer á los parientes de un príncipe al verle recibir los tributos de la humillacion y del vasallaje de sus súbditos.

Resonaron los dos [órganos descarga de terri-

bles truenos y de trompetas crugientes, infinito concierto de cañones aflautados lanzando una estrepitosa, profunda, dulce y vibradora armonía, en la que habia algo de salmo ó de overtura triunfal, que se sobreponia de un modo potente á las voces del coro. Julian se estremeció; llevaba los ojos á las naves donde llameaban los grandes hachones, donde las altas estátuas aparecian entonces indecisas, y los cristales de color clareaban de un modo difuso; llegó con su mirada á la sagrada luminaria del altar mayor, á la multitud sobrecogida y humillada, á los sacerdotes, magníficamente revestidos, algunos en torno de su ilustrísima, cuya capa pontifical cogian de una y otra punta dos clérigos con pluviales sobre la espalda... El narcotizador aroma del incienso se elevaba en blanquecinas nubes saturando de perfumes el templo.

El efecto era magnífico; no pudo explicarse entonces Julian, ni se cuidó de explicar despues, cuán variados afectos le acometieron; era aquello la concurrencia de muchos accidentes para formar una enérgica impresion que en su sensibilidad neurótica produjeron vértigos y convulsiones inesperados: pensó en su madre, á la que no habia conocido; en su tia, cuyo cadáver habia él mirado poseido de extraño miedo, de compa-

sion y de pena; en la miseria pasada; y en aquel cuartito de la calle del Piamonte, y al recordar y pensar en todo esto, le punzaron extraños remordimientos.

¡Quién sabe de qué y por cuántas menudencias sin precio! por sus frases malas, por días de libertinaje, su vida de bohemio... y en fin, se acordó vivamente de su hermana... ¿dónde estaba Anita? ¿Había ido allí Anita á postrarse ante el Dios que su tío iba á mostrar en sus manos á la muchedumbre? Sin darse cuenta de ello dobló la rodilla é inclinó la cabeza... y vió, no lejos de él, como á unos quince pasos, escondido tras un confesonario, el rostro pálido, enjuto, los ojos grandes, temerosos y tristes de su hermana.

La hubiera llamado en alta voz; se hubiera acercado á ella, á no estorbarlo las mujeres que, arrodilladas y cuasi sofocándose unas á otras, les separaban con infranqueable estorbo.

No, no le podría ver; se hallaba cara al templo, y parecía, además, muy recogida y devota... Entonces, por ese retorno del pensamiento á la realidad, fenómeno al cual llaman los clérigos tentación del demonio, sacudió su grave emoción, y se dijo con cierto enojo irónico: á mi hermana la harán beata al fin y al cabo.

Su ilustrísima tenia entonces la refulgente Custodia en la mano; sonaron los ruidos de campanillas argentinas; se oian tambien las grandes campanas de la torre en barahunda atronadora; se produjo en la multitud un movimiento, como una inesperada ondulacion de aquel conjunto; era que muchas mujeres que habian permanecido sentadas sobre los ruedos de esparto, se erguian para quedar de rodillas; en esto apareció junto á Anita una señora, á la que aquélla habia ocultado hasta entonces, habló á la jóven sonriendo imperceptiblemente; Julian sintió una impresion extraña; su nerviosidad, excitada más que nunca, hubo de vibrar ante lo que se ofreció á sus ojos. Era una matrona alta, esbelta, velada en parte por un ámplio manto de crespon que servia de fondo y daba á realce á una admirable cabeza.

—¡Vaya un modelo!—se dijo electrizado Julian, ante aquellas facciones de vigorosa hermosura, no obstante ser apenas revelada á la vaga luz del templo; ante aquellos ojos y aquellas cejas negras... Era, segun pensaba Julian, una espléndida belleza. Tal y como una estatua de reina alzada de su sepulcro de piedra, envuelta en mantos de sombra, como por romancesco gusto imaginaba Julian.

Las campanillas seguían en su repiqueteo incesante.

El órgano esparcía por las resonantes bóvedas la *Marcha real*, y dejaba, como en otro lejano término de audición, el *Tantum ergo*.

Pero nada podía entonces vencer el influjo humano de aquella matrona, cuya cabeza, cuyos hombros, cuyos contornos todos se marcaban en armonía correcta y con los encantos de la mujer hermosa á los treinta años de la vida.

La luz del día iba apagándose; apenas penetraba ya sino una vaga claridad por los altos ventanales góticos, y brillaban con mayor fuerza los hachones de fulgor rojizo y el millar de velas encendidas en el altar. El ambiente se hacía desagradable, mezclándose al tufo de traspiración humana los olores de iglesia, la cera y el incienso. El concurso devoto le formaban en su mayor parte mujeres del pueblo con las cabezas cubiertas por mantos de paño burdo ó pañuelos de colores; mozas regordetas con mejillas y facciones de criadas de servicio, ó de monjas; señoritas de provincia, ménos airosas, pero más saludables que las de la córte; viejas gesticulantes moviendo devotamente los lábios en continuo rezo, que recordaba el cómico roer de los conejos tímidos y asustados. De tiempo en tiempo se oían quejum-

brosos suspiros de algun alma apenada, ó de algun pulmon en espasmo de asfixia.

Julian se hallaba junto á un extenso haz de columnas, de cuyos chapiteles arrancaba uno de los arcos góticos de la espaciosa nave; á su espalda habia un sepulcro de los tiempos medios, y en el sarcófago de piedra labrada la estatua colossal de un obispo arrodillado en un almohadon y con las manos juntas sobre el pecho y con la cabeza elevada al cielo. Julian habia escapado al fin de la influencia que en su ánimo hubo de empezar á ejercer la suntuosa ceremonia, y se ocupaba en rebuscar con los ojos, á través de la gente, y aprovechando los movimientos de la dama, la cara blanca y hermosa de ésta, aquella cabeza de perfecto modelado. Julian sólo habia visto devotas como aquella en las iglesias de Madrid, á las cuales concurre por costumbre la aristocracia cortesana; era la desconocida como aquellas grandes señoras á quienes espera, sombrero en mano al pié de la carretela, el lacayo á la puerta de los templos, y que se ven asediadas por las plañideras súplicas de los mendigos, y admiradas por los galanes que aguardan á la salida de las iglesias, como en los vestíbulos de los teatros, la aparicion de las mujeres.

El señor Obispo lanzaba poco despues sobre

la muchedumbre humillada la bendición pastoral con el índice y el dedo corazón de la mano derecha extendidos y cantando el *pater, filius et spiritus sanctus*, al compás de tres cruces hechas en el aire; poco después, en la multitud se percibió esa primera y levísima oscilación que se produce en una superficie de agua estancada cuando se abre un escape á la masa líquida; por uno de los extremos se iba la gente á agolparse al paso de su ilustrísima, para recibir de nuevo sus bendiciones ó besar el anillo del Pescador.

Su ilustrísima caminaba majestuosamente seguido de su cohorte de clérigos; llevaba los ojos bajos, y el rostro tan imponente y sereno como el de cualquiera de aquellos obispos de piedra que se erguían sobre los altares ó asaltaban por los rincones sepulcrales de la catedral, sorprendiendo á Julian.

Julian le miró, sintiendo en su ánimo una profunda veneración; se inclinó ante él, y cuando hubo pasado se enderezó, dirigiéndose á salir por la puerta principal con el intento de ver á su hermana y á la desconocida, cuando ellas salieran á su vez. Las puertas laterales daban á callejuelas estrechas, y la multitud se dirigía en masa á la salida principal, abierta por completo. El ruido de las grandes campanas ensordecía los oídos

más resistentes, era un estruendo loco, un jolgorio de badajos, una algarabía de sonidos atronadores, metálicos, bruscos y roncós, argentinos y agudos.

Julian quedóse en la plaza junto á un grupo de hombres que miraban el desfile de la gente. Eran mozalvetes y militares de la ciudad que piropeaban á las mujeres y murmuraban de todo el mundo, riendo groseramente y charlando con esa maledicencia ácre y pequeña que divierte á los provincianos.

—Señores,—dijo uno de los que componían el grupo,—ya está aquí...—y añadió bajando un poco la voz: tan hermosa como siempre... *la señora obispa*, es la mejor mujer de Albura, caballeros; tiene también su familiar... una damita jóven... ¡Ay, Marina, Marina! ¡si yo fuera ilustrísimo!

Julian vió á su hermana y á la desconocida; evidentemente hablaban de ellas... ¿Qué diablos de malignas conjeturas hizo Julian en un momento con lo que acababa de oír? Serían las palabras oídas miserables audacias de la chismografía de Albura calumniando á su santo Pastor.

II.

Albura es una capital de segundo orden; está poblada de conventos de monjas y de frailes; tiene quince parroquias, veinticinco capillas, un seminario, la catedral y palacio episcopal. Es sombría y se alza sobre un cerro como un nido de águilas.

En 188... habia en Albura un palacio deshabitado, propiedad de los duques de Araceli; el antiguo palacio episcopal estaba ruinoso, y la duquesa cedió al obispado aquel palacio, y el palacio viejo fué demolido dejando tan sólo los muros y la puerta de entrada que conservaba el escudo apostólico en el centro. El nuevo palacio, reparado por la Diputacion provincial, era un edificio de espaciosas habitaciones y situado junto á la muralla de la ciudad en un punto desde el cual se dominaba, en toda su extension, un valle comprendido entre Albura y los cercanos montes, eslabones

oscuros de la altísima sierra. Por este lado se presentaba la parte de población más vetusta y levítica, y en el pobrísimo arrabal que al pié de la muralla existía tendido hasta el principio del valle, se alzaban tres conventos de monjas.

Desde el cuarto de su ilustrísima, por un mirador cúbico sobresaliente en los muros, podía contemplar el Obispo todo el arrabal y la hermosa perspectiva del valle. Casas pobres, callejuelas desiguales, corrales y huertas; las cercas de piedras de algunos terrenos de labradío; los prados, el río, las aldehuelas y las granjas de la llanura, todo visto en completo plano como á vista de pájaro, cual si se estuviera en un globo ó se mirase un dibujo topográfico. Veía su ilustrísima, en el arrabal, á los chicuelos desarrapados jugueteando en las calles ó saltando por los barrizales los días de lluvia; á las mujeres, tendiendo las ropas en cuerdas, entre aspas de palos, ó en los zarzales y arbolillos de algunas corraladas; el trágico de las casas de labradores, el movimiento de las gentes que llegaban por las veredas y caminos del valle á la ciudad. A veces subía del arrabal el hedor de los montones de estiércol apilado en los corrales para el abono de tierras; pero era aquel un punto constantemente ventilado por los vientos de la sierra, situado en el pla-

no mismo en que se erguía la torre de la catedral, extremo que se elevaba 1.300 metros sobre el nivel del mar.

Era un conjunto admirable formado por las gradaciones de verde color de los prados triguales y huertas del valle; el río tortuoso, los pueblecillos lejanos que surgían ante los cristales de unos gemelos de campaña, como graciosas apariciones, aldeas hechas para accidentar caprichosamente los detalles de un nacimiento; en los días rígidos del terrible invierno, podía verse en la ancha superficie nevada á los campesinos caminando con dificultad por el valle; y en los calurosos tiempos de la siega los hombres con el cuerpo doblado sobre los trigos, trabajando penosamente con las hoces bajo el ardiente sol del estío.

Allí solía pasar algunas horas en curiosa inspección ó dulce adormecimiento ante la refracción del valle bañado de sol, el señor Obispo, sentado en un cómodo sillón de brazos y respaldo cómodo. En tiempo frío abrigaba sus pies con una espesa manta de carruaje, y los colocaba sobre un calorífero de Tarragona.

Sentía allí más tranquilidad y un goce inexplicable, como si se hallara en lo alto del monte en el cual Satanás ofrecía á Cristo el mundo humillado á sus pies para tentar con vértigos de

soberbia al Mesias, diciéndole: *Si me adoras, he de darte toda esta potestad.*

Juan Haryan habia esperado desde muy jóven llegar á las más excelsas dignidades eclesiásticas; no le fué necesario, durante sus estudios ni en los comienzos de su carrera, estimularse con esperanzas quiméricas ó combatir con la desesperacion; tuvo por protector al cardenal Ciriaco, arzobispo de T.; mas no por eso dejaba de sentir el gozo del bien cuando se veia ya disfrutándole.

Segun lo que por imprudencia ó tal vez por cautela le hubo de referir un pariente, parecia que en 1815, el padre del señor Obispo era un medidor de trigo, que, viéndose arruinado en Albuera, se dirigió á Madrid con su mujer, y puso allí una casa de huéspedes que dejó al poco tiempo, siendo colocado con un destino en la Vicaría castrense. Se decia que este puesto lo debió el padre del Obispo á un grave suceso; ello debió ser tan sombrío y tan singular, que á nadie habló jamás del asunto el padre de su ilustrísima, y lo verosímil del caso habria de hallarse entre lo que el padre Ciriaco y los padres del Obispo ocultaron, y lo que las calumniosas suposiciones del público describian en cierto modo. Se decia que la madre del Obispo habia tenido amores con el cardenal; esto era cosa corriente en todas partes,

y no se recataban muchos al decir que el padre Haryan era hijo del padre Ciriaco. Por entonces en España eran manejados como armas estos asuntos, más ó ménos calumniosos, y en estas cosas se ocuparon las gentes, haciendo declaraciones de tal naturaleza, hasta refiriéndose á las más encumbradas y poderosas familias de sugetos consagrados para supremas potestades en la nación.

Ello es que Juanito Haryan siguió la carrera del sacerdocio, y que ésta fué costeadada por el padre Ciriaco, el cual le protegió incesantemente, colocándole en puestos de lucimiento.

El padre de Juan llegó á lograr una gran fortuna; habia sido hombre activo, disimulado y astuto con todas las malicias del campesino, desarrolladas en los tratos de los mercados rurales y refinados con las astucias de la curia clerical; no obstante, Isidoro Haryan se arruinó á la postre; ruina que en nada afectó á la suerte de Juan. La madre de éste habia sido una hermosa mujer, nacida en Salamanca, hija de unos ricos ganaderos; su familia era toda gente de cinto embutido de peluconas, guija al hombro, rumbo de feriantes, y braveza de mayores y lidiadores de toros. Magdalena habia sido una mujer alta, de rostro siempre coloreado y saludable, cuello corto, ojos

vivos y cabeza airosa y movable; no carecia de gracia, era resuelta y apasionada; recordaban los que la habian conocido, á su hijo Juan no le fué dado este placer, circunstancias muy singulares de su persona, de sus gustos y de su carácter. Su voz hubo de ser siempre recia y varonil, aún más que la de su marido; no formaba propósito alguno que no pusiese prestamente en realizacion; luchando con todo y contra todo hasta cumplirle; habia quien no podia olvidar aquel carácter ambicioso que hacia á Magdalena pasar el tiempo fabricando de continuo quiméricos proyectos que ella celebraba como de fácil logro con sólo pensarlos. Lúcas Andrés, el médico, era quien á cada momento hacia memoria de todo cuanto se referia á Magdalena, su ilustrísima, segun él se asemejaba en todo á su señora madre, ménos en la excesiva vivacidad de ésta; por lo demás, á creer al médico, cuanto hacia el señor Obispo venia á recordar hasta los actos más insignificantes de su madre, que del cielo de Dios gozara.

¿Gustaba su ilustrísima de aguar el vino, porque beberle puro le producía sofocacion y malestar? pues así hacia su madre; ¿dormia el señor Obispo un cuarto de hora despues de las comidas sentado en un sillón? exactamente igual que

por costumbre habia hecho la madre durante toda su vida, y así en lo demás; cierto era que con tales declaraciones hechas por don Lucas muy confidencialmente, como si se tratara de cosas de la mayor importancia, y que al ser conocidas de los demás resultarían profanaciones del alto cargo sacerdotal del señor Obispo, el médico creia conservar la intimidad afectuosa de su ilustrísima, y que en tales noticias entraba más el trabajo de lo imaginado que el de la memoria, toda vez que don Lucas sólo habia visto en una sola ocasion á la madre del señor Obispo, año antes de que ella muriese.

A pesar de la opinion de don Lucas y de las aventuradas suposiciones de las gentes, la naturaleza señalaba un gran parecido físico y moral entre el Obispo y su padre, y no tan marcado con la madre; de modo que eran desmentidas las gentes que suponian que podria haber existido solucion de continuidad en la rama generadora de los Haryanes, y que su ilustrísima fuera un fruto de ingerto.

Era, como la madre habia sido, apasionado y ambicioso, pero más tranquilo y más reflexivo; en el rostro no conservaba sino el color y lo rollizo de sus mejillas, así como del cuello, algo más largo que el de su madre; pero sus facciones

tenian un perfecto parecido con las de su padre, y como éste, era astuto hasta ocultar hábilmente sus emociones; confiado en sí mismo, pero receloso de los hombres: tales cualidades habian sido apuradas hasta la perfeccion por la vida del cura y los manejos de iglesia.

La mitra habia sido ganada verdaderamente; el padre Ciriaco no habia hecho sino lo que un capitán puede hacer con un soldado favorito, señalándole ocasion y puesto por la que, y en el cual, se encuentre un ascenso; el púlpito le habia dado la fama de orador sapientísimo, de clérigo valiente y de hombre de talento, y esto hubo de conseguirlo en Madrid y en las épocas más turbulentas de la política. Era un clérigo cortesano que trabajaba con cierta independencia en contra de la revolucion, y muy ligado á la causa del trono derribado; alardeaba en todas partes de hombre entendido en asuntos políticos, y mantenía hábilmente su crédito de docto entre los grandes personajes del moderantismo. Los republicanos, tímidos revolucionarios, mimaban á los curas que no se habian declarado carlistas, y por los tiempos en que los republicanos gobernaron, estuvo el padre Haryan á punto de ser nombrado Obispo á propuesta del Ministerio. No obstante, el padre Haryan era francamente alfonsino y

no dejaba de conspirar por el triunfo de la restauracion.

Una tarde, en la iglesia de San Ginés llegó á mostrar en el púlpito una pequeña fotografía del ex-príncipe de Asturias, que poco despues, merced á una algarada de la soldadesca, habia de ser rey de España. La oratoria del padre Haryan habia tenido dos manifestaciones: fué en el púlpito ampulosa, llena de pasion y más profana de lo que hubiera podido pensarse; en las Academias científicas de que él habia formado parte, irónica, fria, razonadora y correcta, defendida por un tono religioso muy fuera de lugar en tales sitios. En aquella época de ardoroso combate, le valieron su robustez y lo ardiente de su temperamento para desplegar una actividad incesante; era locuaz, diligentísimo, infatigable. Se sentia bien en medio de aquel ir y venir, hablar, mantener relaciones con los jefes del miserable complot que fraguaba la traicion á la República; escribia un periódico, y puede asegurarse que no ocultaba mucho á los clérigos, que para él no eran el púlpito y la iglesia sino insignificantes auxiliares de sus grandes trabajos y para sus atrevidos intentos.

No habia duda, se hizo mundano por este tiempo; los mismos curas esperaban mejor verle

algún día diputado y hasta ministro, como Necker ó Talleyrand, que Obispo de una diócesis.

Se hallaba por tal época en su elemento; estaba ménos grueso; caminaba con gran agilidad; brillaban sus ojos; sonreía expresivamente al saludar ó hablar á las gentes; trataba á todos los hombres notables, y era recibido en muchas casas de la grandeza con verdadero entusiasmo. Toda esa clase de los burócratas importantes tenía al padre Haryan por representante de sus ideas religiosas, en nada extremosas, sino en cuanto á la conveniencia de hacer un cristianismo que se ajustase en un todo á la doctrina política de moderacion.

Poco despues del triunfo de la Restauracion desapareció de Madrid el padre Haryan, y á los tres años tornó á aparecer en el púlpito predicando en sentido exclusivamente religioso; al cabo futé nombrado Obispo en una diócesis de Ultramar: ya despues de dos años de residencia en su primer obispado, permutó por motivos de salud con el Obispo de Albura.

Hé aquí lo que de público se sabia.

Aunque eran muchas las ocupaciones del obispado, el padre Haryan hallaba tiempo para publicar algunos trabajos en várias revistas técnicas, conservando con esto su crédito de hombre

de saber. Se habia producido entonces una reaccion en las opiniones literarias: cuanto más conservador era el publicista; más oscuro y metafísico en los conceptos; más vulgar en los raciocinios; más premioso y nímio en la erudicion, mayor crédito de hombre sábio conseguia; era corriente escribir con cierta limpidez de estilo, y hasta muchos que debian su fortuna á las ideas revolucionarias y la misma juventud, adoraban una série de categorías fundadas en la docencia pretenciosa, en la correccion por artificio, en lo vano de los discursos, inspirados por esa cobardía del criterio que se llama buen sentido.

Era, en fin, opinion generalmente admitida, que el señor Obispo de Albura era un pozo de ciencia, un elocuente orador, un hablista consumado. Ya nadie habia que se acordase del padre Haryan para descubrirle en el ilustrísimo señor Obispo de Albura, por ese cómodo medio que hallan los clérigos de esconder su apellido y mudar de personalidad con lo anónimo de su condicion.

Habia cambiado realmente; era entonces beatífico, pausado, solemne en sus ademanes, seco y rígido como superior, conciso y majestuoso en sus sermones, y hasta á sus escritos les prestaba un estilo austero y un laconismo dogmático propio de un Pontífice. Habia engruesado, andaba

con dificultad, la color de su faz aparecía en ocasiones por demasiado encendida, y cuando no la imponente soberbia de un carácter dominante y enérgico, se descubría en su rostro el tédio ó el fastidio que él no acertaba á disimular.

Conservaba aún extremada afición á los estudios políticos, y era realmente un canonista consumado.

Haria tres años, por la época en que dieron principio los sucesos que narramos en el presente libro, que habia muerto el padre Ciriaco dejando á su protegido una posición importante, y con sobrada fuerza para realizar sus ambiciones y resistir á los enemigos que entre el mismo clero pudieran envidiar su fortuna ó discutir sus merecimientos.

Con el nombramiento de Obispo, su activa naturaleza habia recibido un golpe rudo en el cambio de hábitos y la mudanza de trabajo; su diligencia no podia corresponder entonces á su inquieta ambición, desmedida, ilimitada, tan febril y exigente como encubierta bajo el traje talar morado y bajo la sagrada cruz episcopal.

En Albura fué en un principio acogido con entusiasmo por el clero parroquial; todos los curas de las iglesias de la diócesis celebraron tener por Obispo á un hombre de grandes luces inte-

lectuales y de justificada nombradía; esperaban actos de justicia por parte de un sugeto tan ilustre como lo era el nuevo prelado de Albura.

Los curas de las parroquias del valle y de la sierra apetecían sobremanera el reposo y la normalización de su existencia oficial combatida por los gobiernos revolucionarios y complicada por las funestas tentativas carlistas. Había llegado una época de oportunas reparaciones; se hacían grandes esfuerzos por restablecer en la opinión pública el fervor tradicional; aparecieron varias Órdenes de frailes, y se dispersó por la Península una nube de jesuitas parlantes á vociferar en los púlpitos y á trabajar en los escondrijos de la confesion. Los seminarios que se hallaban vacíos tornaron á recibir colegiales por módico estipendio, y en los aldeanos resucitaba el astuto cálculo de dar á los hijos la carrera de cura. No habiendo podido el clero avasallar con una dominación ultramontana, aceptaba como tregua la vida semi-burocrática que le reconocían los doctrinarios de la Restauración. Para láicos y seglares, la lucha era un obstáculo. Transigían entre sí; había espacio lo mismo para el monopolio y la centralización políticos que para el parasitismo clerical; la codiciosa patulea se componía de contritos, estaba preñada de arrepentimientos ver-

gonzosos, pero no necesitaba sino una época de sosiego; el pico estaba enclavado en la presa, se hacia necesario no perturbar el gozo de la bestia glotona.

Las gentes de la clase media se entendian por transigencias y convenios tácitos, y era útil á las aventuras del negocio el monótono zumbido católico; narcotizaba á la nacion cubriendo la política concuspicente con un velo de apariencia moral y reparadora. A esto se debia tambien que hubiera cesado en cierto modo la diferencia de intereses que separaba al clero plebeyo del alto clero, y que aquél confiase en los nuevos Obispos que, como el de Albura, representaban la política de benevolencia marcada por la Restauracion.

El nuevo Obispo de Albura pretendia llegar á dirigir los altos intereses de Roma, defenderlos con habilidad diplomática y convertirse por ello en una potencia política; acariciaba, además, una aspiracion vaga, estímulo de su naturaleza ambiciosa, algo no bien definido, no concretado, pero apetecido por insaciable deseo.

El clero catedral de Albura se humillaba aparentemente, ocultando en esta sumision una dominante energía que descubrió bien pronto el señor Obispo, y la cual no le fué difícil abatir. El

señor Haryan, que habia pasado por todos los grados hasta recibir la mitra, como algunos príncipes por todas las categorías militares, desde soldados hasta verse hechos graciosamente generalísimos de las fuerzas de mar y tierra, gozaba de cierta independencia en la clase clerical como algunos Obispos y cardenales de Roma, cuyas familias disfrutaban patrimonialmente (segun podria decirse), desde remotísimos tiempos de las más excelsas dignidades del sacerdocio católico, y forman lo que se ha llamado camarilla de lores del Vaticano.

El señor Haryan contaba, además, con el favor del Gobierno; así es que trabajaba en parte por cuenta propia; segun se decia en Albura, entre los más cautelosos y astutos individuos del cláustro catedral, no faltaba quien afirmara que su ilustrísima habia organizado un trabajo de fiscalizacion y de organizacion en su secretaría particular y con independencia de las oficinas del Obispado; que recibia de los párrocos informes detalladísimos acerca de las pretensiones de las personas influyentes en cada lugar; qué bienes poseian; á qué industrias ó qué negocios dirigian sus capitales: de igual modo trabajaba la vigilancia del Obispo en las dependencias del Estado, y hasta en las cuestiones de mayor interés para la Metrópoli. Estas noticias tal vez no pa-

sasen de ser meras conjeturas de los tres ó cuatro canónigos en quienes mayor curiosidad hubo de despertar el nuevo Obispo, porque la vida íntima de su ilustrísima era impenetrable. Su gabinete era un *Sancta-Sanctorum*; aquel alegre camarín del mirador, la urna de un dios. Puede que al dirigir desde allí el Obispo su mirada al valle y á la sierra, mirara los pueblecillos lejanos, colocados entre riscos, apareciendo en el verdor de la llanura ó medio ocultos en las frondas, como frutos de la vida social en aquellos campos; y los viese roídos silenciosamente por la oruga, fiscalizados y prendidos á la red de clerigaya tendida por él como apostólico pescador de hombres. No obstante, se entregaba á su obra, lenta, reposadamente, tal vez acechando la ocasion, como acecha la caza el águila real, medio adormilada en la cumbre. Su marcha era segura; su trabajo, por complicado que fuese, quedaba reducido al encanto de una partida de ajedrez para jugador entendido.

Dos años antes de la revolucion, Haryan era un clérigo cauteloso y devoto; estaba delgado y pálido; hacia una vida sedentaria; su cuartito de la calle de Preciados parecia una celda que hubiera podido servir de gabinete á una beata; en él pasaba estudiando la mayor parte del dia ante un

lindo altarcillo con la imágen de la Vírgen de la Silla, cuyos ojos miraban plácidamente al niño Jesús, blanco y de cabello rubio y rizado como la madre; en las gradillas del altar habia siempre dos jarras de loza con flores frescas y seis candeleros de plata con velas labradas, de espirales hojas y grecas hechas en la cera y ceñidas por anillos de talco tornasolado.

En la alcoba habia una cama de hierro, y á la cabecera un Crucifijo de marfil, regalo del padre Ciriaco. Por entonces dominaba á Juan ese poético sentimiento que embarga el ánimo de los clérigos jóvenes y que es fruto de la severidad de los votos: la abrumadora melancolía, la inconsciente tristeza de la castidad forzada. Ponia extremoso esmero en su limpieza personal, y no salia jamás á la calle sino pulcramente vestido con su sombrero de teja cortito, muy alisado; sus manteos cepillados y sus zapatos lustrosos; llevaba siempre puestos los guantes de lana negros; media docena de tarjetas de visita en su cartera de notas, y un menudo reloj de plata pendiente de un cordón al cuello y escondido en un imperceptible bolsillo de su sotana. Saludaba con distincion; hablaba afectando timidez, pero sin que por ello dejase de hacer comprender á las gentes que él era persona de importancia y hombre de enten

dimiento; y tal cuidado ponía en asearse, como en educar y afinar sus gustos de hombre distinguido; hacia su tocador intelectual leyendo cuanto creía que podría servirle para adquirir elegancias en la frase y cierta aparente instrucción acerca de todo. Eran estos cuidados, previsiones de un hombre que sabía los bienes que la suerte le tenía reservados. No obstante esta aceptación de su destino, Juan sentía en aquella época una terrible crisis, inexplicable y violenta; era una perturbación general; parecía rebelarse su organismo contra los hábitos de vida vegetativa adquiridos en el seminario; y perturbado el egoísmo propio de los que, como Juan, crecen y se desarrollan en el fondo de una celda, sin las influencias de la familia ni los estímulos del trabajo inmediatamente útil; no quería muchas veces apoyar su atención en las ideas que le asaltaban ante la realidad, y parecía gozarse en las nimiedades de una existencia metódica sin objeto, y en pueriles expansiones de un extraño sentimentalismo devoto. Éste creció á tal punto, que mezclaba por él los gustos naturales á fantasías piadosas, revelándose este estado de su espíritu en un consorcio singular de la devoción con los caprichos más femeniles, casi impropios del fondo grande de su carácter; leía á los místicos; com-

praba estampitas para registro de sus libros, y se ocupaba de adornar el altarcillo con el cuidado de un santero; á pesar de esto, que era como un plan calmante, las quiméricas idealizaciones, las ternezas piadosas se resolvían en un sordo encono contra sí mismo y contra todo el mundo; de los éxtasis de Patmos hubiera pasado bruscamente á los deleites de Babilonia.

Sus padres habian muerto; no tenia más parientes que una prima carnal casada con un militar, dos hijos de éstos y Martina, hermana de su madre y del padre de su prima; Juan iba de tiempo en tiempo á visitar á unos y á otros; sus primos murieron, y los hijos, niños de corta edad, como es sabido, fueron recogidos por Martina; Juan siguió visitando á ésta muy de tarde en tarde, como por no perder la costumbre. Hé aquí cuanto, fuera de la paternal protección del padre Ciriaco, podia decirse que estaba relacionado con él en el mundo. A veces se creía enfermo y se le ocurría pensar en que tal vez le fuera conveniente irse á vivir con su tia Martina; pero su tia habitaba un tercer piso en calle de las más alejadas del centro. No entraba esto en los cálculos del sacerdote de la buena sociedad, futuro príncipe de la iglesia ¡quién sabe si en no lejano tiempo cardenal! ¡Y quién sabel... Un pres-

bítero es un caporal de esperanzas más lógicas que las de Napoleón el Grande.

Siguió viviendo en la casa de huéspedes de la calle de Preciados durante mucho tiempo, todo el que hubo de pasar lejos del padre Ciriaco, que por entonces se hallaba en Roma. Los dueños de la casa eran un matrimonio con una hija de nueve años, una traviesa muchacha, rubia, con grandes ojos de ámbar oscuro, dotados de toda la ingenuidad de los ojos azules, y de todo el fuego de los ojos negros. Era linda y arrojada para las picardigüelas de muchacha; se percibía en sus risas de mohines graciosos, y en sus miradas audaces cargadas de malicias, una temible precocidad; parloteaba como una mujer pretenciosilla y desenfrenada; su cuerpo era por la época á que nos referimos de una delgadez que hacía pensar con pena en la posibilidad de que sobreviniesen para la niña graves crisis antes de determinarse el completo desarrollo; estaba casi siempre pálida, y en su travesura había mucho de inquietud morbosa. Jacinta paraba poco en su casa; muy de mañana la acompañaba la criada á un colegio de señoritas; allí almorzaba y no volvía de él hasta las seis de la tarde. Al entrar en casa se oían su parloteo de niña bachillera, y sus risas de locuela. Su padre, don Pedro, estaba empleado

en Correos con 6.000 reales; su madre, doña María, no se ocupaba sino de asistir á los cinco huéspedes: un ingeniero de minas, un médico, el padre Haryan y dos estudiantes de Derecho, condiscípulos, paisanos, tocayos, de la misma edad y de los mismos gustos. Media hora antes de comer ya estaban casi todos los huéspedes en sus habitaciones, y Jacinta entraba y salía bulliciosa en los cuartos del médico, del ingeniero y de los estudiantes; éstos bromeaban con ella y la hacían correr desatinada, y riendo por el largo pasillo; don Juan tenía que cerrar su *Breviario* ó suspender su estudio, mal humorado, y solía exclamar la mayor parte de las veces:

—¡Vaya una educacion, y vaya un respeto que tiene la niña á los que vivimos en su casa!

Una noche llegó el alboroto de la chicuela á un punto tal, que don Juan salió al pasillo y gritó entre suplicante y severo:

—¿Me harán el favor de no alborotar?

La muchacha era quien muchas noches daba dos golpecitos con los nudillos en la puerta del cuarto de don Juan, y al ser respondida alzaba queditamente el pestillo, abría la puerta, y apareciendo con los ojos bajos ante el cura, medrosa, fingiendo un temor que estaba bien lejos de sentir, le avisaba con voz imperceptible de que ya

estaba servida la mesa, y luego salia de allí canturreando cualquier copla de la calle ó del repertorio de las zarzuelillas apicaradas, triviales, graciosas, juguetonas como ella. La comida era presidida por el ingeniero don Gaspar, un hombre grueso, de cara ancha y colorada, frontal espacioso y ojos penetrantes que miraban tras unas gafas de cristal de roca guarnecidas de oro. Era silencioso y pocas veces tomaba parte en la conversacion general, mantenida siempre y animadamente por don Antonio, el médico militar, hombre fino, sociable, de conversacion chispeante y génio expansivo; don Pedro comia con sus huéspedes, y al lado de don Enrique y don José los estudiantes, que oian con placer al médico y mostraban una formalidad y una seriedad de jóvenes discretos y respetuosos, recién llegados de provincia, y aturdidos por la barahunda madrileña. Don Juan comia tambien en la mesa redonda, no tomando parte en la conversacion sino cuando le obligaba á ello la idea de no pasar por huraño ó intratable. Las conversaciones políticas jamás se entablaban sino cuando algun suceso importante las provocaba; el médico militar parecia ser un isabelino fanático; el ingeniero, mirando á don Antonio con persistencia cuando éste aseguraba ardientemente que si la revolucion

sacaba la cabeza seria vencida, y al señor Cura cuando hacia votos por la vida de los reyes, dejaba entrever algo de burla en su imperceptible sonrisa, y seguia silencioso.

Jamás se habló en aquella mesa de asuntos de religion; antes bien todos revelaban un profundo respeto al señor Cura, hasta don Gaspar, hombre sospechoso, de ideas «no muy ortodoxas,» segun él se habia atrevido á asegurar, dejando comprender con esto que tal vez fuera él un materialista radical, trataba á don Juan con exquisita cortesía.

—No hay duda, he tenido suerte,—solia decir don Juan á su tia Martina,—vivo en una casa de personas decentes.

Fuera de aquella media hora, entre la llegada de Jacinta al volver del colegio y el momento de servirse la comida, y las mañanas de los domingos, en las que, como en la ocasion antedicha, la niña jugueteaba por el pasillo con los criados y con los tres huéspedes, el médico y los estudiantes, jamás se alteraba el silencio, el buen sevicio y el órden de la casa.

Cinta, como la llamaban todos, era el demonio; un dia puso en medio de la sala que servia de estrado á los huéspedes, un pelele relleno de trapos, vestido con un uniforme viejo del médico,

poniéndole por cabeza un cráneo que el doctor tenía en la mesa de su cuarto, cubriéndola con un rós y armándole con un espadín desenvainado.

Aquello hizo reír á todos, pero le dió *asco* al señor Cura, que veía en la jugarreta una espantosa profanación. Otro día se atrevió á más: se presentó en la mesa con un bonete de don Juan, y juntando las manos al pecho como un oficiante, fué recibida con algazara por los huéspedes: don Gaspar la encontró preciosa con aquella corona negra de cuatro picos sobre su cabellera blonda; el médico la llamó *hechicero monaguillo*; los estudiantes aplaudieron, y don Juan se contentó con decir muy suave pero decididamente:

—Doña María, esta niña juega con todo... hace burla de todos. Desde mañana cuente usted con mi habitación desocupada.

No había manera de hacerle desistir de su empeño: ni las satisfacciones amigables de los compañeros, ni la explicación de doña María y el enojo de don Pedro, que reprendió ásperamente á la niña; don Juan estaba, al parecer, resuelto á llevar á cabo su decisión. A poco tiempo oyó cerca de sí el señor Cura lloros y suspiros, y el sobresalto nervioso y repetido de un gemir apenas dominado; Cinta estaba arrodillada á sus piés implorando perdón.

Él la perdonó, advirtiéndola que no debiera tomar á juego, ni la persona, ni las cosas de los sacerdotes; al dia siguiente la regaló un precioso libro de misa con sus manecillas de plata y sus lindas láminas en cromo, y desistió de salir de la casa; pero desde entonces fué inviolable su habitacion, de la cual jamás salia sino vestido de cura, y en la que no entraba nadie más que doña María. Cesaron hasta los jugueteos ruidosos del pasillo; Cinta paraba poco en casa, y cuando veia á don Juan le saludaba fingiendo una exagerada veneracion. No obstante, un dia se subió á una escalera que daba á un ventanillo de cristal, sobre el falsete de la alcoba del señor Cura, puercecilla clavada para cortar la comunicacion con el cuarto ropero, que era el inmediato al dormitorio de don Juan, y la traviesa muchacha vió á éste en pantalones y en mangas de camisa «como un hombre.»

A Cinta le produjo esto un efecto extraño: el gozo de haber visto algo reservado, algo muy semejante al desnudo; y al propio tiempo recibió una sorpresa, que en su imaginacion de niña picardeada y precoz causaba cierto encanto; don Juan parecia más jóven, era esbelto, tenia un cuello robusto y no era tan flaco de cuerpo como de rostro. Bien pronto se pro-

puso Cinta aprovecharse de aquel observatorio para averiguar lo que á ella le tenia desde hacia mucho tiempo en comezon de curiosidad: ¿en qué diablos pasaba tantas horas encerrado en su gabinete el don Juanito? Pocas veces hubo de encontrar ocasion de observarlo; tenia que apoderarse de la llave del ropero que siempre llevaba su madre en el bolsillo, y aguardar momento oportuno para no ser descubierta. Un dia sorprendia á don Juan escribiendo; otro paseándose muy pensativo y agitado, *como el leon del Retiro*; otro le halló arrodillado, con las manos juntas y cruzadas sobre el pecho y los ojos fijos en la imágen de la Vírgen. Es un santo, se dijo la picaruela, y desde entonces tomó ella por costumbre ir á misa todos los domingos, á la misma misa que decia don Juan en la iglesia de San Ginés, y hasta estuvo tentada de pedirle que la confesase; pero se le ofreció desde luego una duda: si decia toda la verdad, tendria que declarar á don Juan lo del ventanillo, y si mentia, hacia una mala confesion, y esta idea le llenaba de medroso escrúpulo.

Una mañana, al dirigirse don Juan á la puerta de la escalera, doña María le dió el aviso de que don Gaspar, el ingeniero, habia encargado que le avisasen cuando el señor Cura fuera á sa-

lir de casa, y que dijeran á éste que don Gaspar deseaba hablarle.

El bueno del ingeniero le recibió en su cuarto, cerró la puerta y le dijo que le llamaba para prevenirle que aquel mismo dia habria de estallar la revolucion en Madrid; la familia real se habia expatriado, Santander se habia rendido y las tropas revolucionarias de Alcolea llegarían en breve á celebrar en Madrid su victoria; él estaba bien informado de todo, á pesar del rigor que el Gobierno de última hora habia desplegado para evitar que circularan las noticias. No era dudosa ya la lucha; la revolucion habia vencido. Don Juan debia, pues, salir de paisano, porque quién era capaz de saber los abusos que cometerian las turbas; el odio al clero, justificado ó no, era igual que el que se sentia contra los Borbones.

El padre Haryan agradeció el consejo; pero demostró al ingeniero que él se hallaba aún mejor informado, y dijo que por nada del mundo dejaria de vestir su traje sacerdotal.

—Así, amigo don Gaspar,—añadió el cura,—como usted puede morir en el fondo de un pozo de mina cumpliendo con su deber... yo podré morir en medio del volcan revolucionario.

Entonces cambió, en efecto, la vida del padre Haryan; dejó su existencia lánguida y sedentaria,

se amortiguaron los enérgicos trastornos de su naturaleza; empezó para él la gran época de lucha; lentamente desarrollaba nuevo vigor, y á la existencia de recogimiento y de oracion, á los melancólicos ensueños y febriles embates por una castidad sostenida, extraño carácter del sacerdocio católico, con empeño y noble orgullo que hacen que un hombre se defienda contra la sensualidad, por el pundonor mismo que vanagloria á las mujeres vírgenes, se sucedió una vida de relacion moral é intelectual en medio del torbellino revolucionario; él comprendió, y sus protectores le hicieron ver claramente, que todos los clérigos debian de entrar en la lucha contra la novedad de la aparicion del protestantismo en España, contra el ateismo, contra las reformas liberales de la democracia, contra la revolucion frente á frente, resistiendo con arrojo. Esta fué una saludable faena; le reanimó la agitacion del combate. Despues del trabajo de escribir folletos y artículos para los periódicos, cartas á los personajes con quienes estaba relacionado, y con los que más tarde habia de conspirar; no le quedaba nada de la sobreexcitacion nerviosa que habia padecido en otro tiempo, revelándose en vértigos, insomnios ó disgusto hipocondriaco; sus músculos parecian más ágiles; circulaba rápida

su sangre, el ejercicio físico habia aumentado con el ir y venir de una á otra parte y con las muchas predicaciones de que se hacia cargo, ora en polémicas contra los herejes, ora en apologías y desagravios de Iglesia, ya hasta en los Ateneos y Academias. Conservaba siempre su calculada discrecion, huia de las extremosas declaraciones de los curas carlistas; en un principio pareció ajeno en absoluto á la política, y halagado por el respeto que le dedicaba en sus censuras aun la prensa más radical, gustábale cobrar fama de docto, de enérgico, formidable por su ciencia, y combatiendo, él, hombre prevenido con anterioridad y adiestrado en la sofistería eclesiástica, contra la multitud de charlatanes locuaces, apasionados, que se habian puesto al servicio del protestantismo por ese celo codicioso de todo el que quiere establecer competencia en la explotacion del sentimiento religioso.

Cobró mejor color, y hasta se puso más grueso; hablaba con mayor animacion, á veces acerca de las cosas más indiferentes. En la casa, conversaba con los comensales ó con los patronos con una locuacidad desusada; mostrábase entonces cual si se hallase á merced de la velocidad adquirida por las impresiones y los esfuerzos de su nueva existencia.

El ingeniero solia decir al oírle ó al saber por los periódicos que «el padre Haryan» habia dado una conferencia religiosa en las Calatravas, pronunciado un hermoso sermón ó mantenido una polémica:

—A este don Juan le va á pescar para su servicio la Compañía de Jesús.

Siempre que le oía disertar, ocupándose de las perniciosas ideas deterministas, ó del posible consorcio entre la ciencia y la religion, don Gaspar fijaba en el cura los ojos con una expresion de extrañeza y de bondad, cual si oyera á un niño pedanteando y desvariando sobre cosas superiores á su conocimiento y á su inteligencia, y solia decirle con su dejo de ironía:

—Vamos, vamos, don Juan; bien se ve que se quema usted las cejas.

Una tarde en que el bueno de don Gaspar tuvo que refugiarse en un portal, á causa de la copiosa lluvia que habia comenzado á caer repentinamente, vió en un cuadro, colgado á la pared, el anuncio de una conferencia religiosa que debia verificarse aquella tarde en un salón situado en el piso principal de la casa, salón de una sociedad de recreo, convertido en Ateneo científico aparentemente, político-religioso en realidad.

El conferenciante era el padre Haryan. La

hora señalada, la de las cuatro de la tarde. La entrada era por papeleta, que debía dar el conserje, á quienes la solicitaran, siempre que al criado no le pareciesen personas sospechosas ó mal trazadas, que pudieran armar una algarada, de las entonces frecuentes, interrumpiendo la solemnidad del acto. Don Gaspar pidió un billete; á la verdad, al ingeniero no le pesaba poder oír al padre Haryan, tenido por buen orador, y sin disimular una sonrisa de hombre que acepta, para no aburrirse, un pasatiempo pueril, subió al salon, que al cabo de unos minutos se vió lleno de señorones y damas encopetadas, y de jóvenes y señoritas elegantes. El local estaba decorado, en parte, como Academia; en parte, como capilla; con un cuadro de la Vírgen, bajo un doselete, de ligero soporte colgante al pié, manteniendo flores y candelabros. El padre Haryan, alta la cabeza y grave el rostro, comenzó con petulancia de hombre que habla haciendo pausas breves para oír la resonancia de sus frases, y como estimando por sí mismo el solemne y armonioso concierto formado por todas ellas. Barajaba con despreciativa y desdeñosa palabra los nombres de los sábios, que tal vez oía por primera vez aquel auditorio: Flourens, St. Hilaire, Molechot, Geoffroy, Dupaytren, Zimmerman, Bernard y

Darwin. ¡Lo que hizo luego reir, criticando la soberbia de la ciencia humana, y sin perder la seriedad, haciendo un cómico y extraño contraste, que según él afirmó hubo de descubrir en las tendencias modernas de la ciencia, por las cuales parecía que se empeñaban algunos en reducir al hombre, nieto del mono, á la condicion del bruto, cuando, por el contrario, trataban de hacer creer que una hormiga era un portento de inteligencia! Exaltóse despues en pomposos apóstrofes y en apologías retóricas, ensalzando la sabiduria de la iglesia y de sus ilustres príncipes.

—¡Ha estado soberbio, soberbio!—le dijo don Gaspar al dia siguiente con su risita, entre amigable y burlona, y con un tono entre cariñoso é irónico, de modo que dejaba la duda acerca de quién habia sido sido soberbio, si el discurso ó el orador.

Doña María y don Pedro le admiraban, y hubieran manifestado con lisonjeras expresiones el sentimiento que su huésped les inspiraba, si éste no rechazara con sequedad y desdeñosamente todo cuanto le parecia una adulacion manifiesta; lo cual no le curaba de sentir hácia don Gaspar un mal disimulado encono, suscitado tal vez por la ambigua sonrisa y las palabras sardónicas del ingeniero. A don Pedro le habia dejado cesante

la revolucion, pero obtuvo, merced al influjo del padre Haryan, un empleo en las oficinas de la Vicaría castrense, y por esto la gratitud de los patronos no tenia límite. El padre Haryan era el verdadero amo de la casa, no sin que se manifestase bastante disgustado por ello el médico, quien profesaba entonces una innegable antipatia hácia el cura. El doctor habia cambiado de opiniones, sin que justificase esta mudanza; á poco de triunfar la revolucion, don Antonio era ya un liberal avanzado, odiaba á los Borbones, y hasta perdiendo la cortesía que le era habitual, lanzaba sus puyas al cura. Una tarde, el padre Haryan le atajó con acritud, diciendo que nada de cuanto dijese el médico le causaba admiracion; el doctor era, como otros muchos, de naturaleza trasparente; tenia el color de la nómina sobre que estaba posado. El médico no volvió á hablar al padre Haryan.

Asombraba la actividad de éste; con su paso firme y no muy apresurado, iba y venia por todas partes, quedábale tiempo para estudiar y escribir; tenia el cuerpo de hierro. Sabiendo lo mucho que se estimaba á sí mismo, era imposible sospechar de su virtud; para todo el mundo aquella energía desplegada por el padre Haryan, era semejante á la de San Francisco Javier; su as-

pecto severo revelaba la castidad de un San Luis Gonzaga; su carácter, duro á veces, imponente siempre, aun bajo una reserva que podia asemejarse á la humildad cuanto un cuerpo dormido á un cuerpo muerto, era resultado de la indignacion de un apóstol colocado en medio de un pueblo impío y pervertido.

— Sólo una persona habia que no paraba atencion en nada de esto: Jacinta. Habia pasado una larga temporada en Barcelona con unos parientes y volvió en completa trasformacion; aquellos sus primeros instintos de beatería habrian pasado, como por su frívolo corazon, ébrio de sangre jóven y ardiente, pasaba todo sin dejar señales. Las calles, con sus picantes y demoledoras canciones populares y revolucionarias; la prensa, con sus miriadas de escritos trastornadores; el lenguaje desusado de las gentes de entonces; la brillante vida de la libertad, fueron dejando en Jacinta gérmenes de gustos, ideas y sentimientos en armonía con la época. La muchacha parecia más despierta, más audaz aún que lo habia sido antes de su salida de Madrid; hablaba con gracia y desparpajo; aquella nerviosidad simpática reflejaba el carácter de las circunstancias del momento; hasta en su preciosa cabecita de rizos rubios y ojos brilladores se daban movimientos de alta-

nería, y en su frente se dibujaba el pliegue frontal de esa cólera fugitiva y superficial de los actores y de los oradores, excitados en aparecer á merced de la pasión ó conducidos á los extremos tonantes de la polémica; agitaba muchas veces los brazos como un tribuno de club; y así, al par que sus ademanes, eran las ideas que á veces y entre broma y seriedad dejaba escapar por sus labios. A ella, según decía, no le faltaba ni la punta de un alfiler para llamarse republicana. Con el pretexto de no aparecer hipócrita, resultaba más desenvuelta de lo que era realmente, sin gran esfuerzo. Siempre que podía, cantaba con su voz pura de traviesa agilidad los *couplets* de la *Gran Duquesa*, ó canciones patrióticas.

No obstante, al llegar á su casa le impuso la novedad que hubo de hallar en ella; don Juan no vivía, como antes, recogido en su gabinete cual en una celda, apareciendo á comer en mesa redonda con los demás huéspedes; ocupaba su gabinete y el salón, y éste se hallaba dividido por un biombo que dejaba un espacio para ante-sala; el padre Haryan tenía un criado á su servicio; le visitaban personajes muy renombrados y le absorbían importantísimas ocupaciones. El médico decía que ya no era posible vivir en aquella casa; era una sucursal de la Nunciatura; el inge-

niero seguía como siempre, tranquilo, apreciándolo todo con su plácida sonrisa y su pizquita de burla; de tiempo en tiempo salía de Madrid, y al volver preguntaba con sorna á doña María:

—¿Y Su Santidad? ¿Sigue tan bueno?

Jacinta reía, reía á más reír, no acertaba á moderar sus expansiones; pidió que la dieran para ella una habitación situada al otro extremo de la casa, donde oliese lo ménos posible á cura, y en verdad que era sincera la repugnancia que le causaba ver á la gente de sotana; ella, con sus aficiones á jugar la voz lanzando notas agudas como píos, ligadas como gorjeos, música de letrillas punzantes, saetas del encono popular ó irritador condimento de las libres alegrías sensuales; ella, que gustaba de los colores vivos, del perfume de las flores, más deleitante, más sexual que el de los alcanforados inciensos y óleos de arbusto; elegante, jovial, bulliciosa, linda con su rostro blanco, ya teñido de hermoso color y punteado de menudas pecas; su cuerpo, que había perdido la delgadez, modelando sus carnes el contorno más seductor... ¿Cómo había de avenirse á mirar sin cierta aversión el oscuro y triste aspecto de los clérigos?

Cinta tenía por entonces un novio; era aquello un juego admitido por probar fortuna; tal vez tuviera la aventura amorosa por término el casa-

miento, y quizá no habria pensado siquiera ni un instante en esto la muchacha; el novio era un jovenzuelo espigado, presumido, y del cual nada sabia Jacinta, sino lo que á él se le antojaba decirle. Estos amores preocupaban en cambio á doña María, la cual deseaba consultar acerca de tal asunto al señor (así habian dado en llamar á don Juan), pero no se atrevia; al fin, despues de algunas vacilaciones, entró una mañana en el gabinete de don Juan y le informó acerca del particular, mostrándole algunas cartas y pidiéndole su parecer. El padre Haryan se echó á reir desdenosamente, y casi riñó á doña María por haberle ido á ocupar con tales cosas; ella era la madre, era buena católica y sabia dirigir los negocios de su casa, y encaminar á sus hijos por la senda de la virtud. Por lo demás, antes que nada le pareció al padre Haryan ser más conveniente corregir de sus locuras á la muchacha, que tomar en serio la primera sollicitacion que de su mano hiciese un desconocido.

Cinco meses despues el padre Haryan se encontró en la sala contigua á su gabinete á Jacinta sentada en un sillón y llorando á más llorar. Antes de que él pudiera reprender el abuso cometido, Jacinta le dijo que estaba allí esperándole; queria decírsele todo; ella tenia el alma per-

turbada; ovejuela fuera del redil, que deseaba que el pastor la guiase y acogiese.

El llanto de Jacinta era incesante, silencioso, inconsolable: el padre Haryan sintió cierto remordimiento por haberse dispuesto á rechazar á aquella mujer afligida; ocupado en mantener la gran lucha contra los enemigos de la Iglesia, se olvidaba de su mision de médico de las almas, y paseándose por la sala con las manos cruzadas á la espalda, se dispuso á escuchar, diciendo:

—Aquí no es conveniente que usted se confiese, y yo la aconsejo que elija por confesor á un sacerdote desconocido; pero en fin, hable...

Jacinta pareció afligirse aún más al oír esto, y ocultó su rostro con el pañuelo que tenía entre sus manos; se había adivinado que ella podía tener algo de qué avergonzarse.

—Bueno; ello será nada. Consúltelo con su madre... y si es caso de conciencia, dispóngase para una buena confesion,—añadió secamente don Juan creyendo entrever en aquello una zalamería mujeril, y repugnándole verse en el caso de consolar el alma *de la hija de su patrona*.

Ya la debía haber advertido ésta, que él se hallaba ocupado con asuntos de grave trascendencia é importantes resultados. La muchacha siguió sin moverse del sitio; su cabeza, medio in-

clinada sobre el pecho, dejaba ver un cuello blanco, y la luz irradiaba por matices vivos en sus cabellos y vestidos; Jacinta estaba decidida; se mostró, aunque al parecer tímidamente, muy resuelta á que el padre Haryan la oyese, y hasta se atrevió á tomar una de las manos del sacerdote y á besarla, rogándole que la escuchara. Quería, sin duda, bajo la gravedad de aquel rostro, el áspero acento de aquella voz y la malla fría de aquellas severas réplicas del sacerdote, descubrir el corazón del hombre, como había visto á éste, despojado de los hábitos de cura. Padre Haryan, era poderoso, tenía en sí mismo la fuerza que dan costumbres logradas por el empeño vehemente que determina la constancia y la decisión inquebrantable; hubo un momento durante el cual vió á la mujer, llegaron á sensibilizarle aquel conjunto de minuciosas revelaciones del sexo femenino señalados en los relieves del cuerpo agitado y ardoroso bajo el vestido, por el perfume, por la grieta del descote, dejando á la traviesa rebusca de la vista una carne rosada y nítida; ofreciendo al deleitoso exámen, dos manos preciosas y el precioso consorcio de una frente despejada é igual, cejas arqueadas, ojos expresando timidez, dolor, melancolía, anhelos y deseos; conjunciones y fugas de las llamas de una pasión; la fina nariz, los pe-

queños lábios, frescos como flores rociadas, la barbilla y el cuello en graciosa armonía con el busto.

Escuchó un momento una confidencia de muchacha, que le fué dicha con libertad, no exenta de pena, con intermitencias de rubor y de audacia, con arrepentimientos inesperados, con decisiones bruscas, que luego desmayaban de nuevo en lamentos de pena y en mimosos gemidos; se trataba de una pasión, era todo una novela, un fingimiento que le pareció episodio realmente cierto al señor cura, acostumbrado á escuchar en el tribunal de la penitencia relatos trémulos de vergonzosas faltas ó gazmoñerías de vulgares hipócritas; pero que jamás habia oído revelarse con aquella libre expansión, aparecer con el color saliente y el relieve vigoroso de lo humano, fuera del sigilo cobarde y en la penumbra del confesonario. Ante él surgia viva la naturaleza femenil; eran deseos, angustias, lágrimas y suspiros de mujer apasionada. Habia desplegado, tal vez sin premeditarlo Jacinta, una perfecta reflexion de la verdad; sin darse de ello cuenta, dirigia á una idealizacion artificiosa, todo el apasionamiento, la mordiente curiosidad, el celo inquieto, la avidez insaciable y la excitacion que la agitaba. Se trataba de unos amoríos ocultos: el amante era des-

leal, y ella jamás, jamás podría ser dichosa; quería encerrarse en un convento, según decía, como impulsada por el despecho.

No tenía á nadie que la consolase; su madre, al conocer el motivo de su aflicción, recibiría un terrible disgusto... Don Juan era bueno, tenía un hermoso corazón y era un pozo de sabiduría; ella le amaba casi más que á sus mismos padres. Era además un caballero, no un cura intolerante y vulgar. ¡Cuántas veces, aun siendo más joven, y por lo tanto, no dotada de suficiente experiencia para comprenderle, se había deleitado al oírle hablar... y al decir esto, Jacinta fijaba con adoración sus ojos turbios por el llanto, unos ojos que no tenían el brillo de reflexión fija de los vidriosos ojos de los santos, sino una ternura y un no sé qué perturbador; su voz dulce, y aquellas palabras halagüeñas de un encanto desconocido aun para aquel hombre que vivía satisfecho con el embriagador deleite de las alabanzas.

Era una mujer joven, bella, palpitante, enamorada, sin género de duda; ¡qué presunción tan tentadora: enamorada de él! Casi llegó á adivinar que todo aquello, contado por ella torpemente, con palabra no muy escogida, podría ser una ficción.

«El hombre de mayor fortaleza puede rendirse

avasallado ante la mujer, y la mujer ante el cura;» decía groseramente el libro escrito por un demagogo, célebre en aquellos días, que acababa de publicarse y que el padre Haryan había leído; era cierto. ¡Cuántas mujeres le habían tentado á él insidiosamente, velando miserable lujuria con capa de devoción! Estas le producían profunda repugnancia al padre Haryan; demandaban el salvo-conducto del misterio y la novedad de la profanación. Le pareció más sincero aquello; allí había juventud, allí había ardimiento... ¡Desdichada niña! Lo que había en el padre Haryan de loable, su prestigio, la austeridad de su vida, el respeto de que se veía rodeado, ¿y quién puede decir que otras cosas más con las referidas la habían subyugado? Por esto quizá acallase con un desvarío su pecaminoso pensamiento. Ella lo decía: no había amado verdaderamente al amante que acababa de Burlarla... Ella amaba, pero jamás hubiera confesado su pasión.

Haryan sentía una impulsión desconocida; no sabía á qué loca tentativa. La mujer estaba allí, jóven, perfumada, nerviosa por el dolor, sonriendo á veces á través de las lágrimas; se hallaban solos; allí, en el fondo de la casa, canturreaba moviendo los platos la cocinera; don Pedro no había llegado de su oficina; doña María había salido;

no era hora de que estuviesen en casa los huéspedes; además, Jacinta lo había dicho: «había aprovechado un momento oportuno.»

Aquel hombre que constantemente se ocupaba de trabajos intelectuales, sintió que con el desvanecimiento toda la sangre afluía á su cabeza, se le abrasaban las mejillas, sentía orticacion como de picazos eléctricos en los pabellones de las orejas, temía hablar, porque las fauces se le habían secado; el corazón palpitaba con violencia y una tremulación extraña le conmovía las extremidades... Era el vértigo de Eros profanando al ungido del Señor.

Tomó entre las suyas una de las manos de Jacinta, manos diminutas, bañadas de un tinte rosáceo de tono caliente por la luz que pasaba á través de un transparente, en el que se veían pintadas grandes rosas y un lejano término de nubes rojizas. La mano femenina apretó las uñas de las manos consagradas. Los ojos de Jacinta se fijaron triunfantes en los perturbados ojos del padre Haryan; la boca de la niña, sonriendo, descubrió brindante el cáliz del amor...

Repentinamente un sentimiento de hidalguía primero, luego un sobresalto de enérgica soberbia acometió al padre Haryan, el cual, rechazando dulcemente aquella blanca mano, palidecien-

do de un modo intenso, se alejó de aquella mujer, diciendo de un modo irritado y rudo:

—Señorita, por lo que me dice, ha estado en peligro de perder su virtud... acuda usted al tribunal de la penitencia; y dicho esto, entró bruscamente en su cuarto.

Quedó bien marcada su indignacion: Jacinta se sentia humillada; si en vez de aquel desenfreno inconsciente por instintivo deseo, Jacinta hubiera tenido mayor perversion, hiere con una terrible carcajada la soberbia del santo, y el santo cae de la peana anonadado á sus piés. No obstante, Haryan amaba, amaba sin saberlo, ó tal vez sin entender con acierto su amor. Jacinta lo habia sospechado; tenia casi cierta seguridad de ello, adquirida por su astuta vigilancia de mujer celosa; como niña, aunque mal educada, inexperta, todas las noches á la misma hora veia Jacinta por el ventanillo del ropero al padre Haryan leer una carta de pliego pequeño con cifra nobiliaria y letra de mujer, y seguidamente escribir á su vez en papel de cartas, cerrar el escrito en un sobre y meter éste en la cartera, guardando las otras cartas en una cajita que cerraba con una llavecilla y ocultaba despues en uno de los cajones de su librería.

Escribia diariamente á una mujer, que tambien diariamente debiera escribirle, segun todos

los cálculos hechos por Jacinta, á la cual enardecia la idea de lo imposible y la austeridad imponente del jóven sacerdote.

Entró Jacinta en tentacion de apoderarse de una de aquellas cartas; nada más facil; ella no reconocia obstáculos, en proponiéndose un intento, era como logrado para su maquiavélica imaginacion. Durante muchos dias habia huido de encontrarse con el padre Haryan; despues, un sentimiento de tardía vergüenza la tuvo preocupada y triste, á la vez le acometieron los más inexplicables y supersticiosos remordimientos; debia decir que ella no se habia propuesto nada malo, no se explicaba bien lo que habia acaecido; cierto que ni tal amante, ni tal aventura, ni nada de cuanto hubo de decir al señor de Haryan eran sino quimeras, que sin saber por qué habian ido brotando de sus lábios; su objeto hubo de ser hablarle, vencer la frialdad con que siempre la habia acogido á ella don Juan, y hasta llegó más tarde á pensar que todo lo habia hecho por burlarse del cura, y luego casi creyó descubrir que le habia impulsado un sentimiento de verdadera religiosidad. La conciencia era voluble, fácil, revoloteadora como su corazon, como su pensamiento; picoteaba jugueteando aquí y allí como pajarillo caprichoso; se satisfacía de cual-

quier modo... sólo en ella era tenaz é insistente aquel capricho de la curiosidad, por descubrir si tras aquellos oscuros hábitos, si bajo los cuales palpitaba un corazón de hombre jóven; y siempre tenia ante sus ojos la locuela el rostro de un moreno suave, de unos ojos oscuros luciendo inteligentes, y dominando con energía poderosa. Se estremecía por la inquietud, como gatito jugueton que atisba un objeto extraño, solicitando con tufillo incitante su nariz y esclavizando sus ojillos acechadores.

Se hizo devota; apareció grave, ayudándole á conservar tal aspecto la pena y el profundo disgusto que en sí misma sentia; á veces, le acometian ganas de llorar, y una ocasion repitió, para darse cuenta de su extraño estado, la frase que habia oido á una chula desgarrada, prendera á domicilio, que, hablando á doña María de los disgustos que le proporcionaba su querido, dijo: *Él sa marchao, pero yo vivo arrancaa por ese hombre; le quiero más que á las entretelas del corazón; son cosas que no se pueden remediar.*

Jacinta se decia esto mismo; era terrible, no cabia duda; pero ella *le queria mucho á aquel hombre, más que á las entretelas del corazón.* Aquel hombre era Haryan. ¡Dios mio, esto es espantoso! solia decirse la pobre muchacha, y lloraba;

soñaba con dar á su extravagante amor el epílogo de algunas novelas de folletín: él pertenecía al altar, pues bien: ella al claustro. Pero buenos estaban los tiempos para las organizaciones cerebrales, nacidas para reflejar, aunque difusamente, cuanto se produjese en torno de ellas y sin que en ellas se diere un resultado semejante á la directa impresión de la realidad; bien pronto creía hacer causa común con los revolucionarios; y excitada por los celos, esperaba ver convertido en protestante al Sr. Haryan, merced á la devoradora pasión que ella le sabría infundir, y huirían ambos renegando de la hipocresía y de las supersticiones. Allí, en aquel rinconcito de la casa de la calle de Preciados, como en lo más oculto de la tierra la charquita de agua reproduce el azul del cielo, el brillo estelar de la noche, la difusa neblina, el rápido paso y cambio de las nubes, el reflejo del sol, la nube tempestuosa y oscura, el aparecer del rayo, como el soplo de la brisa y el choque del vendabal, vivía el alma de Jacinta, en la cual se reproducían los trastornos de aquellos tiempos en los que las gentes charlaban audazmente de todo, se burlaban de todo, y con más actividad de lo que hoy se cree y mayor grandeza de la que pensamos, elaboraban los elementos para el fulgente porvenir.

Una mañana, y cuando ménos podia nadie pensar en ello, un hombre de no muy buena catadura solicitó ver á don Juan; recibióle el cura, y al cabo de un rato que permaneció con el desconocido en su gabinete, éste salió y don Juan se dispuso á marchar tras él apresuradamente, no sin decir antes á doña María, que la entregaba las llaves para que hiciese por esconder cuantos papeles y objetos tenia él guardados en dos cajones de su librería; que los pusiese en sitio seguro, y encargó que nadie, ni aun ella, los tocasen. Él debia huir por las bohardillas á la casa inmediata; la policía entraba en el portal.

—Para huir ya no hay tiempo, y tengo el deber de escapar; para esconder eso donde nadie lo halle, hay sobrado tiempo, si sabe usted entretener al inspector.

Don Juan confiaba ciegamente en doña María; ésta era perspicaz y profesaba al señor una adhesion profunda; podia irse descuidado; nada hallarian; ella estaba prevenida; se trataba de un paquete de cartas no muy voluminoso, de una cajita pequeña y de un grueso carpeton; no lo hallarian; respondia de ello.

Jacinta se ofreció á bajarlo todo rápidamente al cuarto entresuelo, y antes de que subiera la policía habia un medio de detenerla: la criada

cargaría con una gran mesa que había en la cocina, como si la llevara para fregarla en el patio junto á la fuente; la mesa era ancha, y encajándola con habilidad entre la barandilla de la escalera y la pared, quedaba interceptado el paso; esto se podía atribuir fácilmente á torpeza de la criada, y daba tiempo para detener á la policía y para que don Juan escapase; pero desgraciadamente cuando esto fué á ponerse en práctica, el desconocido que había avisado al padre Haryan bajó del sobrado, manifestando que era absolutamente imposible la fuga por las bohardillas; éstas eran demasiado estrechas y el tejado muy pendiente; por el ministerio de la Gobernacion les podrian descubrir desde los terrados, y mandarles una bala el fusil Berdan de algun guardia.

Todo se arregló á maravilla, á pesar de las graves dificultades que parecian ofrecerse; Jacinta desplegó una actividad y mostró un ingenio extraordinario. Sus ojos se hallaban iluminados por un vivo destello de inspiraciones súbitas; su fisonomía, gozosa, revelando la más refinada astucia; hizo cargar á la criada con la mesa, encargando que encajara ésta entre el estucado y la barandilla de la escalera, en el relleno del piso principal; y luego, conduciendo al padre Haryan al cuarto de don Antonio le obligó á ves-

tirse, venciendo su repugnancia, con un uniforme del médico y á cubrir su cabeza con una gorrita de campaña galoneada con insignias de capitán. No hacia mucho que el médico habia salido, dejando sobre el paje los avíos de afeitar; don Juan debia embadurnarse la cara de jabon, y colocándose frente al espejuelo fingir que estaba afeitándose.

—Usted se pone á silbar,—le dijo,—como hace don Antonio; ¡y qué caramba! si llegan á esta habitacion y abren la puerta, echa un taco más grande que esta casa. Eso no es pecado en tales circunstancias.

Era diabólica la muchacha; dispuso el plan con celeridad y acierto; el cura la dejó hacer, tomando parte en sus risas y aceptándolo todo con festivo humor; le recordaba la aventura, las picardigüelas llevadas á cabo algunas veces por sus compañeros de seminario, en las que tambien habia tomado parte. Para Jacinta, aquello era novelesco y divertido; se quedó mirando atrevidamente al clérigo disfrazado, cuya ropa talar guardó en el ropero de don Antonio, y dijo:

—Cualquiera le conoce á usted ahora. Más facha tiene usted de militar y mejor le cuadra el uniforme que le caen los hábitos.

El padre Haryan se avergonzó; entonces le parecia indigno aquello; él debiera presentarse sin

rebozo á sus enemigos, tender las manos á las esposas y ofrecer los brazos á las ligaduras, protestando solemnemente del ultraje y aceptando con serenidad el martirio; pero no habia otro remedio, era necesario que él se viera libre y en actitud de proseguir sus empeños políticos en bien de la religion difamada y del trono ultrajado por los negociantes y por los fanáticos de la revolucion.

—Al cabo de unos diez minutos, el inspector de policía llamaba á la puerta de la casa, que de propósito habia dejado abierta Jacinta. Ésta fué la que contestó al interrogatorio; el padre Haryan vivia allí, en efecto; pero desde la noche anterior que habia salido, despidiéndose para Francia, no habian vuelto á saber de él. Fué habilísima, contestó afectando la mayor indiferencia en todo cuanto hubo de preguntar el inspector que se refiriese á las costumbres del padre Haryan. Era, á la verdad, muy raro lo que éste venia haciendo desde hacia algun tiempo; ella lo habia sospechado, segun dijo, y habia comunicado á su madre sus sospechas; el padre cura debe andar en esas cosas de los carlistas, y el dia ménos pensado nos dan un susto los señores de la policía, habia estado ella repitiendo sin cesar; tanto fué así, que al oir que el padre Haryan se marchaba al extranjero, tuvo un alegron. En la casa no habia más huéspedes

que un ingeniero y un médico militar y dos estudiantes. Se verificó, no obstante, el registro; nada habia quedado en la habitacion del padre Haryan que pudiera comprometerles; parecia, en efecto, aquel cuarto el de un huésped que se hallara ausente, y no hubiera dejado más que lo que no le habia sido posible llevar en el viaje emprendido, sólo por temporada no muy larga; la burla resultó completa; el desconocido que hubo de prevenir al padre Haryan de la llegada de la policía, apareció ante el inspector; pertenecia al cuerpo de la ronda secreta y era un servidor desleal de la misma, merced á los varios juegos que puede ofrecer la ambigua y oscura naturaleza de un polizonte.

Habló á media voz al inspector, asegurándole que cuanto habia dicho la muchacha era cierto: el padre Haryan no se encontraba en la casa; á pesar de esto, entraron en todos los cuartos, incluso en el del médico; don Juan riñó con bríos y con el enojo del que se ve sorprendido descortesmente por un intruso en sus habitaciones, y el inspector se descubrió con respeto ante aquel uniforme y aquella cara dada de jabon, y murmuró un «usted perdone, señor oficial.»

¡Qué modo de reir tuvo Jacinta, palmoteando gozosa cuando el inspector se hubo marchado! Si no es por ella atrapan á don Juan. La casa, no

obstante, continuaria acechada por los polizontes durante algunos dias; era necesario obrar con prudencia. Nadie debiera saber, ni aun los mismos huéspedes, lo que habia ocurrido, y mucho ménos el mismo don Antonio; Jacinta continuaba como á merced de los más suspicaces recelos, y fingiendo que su temor era creciente. Antes de preparar una fuga acertada, convenia, segun Jacinta, que don Juan permaneciese oculto allí, puesto que era el lugar más seguro, desde el momento en que no habiéndole hallado la policia, y no viéndole entrar, no volverian á hacer registro alguno, y cuando se cansasen de la vigilancia que tal vez siguieran ejerciendo durante muchos dias, le seria fácil á don Juan marcharse á donde quisiera. Se resolvió, por lo tanto, á esconder al clérigo en un cuartito que servia de cuarto-tocador á Jacinta; habia allí una cama de hierro. Jacinta se comprometia á llevar y traer las cartas y á cumplir cuantas comisiones le encomendase don Juan, segura de que á ella no la descubririan.

Allí, en aquel cuartito de alta ventana, ocupado por un grande armario lleno de ropas de mujer, la cama, un baul y un paje-tocador de señora con espejuelo ovalado, palangana y jarro de porcelana fina, botecitos de perfumería, cosméticos, pomadas, almohadillas y acericos, quedó

como en prision celular el clérigo durante seis dias, que parecieron siglos, sin que nadie lo descubriese, ni nadie, fuera de doña María, Jacinta y la criada, tuvieran noticia de ello.

Aquella situacion produjo al padre Haryan un tormento extraño: estaba á merced de un estado particular; pasaba la mayor parte del tiempo echado en la cama, leyendo ó rezando en su *Breviario*; dormia algunas horas durante el dia y pasaba la noche escribiendo; pero vestido como un seglar, aspirando constantemente el olor á mujer; ante mil detalles que le despertaban ideas y sobresaltos de una fuerza inmoderada. No se podia decir qué accion narcotizadora y sensual tenian aquellos olores de tocador; el clérigo parecia un amante escondido por su amada en oculto camarín; se habia establecido una peligrosa promiscuidad de existencias entre él y Jacinta; á veces ésta, con su sonrisa cargada de malicia y expresiva en un desenfado mundano, penetraba allí como si hubiera de quedarse en la habitacion, y llegara á cambiar de ropas ó hacer su más íntimo tocado. Ella le entraba la comida; tenian que hablar ambos en voz baja y sigilosamente para que no oyeran nada los huéspedes, lo cual daba mayor intimidad, naturalmente, al diálogo; era un cambio de alientos; Jacinta se aproximaba

cuanto le era dado, le envenenaba la sangre con el hálito húmedo y cálido de su boca fresca é incitante. Él hablaba poco, se mostraba ceñudo, sombrío y áspero, bajando á veces los ojos al suelo ó mirando á veces á Jacinta de un modo terrible, que ésta no parecía tomar en cuenta. Le tenia humillado, estaba allí en una prision, y le mantenía como á un cautivo, sirviéndole como á un camarada.

Él acentuaba enérgicamente su aspereza, hablaba con laconismo y la obligaba á permanecer lo ménos posible en la habitacion; pero apenas salía Cinta de ella, una sobreexcitacion febril, con fuego lento y devorador, agitaba al clérigo. Nunca olvidó aquellos dias de tan peligrosa situacion; la policia continuaba realmente vigilando la casa; era necesario esperar á que se cansara y desistiera. Sólo Dios sabe cuánto hubo de luchar con su organizacion vigorosa y vírgen, hallándose como se hallaba, víctima del delirio; las botitas imperiales, los zapatitos de charol, el calzado de la muchacha colocado en una tabla puesta en la pared; las blancas enaguas, los graciosos sombreritos, los vestidos, y ella misma, que entraba á veces desenfadadamente algo ligera de ropa, mostrando sus blancos brazos, su cuello erguido y mórbido... todo esto, despertaba en el clérigo una

violencia de deseos que le conducian, con la imaginacion, á violentos empeños, y se resolvian en mal reprimida cólera cuando hablaba con Jacinta, y angustiosos desmayos de ánimo cuando quedaba solo en aquel escondrijo de tentacion donde hasta el aire que aspiraba durante el dia se hallaba inficionado. Cuatro ó cinco veces habia penetrado alli Jacinta, y le parecia al cura que ésta no dejaba de entrar y salir constantemente y bajo cualquier pretexto. El padre Haryan abria por la noche la ventana; el aire que llegaba allí parecia devolverle la vida y mitigar el ardor calenturiento de su piel. Trabajaba, concentrando en sus escritos y en sus lecturas toda su atencion, y dos ó tres veces hubo de caer arrodillado cruzando las manos y murmurando: *Respice in me, et miserere mei; quia unicus et pauper sum ego*. Sentíase entonces coronado como David, pero más puro y orgulloso que éste y humillándose tan sólo ante el rey de los reyes; despues se erguia grave y henchido de noble satisfaccion, estimándose por varon fuerte en la virtud. Una vez hubo de divertir su imaginacion en producir un desencanto completo á los ciegos y mal reprimidos deseos á la nidada de diabólicos reptiles que mordian sus entrañas; creia descubrir una lascivia repugnante en los ojuelos de Jacinta, solapada intencion

de viciosa, hipocresía en sus palabras, hedor en su cuerpo, suciedad en sus ropas; hasta aquellos perfumes del tocador le daban náuseas; los hubiera arrojado por la ventana, si esto no hubiese sido acto que descubriera su debilidad. Al portentoso ensueño de glorificación sacerdotal, á la pureza enérgicamente conservada por una voluntad indomable, al Dios que adoraba en su corazón sinceramente, y admiraba con la inteligencia ejercitada por las profundas meditaciones religiosas, se unia cierta escrupulosa dignidad de caballero, ligado pundonorosamente por un sagrado voto á los deberes de una profesion y un inquebrantable amor propio, como hombre que se cree, desde luego, predestinado á la excelsidad de príncipe de la iglesia; contra todo esto no podría jamás la carne en él; estaba armado; mejor pecaría de vano que de impuro; él no queria verse jamás convertido en falsario, en estafador de almas; queria cantar como sacerdote los lamentos del hombre abatido que desea que sus carnes sean abrasadas, aventado el polvo de sus huesos para que desaparezca la vergüenza de las culpas miserables; pero sentirse puro de traicion.

En esta lucha estuvo seis dias combatiendo, defendido por el trabajo y los inquietos temores del político perseguido, y por las ideas elevadas

del sacerdote creyente. No dejaba de asombrarle que aquella despreciable tentacion, que no hubo de olvidar jamás, pudiese en el ánimo lo que no podia uno y más poderoso é inmediato peligro. Siempre recordó aquellos dias, aquel cuarto, aquellas brutales rebeliones de la carne, la resistencia contra pensamientos tenaces y ruines, los calofríos, las deleitosas distracciones que eran como maquiavélicos y burlones comentarios puestos por el mismo infierno á las graves lecturas y á los importantes escritos en que se ocupaba; pero verdaderamente otros medios tenia el mal para vencerle, más poderosos: sus recuerdos. Lo que hubieron de revelar á la curiosa y endiablada Jacinta las tres cartas que sustrajo de la cajita que con los papeles de interés le habia confiado el padre Haryan, y que ella habia tenido algunas horas en su poder. Eran realmente cartas dirigidas por una mujer; en ellas, bajo un estilo de amistad grave y afectuosa, y ciertas reflexiones devotas, Jacinta descubria una pasion latente. Entre estas cartas habia una del padre Haryan, que comenzaba con estas palabras: «Señora condesa, Dios nos ha unido con el afecto puro de los ángeles.»

A los seis dias de martirio extraño para el padre Haryan, á quien á pesar de sus recelos y presunciones no miraba Jacinta sino con malicia de

mujer burlona, incapaz de atribuir la virtud sino á despreciable nulidad de la naturaleza, hubo manera de que don Juan escapase, y por excesiva prudencia disfrazado, á tomar el tren de Francia, Jacinta, que habia cambiado durante los últimos dias su curiosidad en desprecio, marcando éste en afectada solicitud, y que á pesar de sus malicias tenia en gran modo ese inconsciente miedo de las doncellas en el momento decisivo en que puede quedar destruido para siempre el encanto de la juventud, se reia á más y mejor de los apurados combates en que por su perspicacia habia creido descubrir al padre Haryan.

Ella realmente habia luchado con ventaja: habia realizado un goce felino, atisbando, arañando, volteando una conciencia, sintiendo algunas veces un vago deseo de loco abandono, incitada por lo picante del pecado sacrílego; oscilando como siempre en la múltiple variedad de caprichos y arrepentimientos, temores y audacias, sollicitaciones y vergüenzas en que como veleta al juego de los vientos giraba su mudable naturaleza. Tal vez, si no hubiese debido responder cierta mañana á los telégrafos que desde la esquina de enfrente á su casa le hizo un oficialillo jóven, gallardo y petulante, hubiera persistido acariciando lo extravagante de su aventura con el padre

Haryan; pero desde entonces sintió una profunda repugnancia á divertirse con un clérigo.

No obstante, al propio tiempo la infundia respeto la severidad de éste, ruda aunque velada por una cortesía discreta, y sentia por la dignidad sacerdotal una temerosa supersticion; casi llegaba á creer que realmente el padre Haryan era un santo, y que sólo á ella por su malicia le habrian de ser sospechosas las cartas que habia sustraído de la cajita. A los quince dias de haberse marchado el padre Haryan, se presentó á preguntar por él una señora alta, de noble y hermoso rostro, jóven, como de veinticinco años, enlutada y con marcado señorío en su oscuro traje y en el majestuoso porte de su persona.

La desconocida pasó á la sala; habia solicitado hablar con la dueña de la casa; hubo de recibirla Jacinta, por no quererse presentar su madre con el desaliño en que solia estar á aquellas horas. La señora parecia enterada de todo lo ocurrido con don Juan; pero ignoraba su marcha; aseguró que el padre Haryan habia sido recomendado al conde, su esposo, por el Cardenal, y no siendo oportuno que el conde, muy comprometido en las cosas políticas, fuera en persona á saber de su amigo, habia ido ella á informarse en su nombre. La condesa era una real moza; tenia

unos grandes y rasgados ojos negros, hablaba con voz dulce y con ese fácil y delicioso estilo, según hubo de calificarlo Jacinta, de las personas de la aristocracia. Ciertas eran las sospechas de Jacinta; el cura y la Condesa estaban hechos un *par de ángeles*... Jacinta había sido burlada, ¡Qué infames eran los curas! No, pues como el padre Juan pensara que ella se mamaba el dedo, se llevaba un solemne chasco; ya guardaría las cartitas para refregárselas por los ojos al beato padre, al hipocritón y zalamero clérigo.

Después lo supo Jacinta; anduvo y revolvió; sólo por convencerse, había tenido ese capricho durante unos días, y lo satisfizo preguntando á éste, al otro, al de más allá, por la vida y milagros de los condes de Fuentibreñas. La Condesa era muy desgraciada; el Conde era un hombrecillo delgado y travieso, de emperrado génio, de vicios desenfrenados, que no había sabido estimar la hermosa y digna mujer que tenía y que todo el mundo le envidiaba. No supo más Jacinta; ¿pero había duda alguna acerca de que el padre Juan podría ser el consuelo de aquella infortunada señora? ¡Sí; que de casos como éste murmuraba constantemente el mundo, y estaban llenas las historias!

A los pocos años, el padre Haryan apareció in-

vestido con la dignidad y empleo de Obispo; el rey le habia recibido varias veces en palacio como se recibe á un amigo querido y á un sacerdote venerable; el público de Madrid habia llenado los templos en que él predicara; era una potencia en las altas esferas de la política, y la prensa de los partidos de la Restauracion le prodigaba los más exagerados encomios; el silencioso miedo del respeto, los periódicos ultramontanos; vagas é infundadas censuras, los republicanos, que no podian acusarle sino de sus actos políticos en favor de los Borbones. Marchó despues á Ultramar, tornando al cabo de breve tiempo á ocupar la silla apostólica vacante de la diócesis de Albura.

Don Pedro y doña María habian muerto entonces á consecuencia, segun se decia, de los graves disgustos que Jacinta les habia dado casándose con un mozalvete sin oficio ni beneficio, de no muy buenos antecedentes y de desordenada vida. Le habia encontrado Jacinta encantador con su chaquetilla corta, sus pantalones estrechos, sus aires de chulo, sus malicias de chamicero, sus perspicacias de tahur de garito y sus bravezas de aficionado al toreo. Cuando llegó á Jacinta la noticia del nombramiento del padre Haryan para ocupar la diócesis de Albura, le llamó notable-

mente la atención la singular circunstancia de que fuera á la misma población á la cual se habia retirado despues de la muerte del Conde, su viuda, la señora Condesa.

—¡Ah, no me cabe duda; los muy!... ¡Qué hipocresía más infame existe en el mundo,—se decia; y ya no eran sus recelos, vagas malicias de muchachuela apicarada, sino perfidias y difamaciones de mujer, á quien una vida turbulenta y la comunidad de existencia con un hombre depravado, prestaron un cínico encono y un profundo descreimiento.

Habia surgido la calumnia del fondo del pantano, como llamaba el Obispo al mundo que él veia, ó humillado á sus piés ó rebelde y sacrílego contra su autoridad sacerdotal, hasta amagar y herir su mitrada cabeza. Susplicacia, sospecha, conjetura, palabra tras palabra, frase tras frase, de persona en persona, de ocioso en ocioso, de malvado en malvado; ora embozándose á veces en algunos y bien contados hombres de honradez severa, ó resbalando por entre los indiferentes acogida por los pervertidos que la impelian á rodar con fuerza; más afilada por los sectarios de las herejías ó envenenada por los enemigos de la religion; el Obispo lo habia llegado á saber por el miserable y adulator servilismo de la policía cleri-

cal. Sin embargo, él era grande; el pantano estaria lleno en sus charcas y en sus capas de lodo de venenosas sabandijas; pero él se hallaba muy alto, en las gradas del trono episcopal, con una conciencia limpia, el reposo y la firmeza que prestaban á su probada accion, la série de luchas mantenidas no sólo por las graves perturbaciones de conciencia sino hasta por las terribles rebeldías del instinto. Cuántas veces, arrebatado por el entusiasmo de que se sentia lleno cuando pensaba en sus secretos, victorias morales, habia dicho en el púlpito, que hallaba natural que los libertinos dudasen de la existencia, de la castidad, así como los cobardes dudan del valor, sin embargo de que podian preguntar al soldado los vergonzosos desertores qué cosa era la victoria, y llegarían á comprender quizá que el heroismo es un precioso fruto de los corazones humanos. Bien era cierto que la castidad física estimada y excelente, no era cosa exigida para merecer el cielo, puesto que San Pablo aconsejó á los primeros cristianos que no se aventurasen á luchar por tal virtud, si no se creian con fuerzas para conservarla, y que apelaran como remedio contra la impureza al santo matrimonio; pero la castidad absoluta tenia su premio en una satisfaccion de conciencia superior á las glorias del guerrero, y la casti-

dad del alma era la virtud indispensable para todo cristiano.

Al hablar de esto, en su rostro aparecía un gozo inefable, una satisfaccion personal que le hermoseaba con una seráfica belleza; y en ocasiones, por el contrario, cierto ceño, y una adusta expresion de energía, manifestaban que su alma tenia las virtudes defendidas por la fortaleza de ánimo.

Él, sólo él sabia y podia comprender la importancia de lo que habia valido su resistencia á los peligros; quizás le hubiera sido difícil combatir, si su época de apostolado y sus ambiciones políticas no hubiesen rendido por completo el ánimo, pues dieron á la vida de relacion el gasto de fuerza que exigian empeños difíciles, y la voluntad paciente y poderosa por la cual habia llegado casi á pertenecer á esa especie de hombres, poco numerosa tal vez, que parecen privilegiados, y determinan el sexo neutro de los obreros del pensamiento en el gran hormiguero humano.

No obstante, sin acertar á explicarse, él como nadie hubiera podido hacerlo, de dónde habria tomado su origen la malévola calumnia de que era víctima en Albura; le aterraba repentina y rápidamente algunas veces pensar que lo que habia sido siempre un secreto, puro, nobilísi-

mo, pero secreto al fin, guardado por no descubrir un afecto de pura idealidad, al cual morderian la grosería y la rudeza de las gentes haciendo profanador escarnio, habia podido llegar á descubrirse. Algunas otras veces sentíase irritado y colérico, á pesar de su sereno orgullo de semi-dios, de príncipe de las almas, al ocurrírsele que podria ser el hazmereir de los malvados y de los imbéciles, y hasta objeto de dudoso exámen por parte de los pusilánimes recelosos.

Pronto rechazaba estos temores; él no habria de perder por ellos la fraternal amistad que profesaba á la Condesa, ni tendria que avergonzarse jamás de la pura complacencia y el sereno amor que siempre habia sentido por ella. Se hallaba á más de la mitad de la vida, consagrado al estudio, sin tener de qué avergonzarse sino de algunas petulancias por las que habia afectado en otro tiempo mayor ciencia de la que en realidad poseia, y que al fin debieran considerarse como travesuras y malicias de combatiente; pero satisfecho al fin por su amor severo y grande al estudio, por el juicio profundo y sereno en él logrado por el gozo, libre de todo afrentoso mal, con que podia entregarse á la admiracion de las gentes como hombre de saber y á la venera-

cion de los creyentes por sus virtudes. Cuando el Cardenal hubo de escribirle desde Roma, ordenándole que se presentara al conde de Fuentibreñas, camarero honorario de Su Santidad, gentil-hombre de cámara de S. M. la Reina, ex-senador del Reino, ex-capitan general, grande de España, ya sabia él la importancia política de tal personaje, y conocia por el secretario particular del Conde la desenfrenada vida que éste llevaba bajo una apariencia de seriedad, nobleza y devocion; sabia que la Condesa, hija de una virtuosa familia de la clase media, señora de verdadera virtud, era una mártir que encubria su martirio, así como el Conde su perversion. Lo que no sabia, y pudo serle funesto al saberlo, era que la Condesa cautivaba con su hermosura, tenia un talento fino, delicado, penetrante, un alma virtuosa, un trato atrayente y deleitoso.

¿Pero quién podria haber descubierto su passion? ¿Por qué esto era, esto habia sido, una passion, un asombro de los sentimientos, una repentina acometida de la aletargada fuerza juvenil, hervor de la sangre, vértigo de la fantasía, tempestad de la conciencia, passion en fin; pero idealizada, digna, sin los empeños de un hábito impuro; algo que la quimérica imaginacion del padre Haryan se explicaba como un espasmo ante

la hermosura sobrehumana, el deletrear, la revelacion de la idea en la belleza, deseo de colocarse bajo la luz de una estrella para verse bañado en la divina luz?

Hablando con Ermeza, un hombre de mundo, un político de grandes estudios, el padre Haryan habia apreciado con acierto y declarado con lealtad los primeros tormentos, las angustias y dulzuras de su amoroso afecto á la Condesa.

A él mismo le hubieron de sorprender las palabras con que hubo de expresar tales sentimientos, y hacia por recordarlas para fijar con la mayor precision sus recuerdos y responder á sus escrúpulos de conciencia.

—Sí; amigo señor Ermeza, no puedo negarlo; he sentido por la Condesa un amago de pasion. Era singular para mí aquello. Bien sabe usted, que por el estudio llega la inteligencia á referir las más severas verdades á formas reales; parece que las sentencias escolásticas de los Santos Padres surgen ante la mente como rectilíneos y majestuosos planos de una elevada construccion; son como algunos órdenes de arquitectura, puros y correctos, sencillos y formidables; así es, que diria que el trabajo del pensamiento educa en cierto modo la sensibilidad, y por esas misteriosas analogías, entre lo que vemos conformándolo

con nuestra idealidad, puede afirmarse que llegamos á amar muchas veces la imágen de nuestro pensamiento; la Condesa es la belleza viva que puede en lo humano presentar el símbolo de la virtud austera, y de la verdad sublime: ha sido la Beatriz de mi entusiasmo teológico. Esto ha sido, repetía satisfecho, siempre que pensaba en ello, esto ha sido una vision celestial, como la que adoraba el Dante en medio de lo tenebroso y horrible.

Y con tal fantasía de palabras, en las que él pensaba hallar algo de profunda observacion psicológica, creía desvanecer el recuerdo de sus combates íntimos, de sus tentativas astutas por dominar el ánimo de la Condesa, y por hacerla ver la diferencia que existía entre aquel sacerdote virtuoso, noble, sábio y caballeresco, y el Conde, un hombre con todos los vicios de la organizacion de un degenerado. Olvidaba, además, los momentos en los cuales ofreciéndose como amigo espiritual de aquella alma atribulada, contemplaba enajenado la hermosura de la matrona, que, como las grandes actrices del teatro trágico, aparecía majestuosa, revelando silenciosamente en su rostro de artista la noble resignacion de reina infortunada, manifestando su dolor de un modo solemne y mudo; era una belleza ofendida, una augusta señora ultrajada.

¡Cuántas veces hubiera el padre Haryan besado aquellas manos blancas y delicadas! ¡Cuántas, habría consolado con ardientes caricias aquel dolor! Pero en el vencimiento de los deseos más apasionados, halló su orgullo la mayor satisfacción. Él apetecía ser admirado con el asombro con que la Eva de Milton adoraba al arcángel luminoso de ciencia sobrehumana y de naturaleza superior á la de Adan. Cierto fué, que bien pronto halló indigno de su grande alma el maquiavelismo jesuítico, y temiendo aparecer como un cura vulgar é hipócrita, dejó de valerse del dominio en la conciencia de aquella mujer, y de intentar apoderarse por sorpresa de su corazón. Hubo de sacrificarse con poco esfuerzo, y hasta en las cartas amistosas, de las cuales llegó á mostrar algunas á Ermeza, hacia alarde de la energía de su virtud. Estas cartas eran un cambio mútuo de alabanzas, respetos, encomios y ponderaciones sublimes.

—¿Sabe usted, amigo Haryan, que al ver estas cartas pienso que la retórica ha servido para que celebren su himeneo una vanidad femenil y un orgullo de primer orden?—Hubo de decirle Ermeza.

—Sí, amigo; el orgullo del que se cree fuerte contra las miserias humanas,—replicó el Obispo.

—No, padre, no. El orgullo.. —añadió Ermeza, que, según dijo, quería pagar con sinceridad la confianza que se le hacía, y hasta en esta misma confianza tal vez hallase el político una clara manifestación del orgullo, y no se atreviera á manifestarlo por obligada discreción.

No tenía de qué acusarse el padre Haryan; había triunfado, pasando, según él pensaba, por los más peligrosos trances de la vida; era casto, había sido leal á sus votos, fiel á la bandera que hubo de jurar al recibir la consagración de su alto ministerio.

Hubiera podido confundir á los calumniadores irguiendo su cabeza, á tenerlos frente á frente, pero los tenía á sus piés, eran el lodo humano del antro del infierno.

A los pocos días de haber llegado Julian y su hermana á Albura, el padre Haryan se hallaba una tarde sentado en su mirador del camarín con los ojos prendidos y la atención sujeta y fascinada á los esplendores de la postura del sol; en los rojos fuegos resaltaba la blancura de los nevados ápices de la sierra; las nubes encendidas, reflejando en la vaporosa neblina que del valle y del río subía á los montes, daba al llano un tono de rosa vivo que en éstos se tornaba violáceo. El afanoso vaiven de las gentes del arrabal pro-

ducia múltiples ruidos, martillazos de talleres lejanos, vocerío de mujeres, gritos de niños, algarabía gozosa combinada con el vario sonido de los esquilones y campanillas del ganado y el doblar del toque de las oraciones ya rezadas por su ilustrísima muy devotamente en compañía de la persona que estaba con él en el camarín. Era ésta un hombre de mediana edad, grueso, vestido como señorón de ciudad y con rostro y modales afectadamente graves.

—Ya lo sabe, señor Arquizo; le agradezco mucho, y de igual modo á esa cristiana corporacion municipal, el buen deseo que vienen demostrando por que se empiecen las obras. Ya me lo habia ofrecido solemnemente el señor ministro,—dijo su ilustrísima, sin apartar los ojos del paisaje;—y por esto puedo darlo por logrado.

—Mire su ilustrísima, ¿y qué podremos nosotros conseguir que no consiga mil veces mejor su ilustrísima?—contestó el señor de Arquizo con su dejito de ironía en la humilde expresion que dió á sus palabras.

—Entendido que es grande mi influencia; pero la buena voluntad del Municipio es cosa que tendré por presente entre el amor que me demuestra mi querida diócesis.

—Gana en las obras la ciudad.

—Presente hemos tenido tambien esa circunstancia; tanto es así, que hoy mismo se halla en Albura un escultor pagado de nuestro bolsillo particular, y que aguarda nuestras órdenes, y esperamos el concurso de altos personajes para dar á los trabajos la mayor riqueza; que siempre es digno de un pueblo como Albura honrarse con los esplendores que rinda en sus templos á Dios Nuestro Señor.

Fué su ilustrísima dando á estas palabras ese tonillo de discurso y ese acento particular que saben prestar los grandes á cuanto han de hablar en sus audiencias, y dió á entender que aquélla habia terminado.

No obstante, como el señor Arquizo habia hecho una visita más oficiosa que oficial, no se dió por entendido, ni hizo el menor movimiento por abandonar el cómodo asiento en que se hallaba. El Obispo, con ese recelo del que teme verse importunado por un charlatan, fingió creer que el señor Arquizo quedaba aún allí por no haber comprendido bien sus palabras, y su ilustrísima tornó á decirle que no abrigase escrúpulo alguno; que él estaba satisfecho con la conducta del Municipio, y que la tendria en cuenta; podia decirselo así á los señores alcaldes.

—Nos alegra, señor; bien sabemos lo bondado-

so que es su ilustrísima,—replicó Arquizo,—dí-
galo yo, que no hice sino manifestar el deseo de
que el cabildo surtiera de mi establecimiento
los altares de la catedral, y su ilustrísima me ha
complacido. Era una vergüenza, señor; las cosas
que no se pueden hacer como se debe, que se re-
tiren del trabajo; porque, repito, que era una ver-
güenza cómo estaba servido el culto por ese Mar-
tin Pelare; un pobre diablo; ya se ve bien claro,
su confitería y la farmacia de Calesa son dos lo-
gias de masones. ¿Qué sabrá él de sagrada lumi-
naria? Y si no, vean por sus propios ojos á dón-
de ha acudido la gente á comprar la cera de las
ofrendas y los ex-votos y promesas de altar.

Su ilustrísima se echó á reir bondadosamente
mirando el enojo y exaltacion que dominaban
al señor Arquizo, á pesar del respeto.

—Vaya, tranquilícese, tranquilícese y no se
queje, que el cabildo le ha sabido hacer justicia.
Y dígame, ¿qué blasfemadores son esos de que
me habla?

—¿Cuáles, señor? ¿La farmacia de Calesa y la
confitería de Martin?—preguntó fingiendo asom-
bro el señor de Arquizo, como si le maravillara
que el Obispo no tuviera conocimiento de aque-
llo. Ahí era nada la cosa, que habia para hablar
de ella por más de un dia. Sobre si existian ó no

masones en Albura, la verdad no ofrecía dudas: don Tomás, un propietario de la ciudad, hombre grave, animado siempre por el febril empeño de establecer escuelas, cajas de ahorro, bibliotecas y asilos de beneficencia, era, según Arquizo, jefe de todos los herejes, á pesar de que no dejaba de acudir á misa y de que fingía un respeto y un comedimiento extremoso. Era el más malo, el que más se había opuesto á que Arquizo saliera del Ayuntamiento y el que más rabiaba al saber que había sido nombrado alcalde por *mano del mismo rey*; en lo cual Arquizo hallaba más legitimidad y autoridad para el nombramiento.

—Pero en fin, ¿qué hacen ó dicen en esa confitería y en esa botica?—preguntó ya sin rebozo y como entregándose á la pueril curiosidad de un vecino, el señor Obispo...

Arquizo se negaba á decirlo; *eran horrores* lo que allí se hablaba; pero él lo sabía por el mancebo de la farmacia de Calesa; además, que aquello era una peste; no bien surgía en tales nidadas de diablos una infame calumnia, cuando se extendía por toda la ciudad. Jamás, como entonces, *habían existido en Albura más chismes ni más infamias*; aquellos impíos no respetaban nada.

—¡Ni á su Obispo!—exclamó gravemente y con

expresion severa y contristada el padre Haryan.

—Así es, y como su ilustrísima lo ha dicho; ni la sagrada persona de su ilustrísima.

➤ —No respetan á su Dios. A saber las infamias que allí se dirán. Dios nos dé caridad por ver el mal como es; el pastor no puede abandonar á la oveja enferma por pestilente y roida que esté su piel.—Añadió el señor Obispo, y dió á sus últimas palabras una entonacion grave, fijando los ojos en las vigas talladas con mosaicos nacarados del techo, como elevándo la vista al cielo y dirigiéndose místicamente á Dios. Luego, con cierto imperio y cual si venciese una profunda repugnancia, exclamó:—diga, diga, señor de Arquizo, cuanto sepa que hayan hablado de mí, y déme cuenta de los manejos de esos desgraciados; que en ello no hace más que ilustrar al padre acerca de las dolencias de sus hijos.

No deseaba Arquizo otra cosa, y dándole vueltas á la frase; comprendiendo, aunque torpemente en su obtuso pensamiento, que dar cuenta de la difamacion al difamado es una cosa indigna á que nada podian obligar, ni aun los recelos de un orgullo de vidriosa susceptibilidad, encubierto bajo la capa de un austero deber con que el Obispo le incitaba á la confianza, fué, no obstante, diciendo á éste, si bien comentándolo con após-

trofes de indignacion, que se decia que el padre Haryan era ambicioso, que era... daba risa y asco repetirlo... que el padre Ciriaco habia sido...

—Sí; bien lo sé... refiérense al padre Ciriaco, —le interrumpió su ilustrísima anublándosele el rostro al decirlo.—Eso fué fraguado contra mí, como contra su majestad se han proferido miserables dichos que ya todo el mundo desprecia. Adelante.

—No bien llegó aquí la señora hermana de don Lucas Andrés, hablaron de que su ilustrísima la visitaba secretamente.

—El Obispo se echó á reir, revelando en su fisonomía el más profundo desprecio hácia aquella suposicion.

—¡Pobre Condesa!—murmuró, como hablando consigo mismo.

¿Condesa? ¿Qué Condesa seria aquella de quien hablaba su ilustrísima? Arquizo no entendió bien lo que acababa de oir, y prosiguió diciendo que un mequetrefe, al cual habian suspendido en los exámenes de bachillerato; un pobre diablo, hijo de un valenciano que vendia alpargatas en la ciudad; un jovencillo llamado Rosselló, gacetillero de *La Aurora de Albura*, diario democrático que se publicaba en la poblacion, habia entrado dias antes en la confitería diciendo: señores... he he-

cho un portentoso descubrimiento respecto al... perdone su ilustrísima, dijo Arquizo al llegar á este punto; pero ese imbécil se atrevió á poner mote á su ilustrísima.

—¿Mote?—preguntó vivamente contrariado el Obispo.

—Mote precisamente, no; pero llamó á su ilustrísima Cura verdi-morado.

Él así dijo, que habia hecho un descubrimiento respecto al Cura verdi-morado. Le rogaron con grande algazara que lo dijera, y él dijo: que sabia que su ilustrísima tenia *dos sobrinos*; y añadió... ya entendeis lo que quieren decir sobrinos entre los curas, y añadió que estaban aquí.

Vaya, eso no era nada; al fin y á la postre cosas despreciables; casi habia esperado mayores infamias por parte de los maldicientes su ilustrísima... y le alegraba conocer hasta qué punto llegaba la maldad de los pervertidos en su diócesis; la revolucion habia dejado tras sí miasmas que aún infectionaban el ambiente; aún seguia fermentando la maldad, segun el señor Obispo aseguraba. Si él, entre otros dones recibidos por la especial munificencia divina, no tuviera un profundo sentimiento de pena, habria de reirse de aquellas extravagantes calumnias tan monstruosas que no podrian ser escuchadas por gentes que hubieran

llegado á estimarse en algo. ¿Podrian descubrir en los sacerdotes algo que realmente les hiciese sospechosos á los cristianos tibios, y les arrebatara el prestigio y la autoridad entre los fieles? Esto hubiera sido realmente digno de ser temido.

—¡Ah! tambien dicen que su ilustrísima... es el mayor enemigo político que ellos tienen.

—Nada importa que eso digan... Porque ello es bien cierto y bien sabido. Pero para que vea, señor Aquizo, qué imbeciles son esos parlanchines, voy yo ahora á sorprenderle...—añadió con cierta afectacion de travesura inocente y alegre su ilustrísima... Habló de sus sobrinos, dos jóvenes de su familia, dos hermanos, una señorita que habia ido á reponer el mal estado de su salud, y el caballero que habitaba en el palacio, y que era precisamente el escultor, un gran artista, un hombre notable, á quien su ilustrísima iba á encargar las obras más delicadas en las restauraciones de la catedral. Su ilustrísima pasó á ocuparse de otro asunto, suplicando que no hiciese, acerca de lo dicho, la menor confianza, bien porque el secreto importaba por otras razones, ya porque no se creyera que él ó sus amigos descendian á defenderse de las vergonzantes y odiosas picardías de la «gentuza.»

—La hermana del señor don Lucas Andrés,—

dijo con sencillez su ilustrísima,—del médico nuestro y de nuestra servidumbre, es la señora condesa de Fuentibreña, cuyo marido, el señor Conde, fué grande servidor de Su Majestad y grande amigo nuestro. Ha venido á Albura á pasar, en el mayor recogimiento, entregada solamente á sus devotas costumbres, el tiempo de luto, y á ocultar quizá en la modestia de una vida cristiana su título y su importancia social; tales causas y los grandes servicios que dicha señora sigue prestando á la política de Sus Majestades, á la cual le consta, señor Arquizo, que he rendido útiles servicios como hombre, y á la iglesia, de la cual soy ministro, hacen que yo mantenga relaciones de amistad con la señora Condesa. Ésta guarda el incógnito, y yo, señor Arquizo, le sujeto ahora con el deber de guardar tal secreto, estimando en lo que vale esta confianza, que le acabo de hacer. Vea, pues, si se habrían de sonrojar los maldicientes, conociendo su engaño, con tales declaraciones.

Huero por la vanidad hubo de quedarse el bueno del señor Arquizo; puso la cara misteriosa del que acaba de recibir la confianza más importante; ya tenía sobre qué construir sus fantasías más ó ménos acertadas el alcalde confitero y cerero, y consentía en que aquello le pesara en la

cabeza, como si hubiera de encargarse de resolver el problema diplomático internacional de mayor importancia para la paz de la Europa. Se propuso, sin duda, ser reservadísimo, y puede que, no pudiendo con el secreto, llamase á otra persona de gran discrecion, como posible era que ésta á su vez pidiese cirineo para ayudarle á llevar tan gravísima confianza, y así, de unos á otros resultase contra el anónimo de la calumnia, el anónimo de la reparacion; cual si esto hubiese entrado en los cálculos de su ilustrísima, el señor Obispo, que, á pesar de su grandeza, daba, sin conocerlo, en el infantil temor de no despreciar las miserables habladurías de un poblachon vetusto, lleno de parásitos desocupados, celosos, envidiosos y roidos por las miserables pasiones de un vecindario de villorrio.

Cuando hubo salido Arquizo, despues de besar el anillo de su ilustrísima y recibir la bendicion de éste, salió del camarín el señor Obispo, posó la frente sobre la palma de su mano derecha y el codo en el sillón, y quedóse preocupado, pensando en quién y de qué modo habria descubierto aquellas íntimas particularidades de su existencia. Ermeza, por entonces ministro de Gracia y Justicia, le debia á él cuanto habia llegado á ser despues de la restauracion; era ade-

más hombre discretísimo y adicto... ¡Ah, quién sabe si en aquellas cartas que él había echado de ménos en el paquete de cartas de la Condesa, se habría podido justificar la calumnia. Y pensando en esto quedó un gran espacio de tiempo.

Luego pareció tomar una resolución, y al entrar en el camarín Ventura, el paje de servicio, con una lámpara encendida, pidióle recado de escribir.

Con la pluma, el papel y el tintero, estuvo su ilustrísima un gran rato, cual si se hallase indeciso, escogiendo los términos apropiados para el escrito, moviendo el pulgar y el índice de la izquierda, cual si torciese con ellos un cabo de hebra, al propio tiempo que se devanaba los sesos en buscar forma adecuada al intento de su mente, y se establecía por esas singulares relaciones que existen entre los ademanes inconscientes y nuestro pensamiento, una analogía tal que podría decirse que tiraba del hilo invisible que había de desarrollar el enredijo de sus vacilantes ideas.

—¿No sabe,—dijo, como por librarse de la astuta fiscalización de cura que podía muy bien ejercer sobre él el camarero Venturita,—no sabe que me ha dado una buena sesión el señor de Arquizo?

—Estuvo demasiado tiempo con su señoría ilustrísima. No vale advertirles nada...

—¡Bah! el hombre hace alarde de saberlo todo; y bien se ve que ha leído alguna cosa de sagrados cánones.

—Pero yo le hallo, con perdon sea dicho de vuesa señoría ilustrísima, muy machaca al hombre ese.

—No, pobre; le contenta que se le oiga, y yo me hago á veces de nuevas, y él queda tan satisfecho de haber informado con su sabiduría al señor Obispo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual su ilustrísima miró el punto acerado de la pluma, tornó á mojarla en el tintero y volvió á quedarse dudoso, y al cabo añadió:

—¿Sabe, Ventura, que la última vez que estuvo aquí el señor Arquizo, le dejé confuso, diciéndole que para la Basílica de San Juan de Letran, en época remota, habia regalado el Vaticano; entre mil preciosidades que enumeré, una lámpara de oro para que ardiese con aceite de nardo delante del altar, y otra de plata para que alumbrase con aceite de nardo *pístico*, óleo precioso de la espiga de nardo? ¡Pero cuánto no debió chocarle la palabra *pístico*, aunque no manifestó al oirla ni la menor extrañeza!

Esto hizo reir á Ventura.

Tornó su ilustrísima á intentar el comienzo de su carta, y de nuevo pareció verse acometido por las dudas; queria escribir á la Condesa, sin duda impulsado por las calumniosas sospechas á que se entregaban los de Albura, segun habia dicho Arquizo. Al fin el señor Obispo escogió un medio de cumplir su deseo de un modo indirecto, y sin que nadie descubriese sus temores.

—¿Está en su casa don Julian?—preguntó al paje.

—Ahora mismo acaba de llegar.

—Lo celebro; mejor que escribirle será verle. Llámeme de mi parte, y sírvanos dos jicaras de chocolate, con bizcochos de las santas madres, que serán del gusto del señorito.

No fué pequeño el asombro que aquel inesperado llamamiento de su tio produjo en Julian; acababa de llegar al palacio despues de haberse dado un largo paseo por el campo; le impuso tanto el convite, que dejó su álbum de dibujo, y cambió su traje, sacando del fondo de su maletilla una levita negra.

Su ilustrísima le recibió afectuosamente, sin dar de un modo directo disculpa por su aparente frialdad y su reserva; pero enumerando la multitud de trabajos que por entonces le preocupaban;

habia estado deseando que llegase aquel momento desde el dia mismo de la llegada de sus sobrinos. Se habló de su familia y de Anita, á la que iria á visitar con él, y de la cual tenia buenas noticias diariamente.

Tomaron juntos el chocolate; el Obispo estuvo muy bondadoso y llano, sin abandonar no obstante el tratamiento en impersonal; le participó que iba á encomendarle trabajos de importancia; le interrogó acerca de las maravillas escultóricas de Albura, demostrando apreciar en mucho las opiniones del jóven; pero elevándose no obstante sobre éste en tal cuestion al referirle lo que él habia visto en Roma en el museo del Vaticano, y en los museos particulares. Era su conversacion grave, no por esto privada de matices, ni falta de amenidad, pero semejante á la de un catedrático que va exponiendo ante sus asombrados discípulos la parte de los conocimientos que él considera al alcance de la inteligencia de su auditorio.

Julian estaba encantado. Realmente, el Obispo era un grande hombre.

—Mañana debe hacer que don Lúcas le lleve á ver á Anita,—dijo el Obispo, cuando ya Julian iba á retirarse.—Y á propósito; voy á rogarle que le diga á don Lúcas que no puedo ir yo en persona á visitar á la señora Condesa, y que si algo

tiene esta señora que recomendarme, puede hacerlo por escrito.

—¡Ah! la señora Condesa.

—Sí, á la hermana de don Lucas, nuestro médico, la condesa viuda de Fuentibreña. Guarda aquí el incógnito. ¿Entiende?

—Entendido,—replicó Julian, para quien todo aquello era incomprensible.

III.

—¿Por qué estará contento ese tarambana? me decia yo al verte entrar tan gozoso por la puerta del corralon, y lo que ménos podia yo pensar, era que fuese porque te hubieran encomendado trabajo,—exclamó Anita fijando en Julian sus grandes ojos saltones y tristes como los de casi todas las mujeres enfermas.

—¿Pero y la señora Condesa?—replicaba en voz baja el jóven paseando por la sala semi-oscura en que se hallaba con su hermana.—¿Cuándo he de ver y hablar á la señora? Rabio por ver y hablar á la señora Condesa.

Anita no contestó á esto; siguió diciendo que aquel gozo de su hermano duraria bien poco: era lo de siempre, lo que á ella le habia enojado tantas veces; cuando á Julian le encargaban algun trabajo, saltaba de alegría y se las prometia muy felices, y si, por acaso, le hacian algun prés-

tamo por adelantado á cuenta de la obra, festejaba con pasteles á su hermana y se regalaba con una botella de ron viejo, y bebiendo y fumando y prometiéndoselas muy felices en la concepcion y en la ejecucion; luego se dormia, y despues, despues era ella.

—¿Qué? ¿Qué sucede despues?—preguntó Julian con cierto pique iracundo, á pesar de la invencible y dulce indolencia que le era habitual.

—¿Qué? Que despues de trabajar los primeros dias en los preparativos, ya porque no ha hecho el herrero el esqueleto, ó porque no tienes barro, ó porque no hay modelo, ó porque no estás para ello... muchas veces te estás sin hacer nada seis meses, ó cuando más, no pasas del boceto.

—Díme, infeliz, —replicó Julian, —¿cuándo han pagado con esplendidez? Nunca. Has de verme ahora, has de verlo, voy á poner mis estátuas en esa magnífica, en esa suntuosa catedral; tengo que retocar muchos bajo-relieves deteriorados y hacer santos nuevos. Hé aquí lo que no puede hacer nuestro protector y pariente como no llegue á Papa. Anita mia, te quiero muchísimo; hemos de salir ricos de Albura. ¡Qué vale tener el tio Obispo! Y te llevo á Roma, y luego á París, y luego al infierno.

Y al decir esto Julian, habia cogido á su her-

mana y hacia como por obligarla á danzar con él, en tanto ella mostraba enojo y pugnaba por librarse de sus brazos.

—Sí, esto es; quiera Dios que tú tengas juicio... Déjame, Julian; déjame, por Dios, que no estoy para juegos...

Un gesto de nerviosa ira, de mujer endeble, y una quejumbre ahogada, hicieron que Anita obligase á su hermano á que la dejase libre de su porfía juguetona.

—¡Pesado!...—exclamó Anita.

—Hija, si es el gozo.

Quisiera Dios que no quedara mal con el tío y abandonase á medio concluir la obra que le encomendaran. ¡Cuánto habia pasado despues de la muerte de la tia Martina, y debiendo vivir ambos con la exígua pension que á Anita le correspondia; qué apuros, cuando con esperanza de vender algun busto ó algun cuadro iban haciendo deudas en las tiendas, cuando llegaban á empeñarlo todo, cuando muertos de hambre y de frio, ó acostándose á oscuras pasaron los más rigurosos inviernos! Anita enumeraba con acritud y con pena todas aquellas desdichas pasadas, echando en cara á su hermano la falta de energía y la invencible indolencia. Éste la escuchaba con calma, alterada á veces por repentinos gestos de en-

cono ó de irritabilidad colérica; pero dominándose, á pesar de todo. ¡Qué sabia su hermana de los abatimientos que acometen á un artista en los primeros pasos! ¿Cómo hacerla entender que muchas veces por dignidad era preferible morir de hambre á doblegarse comprometiendo con el servilismo la alteza de la reputacion que uno espera conquistar? Además, ¿á qué hablar ya de lo pasado? Estaban en una nueva vida; hasta se comprometia sériamente á guardar las formas más correctas, y á pasar por beato, si era necesario.

No se le ocultaba á Julian que en todo cuanto su hermana le decia habia un gran fondo de verdad; aquel egoismo de niña enfermiza, aquel miedo de mujer á la terrible miseria habian desarrollado en Anita una cautelosa prevision; guardábase oculta en su silenciosa reserva, apeteciendo hacerse lo ménos visible y lo más precavida que pudiera darse; tenia el recelo y obraba con el sigilo con que por los repliegues, junturas, esquinas y grietas van los parásitos hasta asegurarse un punto donde alimentarse, dormir y pasar su humilde vida, sin que nadie les pueda sorprender.

No; Julian daba su palabra de no desperdiciar aquella magnífica ocasion para hacer la carrera artística; el Obispo le habia ofrecido proporcio-

narle cuantos elementos le fueran necesarios; tendria un estudio, un magnífico estudio, al cual no irian sus amigos ni sus camaradas á distraerle ó desesperanzarle. No habia más remedio; forzosamente habia de trabajar. ¿Era la pipa un narcótico que le enervaba? pues Julian no fumaría sino cuando Anita le diese licencia para ello. ¿Podia hacer más un buen hermano? Ciertamente que no. Habia á la verdad en todas estas concesiones mucho deseo de complacer á Anita, para que ésta, contagiada con su alegría, le declarase algo de la vida que ella llevaba en aquella casa.

—Estamos hechos unos infelices. Esto que nos pasa es desusado. Seguramente tú te hallarás en la misma confusion en que yo me hallo. Llegamos aquí, nos separan, y luego resulta que tú estas viviendo con una Condesa,—decia Julian;—por supuesto,—añadió el jóven bajando la voz,—que la mujer es guapísima. Su hermano, su incomparable hermano don Lúcas, ha estado divino cuando le manifesté que me asombraba de que tuviera una hermana Condesa. Me dijo que habia nacido para ello, que desde muy pequeñuela se le conocia en la cara; andaba tan seriecita y á veces impertinente: de modo que á lo que veo, tú te crias para lo propio.

Anita no habló palabra, fuera de lo que ya le hubo de revelar á su hermano la vez primera que hubieron de verse despues de la llegada á la ciudad; solamente dijo que la parecia difícil que Julian pudiera llegar á ver á Marina.

—Y sin embargo, no he venido á otra cosa; puede asegurarse. El tio me lo ordenó.

Esto causó una extrañeza inexplicable en Anita. ¿Que el tio se lo habia ordenado? Parecia increíble; la jóven miró con aire de duda á su hermano.

—Mujer, no veo que en esto haya nada de particular. Estás en su casa; justo es que yo salude y ofrezca mis respetos y dé un testimonio de gratitud á quien te concede hospitalidad;—replicó Julian, dirigiéndose á los cristales del balcon. A su vista apareció un ancho corral, por donde andaban multitud de gallinas, patos y conejos; una gran tapia con puerta; tras de la tapia se alzaban los altos árboles de un huerto y un oscuro edificio con una campana al aire, bajo arco rematado por cruz de hierro y con ventanas de rejas provistas de largos picos.

—Un convento de monjas..... ¡Calla!—exclamó Julian,—aquello que se ve detrás es la muralla, y desde aquí veo parte de la fachada y del pórtico del palacio episcopal..... Miren, y yo que me

creia á mil leguas del palacio. Estos pueblos antiguos son una madeja de callejones, parecen hechos con trampa;—y luego añadió en voz baja, muy baja, casi imperceptible, y guiñando maliciosamente los ojos,—apostaría á que desde el palacio hay un subterráneo hasta el convento, y puede que hasta esta casa, que ha debido ser convento. Entra todo en lo posible..... Mira, por Dios, no me descubras.

En esto la puerta de la sala se abrió; entraba la señora Condesa.

—Señora, le presento á usted á mi hermano, —dijo tímidamente Anita.

—Le esperaba para tener el gusto de conocerle;—dijo Marina con voz segura y acento de la mayor cortesanía.

Julian miró á Anita como diciéndola: ¿lo ves cómo era yo esperado? y se inclinó sin atreverse á hablar.

—Me lo dijo ayer tarde su ilustrísima á la salida de la novena de San Antonio;—replicó la Condesa.—Es para mí una dicha que haya usted tenido la acertada idea de traer á Albura á esta señorita, ya que habia usted de pasar en la ciudad todo el tiempo que deba durar su trabajo de arte. Me parece que Anita y yo hemos de ser las mejores amigas del mundo; mejor dicho, ya

lo somos. Si les parece á ustedes, nos iremos á merendar á la huerta; la tarde es muy hermosa; la higuera grande está cargada este año como ninguno otro, segun me ha dicho mi hermano. Es cosa curiosa. Los higos de las ramas altas están maduros, sin duda porque reciben mejor el sol; pero en cambio, nos los comen los tunos de los pájaros; me da gozo verlos volar en turbion en cuanto uno se aproxima al árbol; conocen su delito.

Era parlanchina y afable la Condesa. Tenia la voz simpática, y verdaderamente hermoso el rostro y gallardo su cuerpo; no pasaria de los treinta y cinco años, á juzgar por las apariencias. Vaya si era guapa *la obispa*, como habia dicho aquel parlanchin á la puerta de la catedral; era guapa. Julian, torpe para hablar con aquella señora, no era tímido al mirarla, é iba como recreándose en el exámen, fijando en ella audazmente sus escudriñadores ojos de artista; contestaba á sus preguntas con cierta indecision y grande embara-

razo. Bajaron por una gran escalera de tramos anchos, rellanos espaciosos y balaustrada de madera; se veian las paredes pintadas de ocre rojo y en el centro del techo, sobre el último piso, un roseton amarillo con una paloma de yeso con el

pico y las patas encarnadas, y pendiendo de éstas un inmenso farol; atravesaron un gran zaguan, en el que habia un viejo arcon de madera con dos grandes arneros de cerner, de piel de cabra, y largas horquillas, palas, estacas y rastrillos de madera puestos en un rincon. Marina descorrió el cerrojo de un porton que se abria hácia el corral. A él salieron Julian y Anita precedidos de la Condesa; Julian lo miraba todo: aquella casa habia de ser muy grande; dentro de ella no se hallaba uno tan mal como podia haber temido al ver su fachada principal; en el corral habia un establo; llegó el olor vacuno á la nariz de Julian, ese olor que despierta el recuerdo de la leche sabrosa; Anita condujo á su hermano á aquel establo; Marina les siguió sonriéndose.

—Va á enseñar á usted su gabinete. Hemos cumplido una severa órden de mi hermano.

En efecto, en un esquinazo, cortado y cercado por un gran biombo, habia una cama, una mesa de noche con lamparilla de porcelana y tetera, y una alfombra ancha y gruesa á los piés.

En los pesebres habia seis rollizas vacas de leche y una ternera pelinegras y roja, cuyas grandes tetas carmíneas colgaban con pezones gordos desarrollados por el continuo ordeñar. Eran mansos y hermosos animales, prendidos

con cuerdas por los largos cuernos á fuertes anillas de hierro enclavadas en los muros de piedra de la pesebrera; rumiaban con lentitud; una de ellas volvió su cabeza mirando con sus grandes ojos, en los que brillaba suavemente la luz como en oscuro azabache. El techo del establo estaba cubierto por cielo raso de yeso, y el piso formado por grandes baldosas de piedra, limpio como una vaquería madrileña. Sentíase realmente un dulce calor, un ambiente grato, en el que prevalecía el olor henil, deleite de los olfatos delicados; una abertura grande y alta servía para vaciar el forraje del pajar en el establo.

—Dan leche para nosotros, para los enfermos del Hospital y para algunos convalecientes que visita mi hermano;—dijo Marina acariciando á la ternerilla que hociqueaba oliendo las ropas de la Condesa; según ésta, aquel animalito serviría para la vacunación. El año anterior la epidemia de viruela había sido terrible en Albura, especialmente en el arrabal bajo y en el valle; y al decir esto y con tal motivo, recordó la conducta caritativa del Obispo.

—Es un santo, un santo, su señor tío;—decía Marina, revelando en sus ojos un profundo sentimiento de entusiasta veneración, que echó de ver Julian, y le pareció sincera. Evidentemente,

aquella mujer sentia lo que daba á entender con sus palabras.

—¿Estarás aquí en grande?—dijo dirigiéndose á Anita Julian echando una última mirada al establo;—así era: Anita aseguró que dormia con gusto en aquel ambiente tibio, bebiéndose todas las mañanas una cornata de leche recién ordeñada, á la cual ya no tenia que añadir los malditos polvos de bicarbonato de sosa. Bien pronto podria beber cuanta leche quisiera, segun aseguraba llena de gozo; *leche á todo pasto*. Tenia Anita esa animosa esperanza que hace bulliciosas en ciertas ocasiones á las personas endebles y enfermizas; miraba con dulzura y cariño aquellas hermosas vacas, sus nuevas nodrizas, y palmo-teaba regocijada; se hallaba de noche como en el regazo de un inmenso seno, templado el aire aspirado que se renovaba de continuo por los ventiladores girantes colocados en las ventanillas del establo; Julian creia que habria de verificarse una nutricion misteriosa por la traspiracion, y halló sin saber por qué muy acertado el plan de don Lúcas para la curacion de Anita.

Cuando llegaron á la huerta ya les esperaba un mozo calzado con abarcas y con zajones como los campesinos del país; habia puesto una tosca mesilla, unos banquejos de encina y en ella va-

sos, bizcochos y una gran jarra de leche cocida de espesa y grasienta nata. La huerta era grande; en el fondo de ella se veían las altas paredes y los tejados del convento vecino, y salían sobre aquéllas los altos árboles frutales del huerto de las monjas, levantándose por cima de todos con su granuloso y oscuro follaje, y en segundo término un hermoso ciprés que hacía de símbolo religioso y tétrico en medio de la arboleda, cual si sus negras ramas fueran un hábito de penitencia, erguido, apartado, señalando al infinito, sin que la luz pudiera arrancar de su verde opaco los vivos matices y cambiantes que del resto de la vegetación.

—¿Aquello es un convento?—preguntó Julian.

—Sí; el de las pobrecitas siervas del Santísimo Sacramento,—replicó la Condesa.

Julian tornó á pensar en los novelescos subterráneos; las altas paredes, y aquel agudo ciprés le parecieron una decoración de teatro.

Anita parecía haber salido de su reserva habitual; hablaba sonriendo; de todo hacía alabanza, y con el pretexto de ir mostrando á su hermano las cosas de la huerta, se deshacía en elogios á Marina, ya refiriendo las reformas que ésta había dispuesto en la huerta, ya ponderando su buen gusto para todo.

La tarde era de una luz sonrosada; el rojo fuego de las nubecillas mandaba á los árboles un tono caliente que contrastaba con las vigorosas tintas sombrías de los puntos privados de aquel exceso de luz; se oían píos de pájaros, como regocijados pitos de golosos contentos, que se llaman y se brindan con mútuos obsequios; volaban de este al otro árbol frutal ó se ocultaban en las alineadas filas de lechugas de verde brillante, ó de moradas lombardas y crecidos guisantes de la hortaliza. Junto á la pared del convento habia una larga fila de corchos cilíndricos cubiertos con tejas, eran las colmenas, y al otro extremo un asuelo gris daba sufridamente vueltas á una noria, por cuyos canjilones se veían caer cordones de agua que abrillantaba un rayo de sol al pasar por entre las hojas de un nogal.

Tendiendo la vista á uno y otro lado, aquí y acullá, se veían asomar por cima de otras tapias las copas de otras arboledas y llegaban los lejanos píos de otros pájaros. El aire era tibio, y aún no sorprendia con esos repentinos soplos frios, por los cuales en aquel país se suele anunciar en todo tiempo á la hora del crepúsculo el descenso de la temperatura. A la elevacion en que se hallaba aquella parte de la ciudad, las pulsaciones eran más lentas, el aire más puro; realmente, Anita

no podia haber hallado un sitio mejor para su salud.

Julian se habia sentado frente á Marina y á su hermana, ocupadas en partir una hogaza y sacar con un cucharon de palo miel de una horza de barro. ¡Qué bien se encontraria él en aquella casa, sin más mision que la de pintar, por no aburrirse, ó pasarse el tiempo soñando en hacer alguna vez estátuas colosales, cuyos contornos pensaria sentado en la yerba, fumando su pipa ó comiendo miel, higós y bollos de monja; pero á la verdad, haciendo además de esto compañía á la señora Condesa! Marina se habia arremangado los puños de su bata oscura, y resaltaba el blanco de su brazo, y por las inclinaciones y erguimientos en que sucesivamente, dada la movilidad á que le obligaban los preparativos de la merienda, presentaba en escorzos diversos su busto y su cuerpo; Julian iba apreciándoles con la mirada sensual é inteligente de escultor.

—Vaya un desnudo que ha de tener esa mujer hecha de mármol blanco,—se dijo gozosamente.—En esto alzaba su cabeza Marina y apartaba los rizos de sus sienes; la postura habia coloreado sus mejillas; tenia un busto admirable, una frente lisa, una nariz recta y proporcionada..... ra de una belleza de primer orden; un modelo

admirable.—¡Vaya una Vénus!—seguía diciéndose el escultor.

—Qué bien está ahí el gran señor esperando que le sirvan,—exclamó Anita viendo á su hermano.

—Nos está mirando,—dijo Marina; y fijó sus ojos rasgados y brillantes en Julian sonriendo de un modo amigable, como mujer que se apercibe de que la admiran y revela por ello su satisfacción involuntariamente.

—¿Nos vas á retratar?—añadió Anita.

—Con el mayor gusto haria un busto á la señora condesa,—dijo Julian contento de su audacia.

—¡Oh, Dios mio! A mí, ¿y para qué? si ya no puedo tener encanto en esas cosas,—dijo Marina mimosamente y con afectada pena.

—Pero para mí lo seria. Es decir, perdóneme usted, claro es que ni sirviéndome de modelo su busto, tendria derecho ni aun al encanto que pudiera producirme la delicada hermosura de usted. Pero el arte es absoluto,—replicó con cierto alegre valor Julian, que pocas veces habia dicho tantas palabras seguidamente á ninguna otra mujer, sino á las de modelos, ó á las alegres esclavas del deleite cortesano.

—No comprendo cómo hay mujeres que tie-

nen seriedad y juicio, y se están dejando admirar por ustedes todo el tiempo que dure el trabajo de sacar un busto; no me lo explico. Porque ó se creen hermosas y pecan de vanidad, ó se creen feas y á sabiendas se exponen al ridículo.

No se miraban todas al espejo; pues en esta fugitiva aparicion de la imágen podria haber mayor soberbia; la modelo, además, se sacrificaba tal vez, poniendo á prueba su alma con un sacrificio. Porque ello era lo cierto; sin modelos hermosos, no habria vírgenes hermosas en los altares, segun aseguraba Julian.

—Así es, así es. No habrá necesidad de recordar á la señora Condesa la historia de la bella panadera italiana;—dijo con voz gruesa y palabra suave y lenta una voz conocida.

Todos se sorprendieron al ver al señor Obispo, que era el que acababa de hablar, y que habia aparecido por uno de los recodos del paseo. Allí estaba con su sombrero de teja de vueltas, cordoncillo y borlas verdes, su traje morado, su cruz dorada al pecho y el anillo episcopal brillando en el dedo correspondiente y sobre los guantes de punto. Tras él llegaron los dos pajes, el ángel de la Cuaresma y el de la Pascua, y don Lucas Andrés.

La Condesa y los dos hermanos se arrodillaron para besar el anillo y recibir la bendicion.

—¡Qué gratísima sorpresa! Nuestro querido señor Obispo, — exclamó llena de contento la Condesa, — ¿merendará usted con nosotros?

—A eso vengo, á tomar aquí mi chocolate esta tarde; es decir, á ver á usted y á mis parientes.

—Me le he traído, Marina, me le he traído;— decia gozosamente don Lucas Andrés, á quien aplaudió por ello su hermana con una bondadosa sonrisa.

—Y llegaba, por lo visto, á lo mejor de la conversacion. Pues mire usted, señora Condesa, no ha de ser pequeña la dificultad que haya de encontrar este artista, mi pariente, en la eleccion de modelos; si se tratara de hacer una imágen de Nuestra Señora del Cubillo hallaria bellas aldeanas para modelos... pero una Vírgen como la que ha de colocarse en el vértice aquel del grande arco, requiere más artístico cuidado. Vaya, y no se asombren; pero ha dicho un ilustre prelado francés, que para el arte hay bulas extraordinarias. En el arte, el desnudo es un vestido como otro cualquiera, dijo Dupanloup.

Despues, con cierto gracejo paternal, su ilustrísima relató la leyenda de la Vírgen del Cántaro, del monasterio de Yuste, aquel enamorado que hace la estatua de su amada, pierde la razon, y la recobra, cuando colocándose la novia en el

lugar de la estatua, y bajo los paños que á ésta encubrían, no bien el artista la habla, como siempre solía hacerlo en sus delirantes fiebres, ella le responde y le hace ver que no es una imágen, sino real y verdaderamente su prometida. Vuelve de su locura el escultor, y en acción de gracias regala al monasterio la estatua de su amada, que representaba una jóven con un cántaro. Pasados algunos años, la estatua fué consagrada, y es hoy la Vírgen del Cántaro. Su ilustrísima aseguró que si era milagroso hallar entre las rocas la imágen de una Vírgen, no lo era ménos apareciendo en la mente de un artista. Con este motivo parecia empeñado en insistir afirmando que no era posible comprender los medios infinitos de que Dios podia servirse para guiar á los hombres en el camino santo de la salvacion.

A la verdad, resultaban un poco enigmáticas, y, por lo tanto, extrañas las razones y las palabras del señor Obispo.

El mozo de servicio se habia subido con una gran fuente de porcelana á la higuera, y trepaba como un macaquillo por las ramas hasta la cima del hermoso árbol de grandes hojas, anchas como la palma de la mano; se veian los higos negros maduros, y los blancos y lechosos higos, no hechos aún, y de tardía sazon.

Los pajes, Julian y las señoras, comieron fruta y miel, y bebieron sendos vasos de leche, en tanto que á su ilustrísima y á don Lúcas les eran servidas dos grandes jícaras de chocolate. Julian seguía contento, y observaba con verdadera astucia de burlon, de qué modo el goloso y delgado cho paje, el ángel de la Cuaresma, se regalaba, en tanto su compañero hacia extremos de pulidez y de gelatinosa cortesía mongil.

Aún se volvió á provocar la conversacion sobre cuestiones de arte; su ilustrísima fué dando cuenta de los proyectos que acariciaba respecto á las obras de restauracion que debian hacerse en la catedral, cuando á lo mejor se vió interrumpido por Julian, que con la interrupcion causó en todos no disimulada extrañeza; pero el jóven habia perdido ya el temor que le produjera su señor tio.

—Quiero recordarle, señor Obispo,—dijo,—que una de las cosas más indispensables para mí es un buen estudio, un local espacioso y alto donde nadie pueda interrumpirme.

Halló su ilustrísima que Julian tenia razon; era, además, preciso que las gentes mironas y parleras de Albura supieran lo ménos posible cuanto se hubiese de disponer. Que les causasen sorpresa las obras ya acabadas.

¿Local? ¿Buscaba un buen local, espacioso y retirado? Pues don Lucas podía ofrecerle una panera abandonada, que allá adjunta á la casa y en aquella misma huerta estaba llena de maderas, chismes y cachivaches viejos que para nada servian, y quedaria á disposicion de Julian, no bien éste la necesitase.

Don Lucas se ofreció á mostrársela á Julian; y en efecto, no bien el mozo trajo las llaves, condujo el médico al jóven por uno de los estrechos paseos de la huerta, hasta una edificacion larga, de altos techos y ventanas elevadas. Entraron; era un salon grande; debió haber sido capilla en otro tiempo, cuando la casa fuera convento, segun pensaba don Lucas; tenia buenas luces; Julian halló el local excelente y se prometia aprovecharle, no bien tuviera que empezar los trabajos, si es que con esto no molestaba á la señora Condesa.

—¿Molestarla? Ni por pienso,—replicó don Lucas.—Antes puede que la convenga alguna distraccion, y se vengan ella y Anita á verle á usted trabajar. ¡Pobre Marina!

—Parece muy buena su hermana de usted. Y tiene un carácter muy tratable..... Yo habia esperado hallarme con una beata llena de preocupaciones,—decia Julian.

Segun éste, como en los primeros dias habian empleado con él tales reservas, creia justificada aquella sospecha; pero no podia negarlo, se habia llevado un chasco..... «Era una gran persona la señora Condesa.» ¿Quién habia de decirle al joven que don Lucas Andrés tuviera una hermana condesa?

—Y no es más, porque no quiere,—añadió don Lucas, que hacia sonar unas con otras las llaves del llaveró segun andaba.

—No le entiendo á usted,—replicó Julian.

—Pues sí, esto es; porque yo pienso, aunque maldito lo que entiendo de estas cosas, que el título de Duquesa es más que el de Condesa.

—Y bien, ¿qué quiere usted decirme?

—Pues que mi señora hermana, que fué bien desgraciada por cierto, y como ya le he dicho, con su difunto marido, sólo ha heredado de éste el título de Condesa; y pienso que, no obstante su situacion, rechazará las pretensiones del señor duque de Albares que la solicita en matrimonio. *De modo y manera* que desatenderá á un archimillonario, á un noble de linaje limpio y antiguo. Es título que tiene origen en tiempos anteriores á la época de la Reconquista.

Realmente aquella mujer correspondia á un duque; su frente altanera, sus ojos de un poderío

irresistible, sus ademanes llenos de majestad, le parecían á Julian dignos caracteres de una dama de altísima categoría. El viejo duque de Albares, aquel caballero de pelo gris perfumado, que había él visto mil veces por la Castellana en lujoso tren, y cuyo magnífico palacio se alzaba en lo más céntrico de Madrid; aquel personaje rico é influyente había tenido una idea muy natural de dar término á su larga soltería para coronar á una de las más hermosas mujeres de la aristocracia.

Pues, para que se viera lo que son las cosas, Marina no se hallaba dispuesta á aceptar tan envidiable partido, y tal vez continuara para siempre escondida en Albura. No sabía Julian qué pensar de todo esto, era extraño sin duda alguna.

En tanto que don Lucas y el jóven habían ido á ver la panera, su ilustrísima, segun les dijeron, había hablado cariñosamente á Anita, preguntándola cómo se encontraba desde el día de su llegada, dirigiendo á la pobre muchacha palabras afectuosas para animarla. Julian halló á su hermana muy gozosa. El señor Obispo se acababa de marchar con sus familiares, cuando estuvieron de vuelta Julian y don Lucas.

—¿No sabes lo que el tío me ha dicho?—decía Anita á su hermano;—pues me ha dicho que no

crea que estoy viviendo de limosna en esta casa; ¿entiendes? Ha tomado una de mis manos entre las tuyas y me ha mirado plácidamente con ojos llenos de dulzura, y cogido de mi brazo hemos estado paseando por aquí los dos. ¡Oh, es un santo, un santo señor! No creas tú... ¡pero á tí no se te puede decir nada! En fin, si me das palabra de ser reservado por una sola vez en tu vida,—añadió bajando la voz,—te lo diré.

—Habla mujer,—replicó Julian con impaciencia.

—Pues bien, me ha dicho: hija mia, estás aquí para reponerte, cuidado de tu porvenir y facilitaré á Julian los medios para que se abra el suyo; la señora Condesa está aquí en tanto que yo y otros amigos de su marido arreglemos importantes intereses que la corresponden en perfecto derecho. No puedo decirte más, sino que no le eres gravosa en nada. Nuestra familia ha sido siempre escrupulosa en asuntos como éste, en los cuales entra por mucho la delicadeza, y yo jamás he pensado sino en cumplir con las tradicionales costumbres de nuestra familia.

A Julian se le ocurrió pensar entonces que sin duda habria graves motivos que, relacionando á la Condesa con el señor Obispo, colocara á ésta en situacion de no necesitar para nada los ofreci-

mientos del duque de Albares. ¡A saber lo que habria en todo aquello!

La vida de Julian en el palacio fué modificándose; se hizo más independiente; algunas mañanas el paje le avisaba para que bajase al jardin, donde su tio le esperaba para tomar juntos el chocolate en un velador de piedra, oculto en una glorieta, cuyos grandes árboles formaban un oscuro pabellon.

El Obispo hablaba en impersonal la mayor parte de las veces cuando le dirigia la palabra; pero aparecia más afectuoso y franco, agradándole por extremo que Julian le oyese con atencion cualquiera de los sentenciosos discursos á los que por esa inocente petulancia habitual en todos los oradores solia convertir la plática más sencilla. No obstante, la vida de su ilustrísima seguia siendo en el palacio cuasi celular. Muchas noches las pasaba en claro, escribiendo ó estudiando.

Julian seguia mirándole en realidad con profundo respeto, contenida la expansiva condicion de su carácter por la reserva de su tio, lo cual no impedia que allá en su mente diera vueltas á maliciosas conjeturas; por lo demás, se sentia cada vez más contento de su nueva vida.

—Amigo don Lucas,—solia decirle á éste,—

hace más de un año que ni dibujaba ni pintaba; ahora puedo hacerlo. Y en fin, no parece que es una obligación que deba de hacer ejercicios espirituales de novicio; entro y salgo á mi placer; los curas ya no me miran como á un bicho raro. ¡Veremos cuándo se llega á hablar seriamente de esos trabajos extraordinarios que piensan encomendarme!

Él olvidaba bien pronto cuantos motivos hubieran podido asaltarle para prenderle en preocupaciones, respecto á su situación de entonces, y aun á su porvenir. Escapaba con el álbum, la caja de colores y la silla de campo á cosechar placenteros asuntos de arte, escogidos á capricho, ora para quiméricos proyectos, ya por el repentino encanto que le causaban al impresionarle como por sorpresa. Las hojas del álbum estaban enriquecidas de mil lindos detalles; siluetas de campanarios, pórticos de templos, perspectivas hábilmente tomadas y tipos del país. Seguía en su rebusca recorriendo aquel dédalo de callejuelas estrechas, revueltas, abriéndose en encrucijadas angostas y hechas por el conjunto de casas bajas con puertas grandes y rejas españolas. Otras veces tornaba del campo habiendo pintado en tablitas pequeñas alguna vista de la ciudad, de algun punto del valle y del río, lozano

paisaje, ó del yermo abrupto y pedregoso de la sierra; obsequiaba con todos estos bocetos á su tío, al secretario, al capellan, ó á cualquiera de los familiares. Ya se le conocia en el palacio con el nombre de «el señorito;» le servian respetuosamente los criados, y le hacia un ceremonioso saludo el conserge, si por acaso se le ocurría á Julian salir ó entrar por la puerta principal del edificio.

Albura era para Julian un museo, entregándose el jóven á ese goce que suele hallar todo el que posee señaladamente una aptitud cualquiera; ejercitándola, llegó á hacerse la ilusion de que hasta los habitantes de la ciudad, con sus cómicas figuras de provincianos, y las gentes que con vistosos trajes llegaban del valle y de la sierra á la ciudad, y hasta la Condesa y el Obispo, estaban allí para servirle de modelo. Ya conocian en todo Albura por el pariente de su ilustrísima á aquel jóven de ojos grandes, distraidos ó burlescos; de rostro blanco y larga barba rubia; de andar perezoso y errante, vestido con el desaliño propio de los artistas y cubierto por el característico sombrero de copete cónico, con anchas y redondas alas.

Varias veces habia vuelto á ver á Anita y á Marina, bien en casa de ésta ó á la puerta de al-

gun templo; la Condesa le hablaba con aquella fina y discreta expresion, que era uno de sus mayores encantos; sonriendo afablemente, y fijando sus brilladores ojos en los apicarados de Julian, que devoraba con sus miradas aquella hermosa faz de albo alabastro.

No obstante, aquella existencia iba haciéndose á Julian monótona; no se determinaba nada á su alrededor que pudiera estimular su ánimo; pasó el curioso devaneo artístico á que le habia impulsado la novedad y volvía á caer en la indolencia de siempre. Una tarde se hallaba tendido al pié de uno de los grandes y almenados cubos de la muralla, bajo barbacanas medio deruidas y sobre un espacio cubierto de verde y menudo musgo, cerca de dos peñascos cenicientos y deformes; el sol, próximo al ocaso, bañaba con rojiza luz las ruinas de un antiguo convento situado frente por frente; se veian lienzos de piedra alzados, montones de escombros, columnas en pié y arcos quebrantados de lo que tal vez habria sido un espacioso cláustro; más allá una planicie gris matizada de verdor, en algunos puntos accidentada por pedregales y tierras alzadas por el arado y llenas de yerbajos; luego trigales espesos y altos, lozanos entonces, y ondulando suavemente al viento; y, en último término, una

larga franja blanquecina señalaba, en descripción ondulante, el camino de hierro con sus dos rails paralelos perdiéndose tendidamente en la garganta abierta en los terraplenes de roca y gredosa.

Julian se hallaba perezosamente adormecido en ese deleite de vista que sensualiza á los artistas al percibir los ricos tonos de luz, las variadas quebraduras de un paisaje; en esto oyó el silbato de una locomotora, que se produjo como un quejido repentino y agudo, despertando la idea del viaje, y con ella el placer de un rápido cambio de aspectos; y en Julian, aquella otra su pasada existencia en Madrid, angustiosa á veces y otras variada por los más picantes de placeres, y llena de audaces alegrías. Vió por un momento en su imaginación las calles de Madrid iluminadas por regueros de luces, acordándose con pena de aquellos bulliciosos sitios donde se reunía con los fanfarrones del arte, holgazanes, dotados de talento los más, y siempre quejosos de que el éxito no fuera anticipo hecho á los trabajos que ideaban realizar algún día.

¡Qué caramba, se aburría en Albura; no tenía verdaderamente con quién hablar; ya se sabía de memoria aquel poblachon; le llevaba en su álbum! No estaría mal que hiciera una escapatoria pretextando cualquier cosa; y entonces, que con-

taba con el señor secretario, que diariamente y en nombre de su tío le daba dinero para sus gastos particulares, y á cuenta del tan decantado trabajo que pensaban encomendarle. Haria una escapatoria; llegaria á Madrid á sorprender en la calle del Olivar á Cármen, la modelo, mujer de magnífico pelo negro, ojos negros, soberbios brazos, como azúcar morena, pero carnosos y mórvidos... La convidaria á cenar espléndidamente, y al otro dia la dejaria plantada por Adela, la Cordobesa, rubia, blanca, deliciosa; haria con ésta lo propio, y se despediria almorzando en el Nuevo Suizo con dos camaradas, tornando á Albura despues de haber cumplido con lo que él llamó entonces sus devociones. Así como así, ya la vetusta ciudad se le venia encima; creíase en ocasiones aprisionado en aquel enredijo de callejuelas oscuras, tratando con clérigos, obligado á ceremoniosa relacion con un pariente, que era nada ménos que un señor Obispo; y además, un grande hombre.

Su viciosa naturaleza sentíase aguijoneada; era ya aquello que entonces sentia como la fuerza de un instinto activado por la costumbre é irritado por las privaciones; le era necesario perderse un poco en el desórden á que se habia abandonado siempre.

Cuando él pensaba que en todo el tiempo pasado en la ciudad podía decirse que no había visto de cerca una mujer... ¡Marina! Ciertamente contradecía tal afirmación; pero Marina era bocado *de cardenal*, según pensó, llenándosele entonces la cabeza de multitud de maliciosas ideas. No hacía muchas tardes que le había asaltado á él una extravagante sospecha; había creído sorprender á la Condesa en un abandono y en una melancolía que eran para él expresiones conocidas; en aquellos grandes ojos, apenados por cierta angustiosa languidez, se imaginó haber descubierto una naturaleza sensual y apasionada. Esta idea le produjo un singular estremecimiento. ¡Qué hermosa era aquella mujer! A su vuelta de Madrid intentaría ver si lograba hacerla un busto. Pero estaba resuelto: al día siguiente, en el primer tren de la mañana, se iría á Madrid pretextando un asunto urgente.

Cuando llegó al palacio, se halló en el claustro paseando por bajo de aquellas navecillas de arcos ojivales al Obispo, con las manos cruzadas á la espalda y como profundamente preocupado.

Era extraño hallar allí á su ilustrísima; además, Julian creyó descubrir en el rostro de su tío algo singular; en aquella fisonomía acababa de revelarse, no hacía mucho, alguna profunda

alteracion. Julian se acercó resuelto á participarle que debia marchar á Madrid por barro de modelar y á recoger algunas cosas que le eran necesarias.

—¿Viene ahora Julian?—preguntó el Obispo al jóven sin mirarle.

—Sí; ahora llego.

—¿Ha estado á ver á la hermana?

—No. ¿Qué, la ocurre algo?

—¡Oh! no, nada,—replicó el Obispo, y añadió:—sólo queria saber si habia estado á verla.—Luego su ilustrísima, mirando el álbum que Julian llevaba debajo del brazo, se lo cogió suavemente, y acercándose á la galería de cristales que cercaba todo el cláustro, se puso á hojear el libro mirando detenidamente algunos dibujos; pero con ese aire de tedio del que parece que quiere disimular sus preocupaciones ó rechazarlas de sí con cualquier pretexto.

Sí; aquel hombre estaba triste; hubiera dicho Julian que contemplaba la faz del Obispo desvelada en aquel momento de la expresion de noble orgullo y seráfica serenidad que siempre aparecia en sus facciones, caracterizándolas de un modo muy pronunciado.

De pronto alzó la cabeza y dijo:

—Julian; pronto comienzan las obras de res-

tauración; antes de tres días se empezará á trabajar.

—Lo celebro.

—Necesito que presentes un proyecto, ¿entiendes?

—¿Un proyecto de qué?—preguntó Julian.

Era cierto que el Obispo no habia hablado ni aun por casualidad de ello; pero lo dijo en dos palabras. Una de las más espaciosas capillas ad-juntas á la catedral, habia sido destruida en tiempo de la guerra de la Independencia. Su restauración iba á hacerse por cuenta del bolsillo particular del Obispo; al día siguiente irian éste y Julian á reconocerla. Encerraba preciosidades de escultura, casi todas deterioradas, y que deberian ser restablecidas á su primitiva forma en lo que fuera posible. Además se trataba de colocar en lo alto, en el centro y por cima del gran retablo del altar mayor, una imágen de la Vírgen, obra de difícilísimo empeño para un escultor.

—Ha de aspirarse á hacer una maravilla,—decia el Obispo.

Julian se encogió de hombros y bajó su cabeza, cual si esto le preocupara grandemente. ¡Vaya una dificultad! Una Vírgen como todas, con su cabecita de niña ruborosa; el pelo cayendo en ondas por la espalda y ceñido con el aro de una

corona germánica; las manos juntas al pecho; los piés sobre nubes, por entre las cuales asomarán lindas cabecitas de niños con sus alas al cuello. La obra, del género bonito, única razón estética de los curas.

Convenia, pues, hacer como que era de creer que aquello ofreciese grandes dificultades.

—Es un remate de todo el arco, de calado gótico, que se abre bajo la bóveda central; sobre el retablo,—decía el Obispo,—una figura excelsa, majestuosa y áerea... cual si se viera realmente aparecer en el espacio á la misma Vírgen inmaculada.

—Una figura colosal,—replicó Julian.

—Que haya de verse desde abajo cual si estuviese sobre el altar,—decía gravemente el Obispo

—¿He de copiar la imágen de alguna conocida?

—Ha de ser el artista libre en su inspiración.

Julian se sonrió imperceptiblemente; el Obispo tenía una idealidad exuberante; tal vez fuera de los que piensan que las artes plásticas conciben sus creaciones con el sueño, lejos de la contemplación de la naturaleza. ¿Como lo diría Julian? Necesitaba decirlo; en aquel entusiasmo, más afectado que real, era disculpable de declarar lo que se lo ocurría.

—¡Ah! si pudiera traer aquí... pero será difícil,

—dijo al fin y al cabo;—pagándola bien... hablo de Adela la Cordobesa, una modelo superior,—dijo Julian, y se echó á reir, añadiendo, sin poderse contener:—¡Qué cosas tan extrañas pueden acaecer, tio; bien extraño será que una grandísima pícara tenga cara á propósito para hacer por ella la de una Santísima Vírgen.

¿Qué pasó por el Obispo al oír esto? Sus ojos se animaron vivamente, y fijos en Julian, que de nada se apercibía, parecieron revelar un intento forjado de un modo rápido.

—¿No halla mejor manera de realizar su obra? —preguntó cautelosamente el Obispo.

—Necesito modelo, ¿y dónde hallarle sino en una modelo mercenaria?

—¡Oh! bien pudiéramos encontrar un rostro en el que se retratase la santa virtud cristiana.

—¡Ah, sí! le hallé, pero...—exclamó alegremente Julian...

—¿Cuál?

—El de la Condesa.

—Cierto, no hay duda; yo, sin ser artista, lo habia pensado no hace mucho... pero habrá que estudiarle de modo que ella no se aperciba del intento, porque pudiera su sensible modestia padecer... es señora de extremada virtud...

—¡Oh, es un hermoso modelol!...—exclamó en-

tonces realmente emocionado y entusiasmado Julian.

En tanto el Obispo, saludando á Julian, se dirigió á sus habitaciones, llevando en su cara una alegría inexplicable; iba su ilustrísima cual si acabase de resolver el más árduo problema.

Llevaba en su espíritu realmente una íntima satisfaccion, por aquellas genialidades pueriles de su carácter, á veces manifestado en irascibilidad sin causa, ó en secreta alegría, tambien incomprendible. Aquel hombre, entregado por completo y desde su más temprana edad al estudio árido y frio del teólogo, á las ambiciones políticas y á las ideas imaginativas; austero por orgullo, y sujeto al dominio de la pasion y del instinto, merced al trabajo intelectual; aquel privilegiado décimo, que al apreciar lo grande de sus sacrificios se habia santificado á sí mismo, tenia el sentimiento simpático por la belleza femenina, como un misterioso gozo estético; llevaba toda la energía sexual en el cerebro, determinándose singularmente en un fantaseo contemplativo y exaltado.

Aquel mismo dia, por la mañana, á la hora del correo, habia recibido una carta del duque de Albares. Uno de los pajes le habia sorprendido sentado ante su secreter, sobre el que habia un gran crucifijo de talla, obra de un escultor francés; el

Obispo se hallaba descuidado y con marcadas señales en el rostro de haber sufrido en su espíritu una profunda alteracion que *el ángel de la Pascua* atribuyó á alguna noticia desagradable dada por la carta que su ilustrísima tenia entre las manos; el paje no pudo ver sino la firma; el Obispo no le entregó aquella carta entre las demás, como hacia por costumbre despues de haberlas leído; la debió guardar ó romper.

Todo el dia hubo de pasarlo su ilustrísima preocupado y triste, hasta que la casualidad le hizo concebir una idea que satisfizo sin duda sus más secretos deseos. ¡Cómo! ¿Ya que se habia impuesto como única esperanza el consuelo de proteger á la Condesa, veria sin pena que la casualidad le privara del gusto de ser él quien devolviera á Marina su bienestar?

El Obispo mantenía en un engaño disculpable á Marina; tal vez ésta ignorase que él era quien iba devolviendo cuanto por las viciosas prodigalidades del Conde habia perdido... pero si existia en el mundo quien pudiera elevar á aquella mujer á la más encumbrada categoria, era él... no queria confesárselo á sí mismo, temia á su conciencia... temblaba cual si fuera á cometer el más horrendo sacrilegio con esto que no era el más infantil capricho... Enamorado de aquella alma

de reina, igual á la suya de dominador; de aquella alma llena de nobleza y que él creía adornada de todas las más brillantes dotes de entendimiento y de las más sobresalientes virtudes; él la colocaría en lo más excelso del templo; él bendeciría su imágen, ante ella se arrodillaría el pueblo todo... ante el ideal que el Obispo había adorado toda su vida.

Inmensa aberracion de un espíritu extraviado; tal vez, según él pensaba con temor, aquello era el primer latido de la locura en su cerebro turbado. ¿Quién hubiera podido sospechar que en tales puerilidades se complacía el señor Obispo de Albura? Nadie.

IV.

La sala que servia de despacho á don Lúcas Andrés era espaciosa, y estaba entarimada con tablas de pino; tenia una ventana bastante alta, y bajo la cual habia un poyo de ladrillo.

Ocupaba el centro de la sala una gran mesa de caoba con un ancho hule clavado por clavillos dorados y redondos, y en ésta, sobre un pedazo de bayeta negra, en que brillaba el polvillo de limadura de acero caido de la salvadera, habia una gran escribanía de loza y plumas de acero y de ave en un vasito con perdigones; entre la mesa y la pared se veia un gran sillón de roble con asiento y respaldo de cuero, de Córdoba, y á una y otra parte dos alacénillas con puertas verdes y enrejadas por la parte superior, una llena de libros y otra de legajos.

Don Lúcas habia ocupado una casa inmediata

á la que hubo de ceder á su hermana, y ambas casas eran de su propiedad. Sus costumbres eran metódicas, armonizando el apetecible reposo con la necesaria actividad de su profesion; todas las mañanas, á las ocho, aun en los dias de invierno en que la nieve se alzaba dos cuartas sobre la tierra, salia á su visita, despues de tomar un gran vaso de leche caliente con pan. En aquella casa, al pasar el zaguanajo, empedrado con guijarros de colores marcando dibujos, y donde se encontraban, ó las aguaderas de mimbres ó el carretoncillo cantarera, segun que habia ido á la fuente el mozo solo, ó bien conduciendo al borriquillo, abria casi siempre la puerta alguna linda jovencilla de aparejo redondo y pelo alisado y peinado á estilo del país, y de cara tan encarnada como la bayeta de su refajo; antes de llegar al despacho se pasaba por la cocina, jalbegada y blanca como la nieve, en la cual relucian los cachivaches dorados y limpios.

Esto de tener mozas guapas á su servicio, era motivo de puyas contra don Lúcas por parte de casi todas las gentes de Albura.

Pasada la puerta que daba al zaguan, y bajo una escalera, no muy ancha, se abria el porton del corral; un corralejito estrecho, lleno de leña seca y de ramaje oscuro amontonado en un rin-

con y asomando bajo un cobertizo. Por aquel corral se habia hecho un portillo que daba á la huerta de la Condesa, y era el mismo que ésta habia atravesado una mañana á más de las ocho, llamada por su hermano, y llena de extrañeza al ver que don Lúcas parecia no hacer mucho caso aquel dia de su visita.

—Te he llamado, Marina,—la dijo don Lúcas,—porque aquí puedo hablarte con más libertad.

Marina tomó asiento en un incómodo sofá que habia en el despacho, y bajo un reloj, cuyas pesas parecian amagar siempre con desprenderse alguna vez sobre la cabeza del que se acomodara debajo, y cuya péndola danzaba de una á otra parte al compás de un tic-tac ruidoso y seco.

Sabia de lo que se iba á tratar Marina, no bien hubo anunciado su hermano con tal gravedad las prevenciones necesariamente tomadas para aquella entrevista. A la claridad de la luz que con los reflejos del sol penetraban por la ventana, produciendo un tono suave, resaltaban el blanco rostro de Marina y la oscura bata con orla de crespon negro; habia en su mirada y en su sonrisa una dulce expresion de condescendencia, como si por cariño hácia aquel hermano mayor, de cabeza encanecida y de alma de niño,

se aviniese á prestar oídos á cuanto ella habria ya comprendido sin que él se lo dijera.

Don Lúcas desmenuzaba con los dedos los granillos de una porcion de espliego que tenia ante sí sobre la mesa y en un periódico.

—Creo, Marina, que deberá saber tu hermano lo que ahora ocurre. Don Juan me llamó ayer á Palacio; quiso hablarme, bien lo entendí, bien lo entendí; pero este Obispo es un santo; lo sabes, siempre te lo he repetido, creo lo mismo que tú... D. Juan es un santo.

Marina asintió gravemente; así era; nadie podia ni debia dudarlo.

—Pues bien; don Juan estaba como jamás le he visto: él, que es hombre que nunca pierde la calma, parecia triste y como si no se atreviese á hablarme; por fin no hizo sino consultarme acerca de las obras de la catedral... pero bien comprendí que no me habia él llamado para aquello. Está preocupado, y pienso que somos nosotros, nosotros, que tanto le debemos, quienes sin querer somos la causa de su disgusto.

Pues bien: era necesario decirlo al fin; Marina se resolvía. En aquellos sus preciosos lábios, rojos á veces, y como inconscientemente mordidos por los menudos y blancos dientes de su boca, apareció ese leve fruncimiento que suele hacerse

cuando se desea ser, en cierto modo, precavido al hablar, y se dispone el ánimo á la confidencia. La posicion en que Marina se hallaba despues de la muerte del Conde, era, como sabia muy bien don Lúcas, de todo punto insostenible en Madrid. Los herederos de los pocos bienes que el Conde habia dejado, la hubieran puesto en tranques penosos y tal vez ridículos ante la sociedad de Madrid, ante la aristocracia, que habia acogido siempre á aquella mujer con admiracion, segun Marina afirmaba, por la intachable conducta y por el noble porte en que habia sabido mantenerse. Por esto Marina no habia querido combatir haciendo ver que se afanaba por recobrar lo perdido. Entendia ella que el decoro la habia obligado á retirarse á Albura, en tanto que sus buenos amigos se ocupaban en defender sus intereses. Era, pues, el plan aceptado consecuencia de prudentísima y digna reserva. Ella volveria, sí; pensaba volver á Madrid y presentarse en el palacio de la Plaza de Oriente; pero cual se habia presentado en vida del Conde, y despues de verse librada de las injustificadas codicias de lejanos parientes y de supuestos acreedores de su marido, recogiendo lo que la correspondia. A estos negocios y no á otra cosa se debian las entrevistas que delante del mismo don Lúcas habia

celebrado ella con el Obispo; las infames habladurías de las gentes de Albura habian manchado con torpezas y malicias lo que no acertaban á descubrir, y, por lo tanto, el Obispo habia resuelto que se vieran ménos, y que ni ella fuera al palacio ni él á la casa, sino que se entendiesen por cartas..... En cuanto á lo que entouces ocurría, era realmente digno de censura, mortificaba á Marina, pero de ello no habia tenido culpa.

—En fin, ¿qué es ello?—preguntó don Lúcas.

—Una nueva necedad del viejo duque de Albarés,—exclamó Marina mostrando un desden profundo; se ha atrevido á escribir á su ilustrísima suplicando que nos case en la capilla del palacio que el Duque posee en Albura, y da por aceptada mi proposicion. Ahora bien; hazte cargo de que siendo para mí poco ménos que un padre el señor Obispo, habrá de sorprenderle y lastimarle que yo no le hiciese confianza alguna respecto á un matrimonio que su ilustrísima creerá que yo he aceptado, toda vez que el Duque se permite dar ya un paso tan extremoso.

—¿De modo que tú?...—interrogó don Lúcas dando á entender con sus ojillos asombrados y un gesto de duda lo que no habia acabado de expresar con las palabras.

—Sí, querido Lucas; eso que te figuras es cierto; yo no quiero casarme con el duque de Albarés, con ese buen señor, no por él, sino porque es impropio de mi clase hacer nada que haga pensar que he aceptado un marido por lo considerable de su riqueza. Ya estás al cabo de todo...—dijo Marina levantándose, y volviendo á mirar á su hermano, y á sonreirse tal y como quien cree haber complacido á un niño mimado.

Se puso en pié la Condesa, que parecia gigantesca en aquella sala de techo bajo, y se entretuvo en hablar de cosas indiferentes; pedia á su casero, como ella por juego cariñoso llamaba á don Lucas, que se decidiese á hacerle un palomar; estaba impaciente por ello; era un capricho muy antiguo, que sin duda no veia realizado, dada la pereza de su hermano; luego se ocupó de Anita, ésta era su mejor distraccion, la divertia observarla cómo iba la pobre muchacha ganando poco á poco y con la mayor prudencia el cariño de cuantos la rodeaban. ¡Oh! y Marina habia echado de ver en la niña un refinadísimo cálculo: la muchacha tendria su plan de ir engatusando al Obispo.

—Han sufrido mucho los dos hermanos,—dijo don Lucas.

Sí habrian sufrido, á no dudarlo; pero el bigar-

don *del Julian* ya podría haberse creado una posición, y no que han venido á echarse, él y su hermana, sobre su ilustrísima.

No creía Marina que el tal fuera ni siquiera un mediano artista. Causábala enojo verle tan alto, tan fornido, siempre acariciando con su mano perezosa la barba, ó fumando en aquella pipa grande como perol. ¡Valiente gandul! exclamó Marina, y salió de la sala saludando á don Lúcas graciosamente con la mano en un mosqueo de ausencias.

Habia dicho á Lúcas cuanto ella podía decirle y él entender; iba contenta de sí misma, satisfecha cual si hubiese reconocido una vez su hábil manera de tratar á cada persona, segun su carácter y su condicion.

Cruzó por el portillo del corralejo á la huerta; al pasar por junto á la noria oyó ruido hácia la parte en que se encontraba la panera; parecia que se hallaba allí alguien trasteando los viejos cachivaches y raspando las paredes. Marina se acordó entonces que el dia antes habian estado dos mozos del palacio episcopal á pedir á don Lúcas la llave de la panera, y que, por lo tanto, definitivamente se iba á convertir aquello en taller de escultor.

Cogiéndose los vestidos, saltó un regajal que

partia de la noria á dividirse en varios cordones de agua por los escombros de hortaliza; pisó de puntillas un espacio cubierto de montoncillos de desperdicios, entre los que brillaban fragmentos de vidriados y de loza, y siguió por debajo de una pomposa parra hasta llegar cerca casi de la puerta de la panera; en ésta resonaron entonces alegres risas, y se oyó el animado parloteo de voces hombrunas, cual si allí se hallaran congregados varios amigos en festiva plática.

—¿Quién arma este rebullicio?—entró diciendo la Condesa.

Estaban allí reunidos el paje, á quien Julian habia puesto por sobrenombre el *ángel de la Pascua*; el cochero de su ilustrísima, dos obreros y Julian, formando corro y mirando y remirando las hojas del álbum del escultor. Les divertian sobremanera las caricaturas hechas por éste de sugetos de Albura, personas un poco ridículas, muy señaladas, y de las cuales todos tenian un acabado conocimiento.

—¿Qué es ello?—preguntó Marina, simpatizando desde luego con el regocijo de aquella gente.

—¡Bah! es cosa de morirse de risa, señora Condesa;—dijo el paje de su ilustrísima,—el señorito ha puesto en caricatura á todo el mundo; están aquí porcion de personas que usted no conocerá,

pero que mejor retratadas no podían haberse visto, ni aunque se buscara el mejor caricaturista conocido.

En efecto; la Condesa, al tomar en sus manos el álbum, pasó un buen rato; muchos de los tipos ridiculizados eran individuos que ella conocía y odiaba con todo su corazón, porque la constaba que se habían divertido en difamarla.

Tales eran y como era Monaquilla, un farfanton de cuerpo escueto, larguirucho, de largos brazos y manos descarnadas; allí estaba retratado, exactamente tomado en su aire de virote tieso, con su largo gaban y un sombrero de copa alta, sus barbas de pelos en desmarañamiento, y llevando al brazo prendida la *sardina* (así la llamaban), de su mujer ó su querida, una criaturita delgada con cara de perrillo faldero y denguerías de mona.

—*Míale* y qué propio está,—decía, sin poder moderar sus risotadas de mozo de cuadra, el cochero de su ilustrísima.

—Este tal vino á Albura dándose importancia de algo, y *aluego* es una paja *soplá*,—añadió uno de los obreros señalando la caricatura.

—Está admirable, admirable,—decía Marina llena de contento, y añadió como para encubrir su gozo:—este Julian es muy malo.

Monaquilla era célebre en Albura; trataba de imponer miedo con sus ojos, girantes de continuo, y sus muecas amedrentadoras; era de los que adelantan por más de cinco segundos el gesto y el ademán á su palabra, por manera que habia accionado con anterioridad todo cuanto pretendia decir despues, lo cual causaba un efecto por demás extraño en las personas con quienes hablaba.

El *ángel de la Cuaresma* hubo de manifestar su aversion hácia aquel ridículo petate (tal hubo de llamarle), refiriendo de él multitud de cosas, risibles unas y extravagantes todas. Afectaba ser un hombre terrible, que nunca habia conocido el miedo y nunca iba desprevenido, sino antes bien muy armado con un tremendo revólver y una faca que jamás se hubiera atrevido á sacar, á serle necesario. Habia sido repartidor de un periódico; luego editor responsable del mismo, en tiempo de los moderados; no se sabe cómo ni por qué fué empleado en los años de la revolucion; vociferaba de continuo echándose las de liberal furibundo. Tenia dichos célebres en Albura, que todo el mundo sacaba á cuento, citando la autorizada procedencia. En una ocasion habia dicho que la ciudad era muy *viable*, porque ocupaba una excelente posicion *tipográfica*, y así

multitud de disparates. Padecía manía de grandezas, y era de la más torpe, aviesa y cobarde intencion que podia darse.

Este tal habia llevado á Albura las calumniosas patrañas dichas acerca de que la madre del Obispo y el padre Ciriaco habian sostenido relaciones amorosas, de las cuales hubo de nacer Haryan. Referia con todos los pelos y señales la entrevista habida, segun él, entre el padre del Obispo y el Cardenal; éste, por librarse de las graves venganzas con que aquél le amenazaba, se habia empeñado en hacer la fortuna de toda la familia para acallar al marido celoso.

Tras de la caricatura de Monaquilla iban todos los concurrentes á la confitería y á la botica *masónica*; los grupos de murmuradores que mordian y clavaban sus dientes venenosos en todas las honras; luego seguian las caricaturas de muchos canónigos, y por fin, las de las señoritas del escribano, la del bobo, del ciego, de la contrahecha, las de todos cuantos señalaban algun rasgo grotesco: eran aquellas hojas una revista cómica de las calles de Albura.

Julian parecia el diablo, el mismo diablo en persona. Marina reia de contento, como hallando en aquello una secreta venganza de todas las gentes de Albura, á quienes ella profesaba gran-

de aversion, porque sin duda tendria alguna idea de lo que aquellos chismosos de villorrio murmuraban á costa suya; miró con no disimulada complacencia á Julian; le habia parecido hasta entonces un hombre de tosco entendimiento, y le sorprendia que el jóven, en aquella su constante expresion de indiferencia y aquel abandono perezoso, ocultara un ingenio travieso y vivo que tal vez no hallase palabras con que expresar lo que pensara y sintiera, y pensamientos y emociones fueran revelados por él en las hojas de un álbum, ó en el lienzo, ó en el barro de modelar; era, sin duda, un buen artista; le recordaron aquellos diseños los geniales apuntes de *Berthal*, de elocuente humorismo y de poético gusto.

El arte era una idealidad, hácia la cual sentia Marina una secreta impulsión; el arte debiera ser para ella algo así como la religion de los sentidos; celebró entonces la casualidad que le ofrecia una distraccion en aquella vida de recogimiento, por la cual se hallaba condenada á esperar, disimulando tal vez impaciencias de vanidad no satisfecha y de codicia no saciada.

Era necesario que aquel local se arreglase pronto; ella misma fué dando órdenes para que se sacaran de allí los muebles viejos, empolvados y destrozados que llenaban los rincones de la

panera. El suelo era de baldosa; se fregaría; pondrían algunos cristales en las ventanas; por los que se veían rotos podía penetrar los días de frío un soplo helado, y en aquel tiempo se llenaría de abejas la habitación; Marina poseía una receta de una composición que, mezclada con cal ó yeso, era la mejor cosa para cegar los agujeros abiertos en las paredes y en el suelo por los ratones.

Julian, absorto en la concepción del proyecto que le había pedido el Obispo, no se acordó del intento que la tarde anterior había formado de marcharse á Madrid; le era más fácil echarse en el césped del jardín del palacio, y divertir su pensamiento creando un plan para su obra.

Muy de mañana había entrado en su cuarto el mayordomo á decirle que si iban los mozos á preparar el estudio; la presencia de Julian era necesaria.

Allí trabajaría durante más de un año. Por la huerta se salía á uno de los callejones que conducían á la catedral y al palacio de su ilustrísima: ¡qué grato verano pensaba pasar en aquel sitio, escondido bajo los grandes árboles, fresco y apartado de todo! ya hizo el cálculo de trasladar los pocos cachivaches que poseía y de comprar más para el estudio; un tenderete de estacas, eu-

bierto por esterilla fina sirviendo de toldo, puesto á uno de los lados de la panera resguardaria del sol, si por antojo queria el escultor trabajar al aire libre, y sin ofrecer estorbo en los paseos de la huerta. Compraria buen biter, buena cerveza, ron y tabaco.

—Estoy contentísimo, amiga mia, contentísimo,—dijo Julian á la Condesa; si me coge aquí el invierno, planto una estufa y no salgo de aquí, como no se apele al refran de «zorro en zorrera el humo le echa fuera.»

—¿Ni á dormir?—exclamó sonriendo la Condesa.

—Dormiré aquí; esta es mi casa; somos vecinos; en último extremo hago levantar una pared y nos saludamos subidos en escaleras.

Desde allí se descubria parte de la formidable torre de la catedral; le pareció á Julian mayor de lo que habia pensado en un principio; se hubiera dicho que llenaba el espacio aquella mole de piedra. Un chicuelo con blusa y pantalones azules se asomaba por bajo de una de las tremendas campanas, parecia un lilliputiense en la cabeza de Gulliver.

A ciertas horas resonaban, atronándolo todo, las grandes campanas, y dos veces al dia, á las horas de coro, se echaba á vuelo el zimbalillo de

argentino sonar que se oía cuatro leguas á la redonda de Albura, así como también se oía á gran distancia el martilleo de los cuartos y de las horas del reloj.

Al día siguiente, cuando Julian fué á su estudio, halló en él á su hermana y á la Condesa; la panera estaba ya casi arreglada, se habían fregado los suelos, se habían puesto los cristales y estaban jalbegadas las paredes. Marina había mandado llevar allí una banqueta-divan, de forro un poco viejo, pero de asiento cómodo; parecía que habían adivinado el mayor gusto del escultor: echarse á la larga y fumar.

Anita seguía refunfuñando, temerosa, según afirmaba, de que todos aquellos preparativos dieran por resultado que Julian se abandonara á su vergonzosa pereza; bastaba que alguien le impusiese una obligación, para que él sintiera como nunca las ganas de no hacer cosa alguna, si bien estaba siempre disponiéndose á emprenderla.

Marina se hallaba grave cual de costumbre, sin volver á mostrarse franca y risueña como la tarde anterior; los días que después se siguieron, en los cuales había acabado Julian de arreglar por sí solo el estudio, no fué á verle la Condesa; Anita había estado con él algunos ratos. El caballete se hallaba colocado en el centro del taller,

y un herrero acababa de recibir las indicaciones para hacer el esqueleto para el boceto. Las monjas del Cármen habian encargado un ángel que debiera colocarse como sosteniendo el escudo que habia á la puerta de la iglesia del convento. Julian ya tenia el barro de modelar, y pidió que sacasen una de las vacas del establo y la ataran á un árbol; pasaria el tiempo en hacer un grupo para la jardinera del salon de la Condesa.

Una moza, criada de la casa, se pondria un gran sombrero de paja, y colocada junto á la vaca, en actitud como de estarla ordeñando, completaria el modelo. Julian hizo este trabajo sin que ni aun por curiosidad bajase la Condesa á ver el modelado. Segun dijo, se hallaba ocupadísima por las mañanas escribiendo en su cuarto, y pasaban ella y Marina las tardes fuera de casa, casi siempre en alguna festividad religiosa.

Julian llegaba al estudio á las seis de la mañana; se hacia el café á las ocho en una maquinilla; servíale el pan, la manteca y la leche un criado de la Condesa; á las doce se iba á comer á palacio, y tornaba al estudio, permaneciendo en él hasta la noche.

Su tio le habia preguntado varias veces por el proyecto del trabajo decorativo; Julian no habia hecho nada sobre esto, luchaba con mil pensa-

mientos diversos. Rompía multitud de bocetos hechos al lápiz... ya lo pensaría; aquello era cosa que habría de ocurrírsele cuando ménos lo esperase.

El Obispo no habia vuelto á recordarle nada respecto al extraño proyecto de escoger á Marina para modelo de la imágen de la Vírgen; acerca de esto, el escultor tenia su plan formado: se brindaría á hacerla un busto en la expresion que á él le pareciese, y despues le seria fácil cumplir su empeño aplicando el busto á la estatua. Pero le disgustaba tener que servirse de la Condesa; ya le parecia ésta antipática, con su invencible desden y su vanidosa reserva; era bella, pero talvez se pagaba demasiado de ello; si pensaba que Julian habia de irle á suplicar de rodillas que se dignase mirarle, se lucia verdaderamente; buen chasco habia de llevarse la infatuada mujer. A Julian, despues de todo, le era por completo indiferente; él iba navegando por la vida abandonando los remos y dejando que la corriente llevara á su impulso la barquilla; le era igual abordar á una orilla pantanosa que á una ribera fértil; para actos, empresas, fortunas y desdichas era inalterable su carácter; siempre procuraba que el sueño le libertase de los dolores del presente, y aceptaba la ventura sin darse al temor de poderla perder. En cuanto á aquella rígida virtud con que

parecía vivir la Condesa, no era para Julian sino un medio con que Marina combatía el fastidio. Él estaba ya bastante informado acerca de la historia de la Condesa; el mismo don Lucas le había referido que Marina había vivido con esplendidez. ¿Quién podría reconocer en aquella mujer, siempre vestida de negro, la elegante dama *que daba la hora*, según decía su hermano, con sus trajes elegantísimos en el Real, en los salones y en Biarritz, Caunterets, Vichy y Niza? ¿Quién? Él, Julian, que había creído descubrir en la sonrisa de resignación de Marina la seguridad en que ésta vivía, de volver á recuperar bien pronto lo perdido. No obstante, parecía que continuaba dispuesta á rechazar al duque de Albarés; había en esto algo que trastornaba las conjeturas de Julian... ¡Podría ser que lo que se decía de ella y del Obispo fuera cierto! Tal vez resultase verdadera aquella idea que á Julian hubo de ocurrírsele respecto á la existencia de una secreta galería subterránea entre el palacio y la casa de la Condesa. ¡Miren si habría cosa más fácil! Después de todo, ¿qué tenía esto de criminal? Un obispo es un hombre como otro cualquiera; obraba muy bien, si obraba á su gusto su ilustrísima, á juicio de Julian. Al fin y al cabo así lo entenderían los curas. Siempre se le había ocurrido al jóven pensar, que en aquella ciu-

dad de Albura tan sombría, formada de casas cuyas puertas casi siempre estaban cerradas, poblada por gentes beatas, llena de templos como grandes moles de piedra y en la cual reinaba un silencio de muerte, podrian ocultarse, bajo las apariencias de una fria y austera severidad levítica, pasiones ardientes rebullendo en el fondo de los tétricos edificios como hieren los hambrientos gusanos que se ceban, se aman y se multiplican en lo hediondo y oscuro de un sepulcro.

A pesar de los temores de Anita, Julian no se abandonó á la pereza; en quince dias habia terminado en barro la estatua de un ángel; le habia servido de modelo un muchacho, criado de don Lucas, y ya estaba la obra dispuesta para ser vaciada en yeso ó reproducida en piedra. No obstante, el Obispo no habia podido verla, ni tampoco á la Condesa se le hubo de ocurrir bajar al estudio á contemplar la obra; Julian sólo recibió los plácemes que le tributaron. Anita, que halló la estatua admirable, paseó sus ojos ávidos y curiosos por aquel mozalvete robusto con musculatura, y de belleza y energía viriles, hecho en un barro de un color muy semejante á la carne. Don Lucas y el mayordomo de las monjas del Cármen encontraron admirable la obra. ¡Lástima que su ilustrísima no la hubiera visto; pero ya

la veria colocada en el convento; el Obispo se hallaba melancólico y con temores constantes de caer enfermo, segun dijeron á Julian.

—Aprension, pura aprension,—decia don Lucas,—cansancio del trabajo, y resultado de aquella su infatigable cabeza.

El Obispo tenia, segun su médico, toda la vida en la cabeza. En efecto; Julian creyó advertir entonces que la cabeza de su tio era tal vez demasiado grande con relacion al cuerpo. Fuera por el mal estado de salud en que se hallaba su ilustrísima, ó por otras causas, lo cierto era que éste se habia retraido. ¡Qué diablos! Allí ocurría algo que Julian no acertaria jamás á comprender; se hubiera dicho que su tio y la Condesa se hallaban á la vez preocupados, y quién sabe si por el propio motivo.

Habian dado las ocho y media en el reloj de la catedral la mañana de uno de los primeros dias de Julio, era calurosa; el sol abrasaba el espacio azul, en el que veia Julian resaltar las pirámides crestadas, las almenas y la cúpula de la torre; el grandioso templo se hallaba deslumbrante, inundado de luminoso fuego solar. Llegaban hasta allí los monótonos cantos de los insectos ocultos en los árboles, y el incesante pío de los pajarillos congregados á la sombra de las vestidas ramas;

no hacia media hora que Anita, con un ancho sombrero de paja, á estilo de las aldeanas del valle, montada en un borriquillo y con la sombrilla abierta, acababa de salir por el porton del huerto: con ella, y en otro burro, iban una criada y un muchacho; se dirigian al Cobrejal, una dehesa de don Lucas.

Anita iba gozosísima, chillando á cada movimiento de la caballería, cual si temiera que ésta la arrojase al suelo y riéndose como una chicuela, tal vez con un contento que en su vida habia llegado á sentir. La Condesa y don Lucas deberian salir á la tarde ó al otro dia por la mañana.

Julian habia celebrado aquella novedad; en el fondo amaba á su hermana más de lo que nadie tal vez hubiera podido pensar; puede que por ella aceptara la extraña situacion en que se hallaba el pobre muchacho.

Luego se felicitó de verla aquellos colores que le iban saliendo á Anita en el rostro, aquel contento, aquella placentera avidez con que ella parecia recibir la luz, el ambiente puro, los alimentos, las comodidades, el cariño de las gentes, como bebiendo en todo la deseada salud.

Pensando esto, y copiando los detalles tomados en el álbum para formar el conjunto del proyecto que el señor Obispo le habia pedido, apa-

reció ante él la Condesa, sorprendiéndole, no tanto su presencia, cuanto el traje en que se presentaba; por lo visto habia dejado el luto; tal vez se hubiera cumplido ya su plazo, ó quizá fueran insoportables en aquella estacion los trajes negros, ello era que Marina vestia una bata de color perla, suave, con visos de un amarillo hoja seca muy desvanecido, y encañonados en el cuello y en los puños; traia abierta una sombrilla chinesca de forro encarnado; recogida de un modo gracioso su cabellera negra, estaba claveteada por dos ó tres agujas de concha trasluciente como el ámbar.

—Señora Condesa, muy bienvenida; realmente es una sorpresa ver á usted en mi casa,—dijo Julian sin levantarse de su asiento ni abandonar su trabajo, y sonriendo de aquel modo apacible que le era propio, y por el cual se manifestaba expresivamente la indiferencia con que parecia recibirlo todo.

La Condesa, segun manifestó con alegre humor, se habia resuelto á acceder á los deseos del señor Obispo y de su hermano; consentia en que Julian la retratara é hiciese de ella un busto.

—Seré un modelo paciente;—dijo,—debo complacer á las personas que me son más queridas en el mundo.

El busto se comenzó, y aquella mañana misma hubo de quedar hecho en el barro un primer boceto. Aquella tarde la Condesa debía salir á Cobrejal, donde Anita se quedaba ya por larga temporada; Marina tornaría al anocheecer; el correo se recibiría con gran retraso en la dehesa, y casi siempre la correspondencia de la señora exigía inmediata contestación; la Condesa no podía menos de volver del campo á pasar la noche y la mañana en la ciudad hasta la hora del correo.

—Aprovecharé la mañana,—había dicho Julian.

La camarera de la Condesa llevaba al estudio su costura y se ponía á trabajar en él, sentada cerca de la puerta. Fué aquello un trabajo gustoso y difícil para Julian, y un placer singularísimo para Marina. La frente de ésta era serena y tersa; sus sienes, de suave epidérmis trasparente, ni marcaban esa curvatura que parece propio signo de un entendimiento obtuso y de instintos groseros, ni el afilado corte cuadrado que acusa la mayor parte de las veces un ánimo endeble; caía suavemente hácia adelante como contribuyendo á juntar de un modo armónico la parte superior del rostro con la graciosa morbidez de las mejillas. Iban los ojos de Julian percibiendo con minucioso cuidado aquellas delicadezas, haciendo resaltar en

el húmedo barro los rasgos exquisitamente delineados de todas aquellas facciones, suavizándolos de continuo con los palillos de modelar; levísima hendidura separaba la rectilínea nariz del plano de la frente en su nacimiento, pero volvía al mismo, terminando perfectísima sobre una boca, en la cual se fijaban más de una vez embelesados maliciosamente los ojos del artista. Estaba allí llena de frescura y con encendida carnación de los labios, provocando al hurto audaz y fugitivo de un deseo deleitoso.

—Temo decir á usted nada; voy á darle la razón de mi temor; una vez me propuse que los pájaros entraran en mi estudio de Madrid,—decía Julian sin dejar su trabajo sobre el barro con los palillos de boj.—¡Vaya una empresa! no tenía que hacer sino abrir la ventana, echar miguillas de pan en el alfeizar, los pájaros vendrían; luego irles echando el pan cada vez más dentro de la habitación, hasta ganar la confianza de aquellos tunantes; en efecto, lo conseguí; llegaron multitud de gorriones, y si no dejo la afición, me arruino; pero un día sorprendí en medio del cuarto, ¡pásmese usted, Marina! un lindísimo jilguero; tenía los colores más vivos que Vd. puede figurarse; el sol que penetraba por la ventana daba en sus plumas; estaba libre y se movía gentil y

graciosamente; hasta entonces no habia yo pintado sino pájaros disecados, tiesos en sus alambres con la rigidez de la muerte y en la torpe actitud que les presta el artificio del disecador; quise, pues, copiarle tal y como allí se me aparecía... ¡qué precauciones hube de emplear! al menor ruido que hiciera se podia escapar el modelo por la ventana...

Aquella situacion en que Julian se hallaba entonces era parecida; no se arriesgaba á manifestar su admiracion á la belleza de Marina, por el miedo de que ésta escapase; y ¡por Dios! que sin motivo, no habia razon para ello; los artistas, segun Julian, sentian de un modo distinto. No habia que esperar en ellos un entusiasmo opuesto al que, bajo el punto de vista de su manera de ver, podia dominarles; eran como los médicos que ya no tienen penas por los dolores que han de curar, ó como los confiteros á quienes no les engolosina el dulce.

—Sí, amiga; puede llegar á ser para nosotros la belleza ménos sensible que á otros, á los que apenas les sea dado percibirla por lo obtuso de sus sentidos.

Julian llegó á ser descortés; otras veces se atrevió á llamarla hermosa, verdaderamente hermosa, pero diciéndolo con un aire y un ceño de hom-

bre que más bien obedecía á un convencimiento que á un encanto.

A lo mejor se echaba á reir sin saber por qué, asombrando á Marina, que le miraba cual si creyese estar cerca de un loco; no habia dejado ni por un momento su tremenda pipa cargada de tabaco y encendida como un hornillo. Cuando ya parecia haber dado definitivo término al busto, lo deshizo disgustadísimo, exclamando con fingida cólera, y dejando no obstante entender en tales burlas algo de enojo verdadero:

—Ahora va usted á ver si se burla de mí... Voy á emprenderla con usted á bofetones.

Y de dos terribles manotadas aplastaba el barro y le hacia caer al suelo hecho una plasta.

Marina se impacientaba; se hubiera marchado; pero sin saber por qué permanecía allí; acudia todas las mañanas á la misma hora; no osaba replicar á las indicaciones de Julian, que unas veces hablaba con franqueza de camarada, otras con cierta despreciativa sequedad, y siempre como más preocupado en el empeño de su amor propio de artista, que en admirarla á ella. Todo esto iba despertando en su alma de mujer una inexplicable curiosidad. En aquel trabajo febril, en aquellas extravagancias, en aquellos adormecimientos del artista que medita, habia una rudeza que á

Marina, sin darse ella cuenta, encantaba; su vanidad estaba satisfecha; la reproduccion de su belleza era una séria dificultad para un artista; parecia gozarse en esto, y hasta desafiaba al escultor al persistir en servirle de modelo; pero al propio tiempo habia en aquel hombre tal vez lo que no habia encontrado jamás la Condesa en ningun otro: una desatencion grande á los enérgicos atractivos de que ella estaba adornada. Realmente aquel pobre diablo de escultor era un extravagante.

La Condesa habia llevado un libro para hojearle en tanto Julian trabajaba; despues habló con él. Hubo de referir á Julian mil particularidades acerca de su tio, el señor Obispo, de la antigua y leal amistad que ella siempre le habia profesado; despues habló ménos. Julian no la atendia; la miraba con ojos de frio observador... y que sólo se animaban al fijarse de retorno en el barro...

Hacia doce años por entonces, el conde de Fuentibreña, de quien el padre de Marina habia sido administrador, fué á la quinta de su pertenencia, ocupada por éste, y conoció allí á la jóven; el Conde, hombre de mundo, experto conocedor del corazon, se enamoró como un imbecil y se casó, segun él decia: «como un cualquier»

ra;» cuando pocos años despues el Conde, habiendo tornado á su antigua vida de disipacion, dejó en abandono á Marina, y un hombre ilustre, un clérigo jóven, lleno de ambiciones y de talento, hubo de mostrarse ante ella asombrado, resistiendo tal vez á tentaciones potentísimas, tuvo Marina ese orgullo que pudiera sentir una dama hermosa perturbando á un anacoreta; pero en el fondo se reia; le hubiera avergonzado ser la querida de un clérigo; habia, además, en las estravagantes espiritualidades de éste, en sus pueriles envanecimientos de virtud, una debilidad femenina que le era antipática á la Condesa. No obstante, tal vez entonces creyese ella lo propio que creia Jacinta: que el padre Haryan era un santo; y le mirase con ese respeto que por hábito profesaba á las cosas de Iglesia y á los asuntos religiosos.

Últimamente habia explotado, sin proponérsele, aquel afecto del padre Haryan hácia ella; fué de un modo insensible acostumbrándose á su amistad fraternal, que no habia sido en el fondo sino una profunda adoracion; tal vez le compadecia, mirándole apenado con esa conmisericordia que sólo puede sorprenderse en el serrallo, en los ojos de alguna odalisca, teniendo ante sí á un eunuco.

Ni se le habia ocurrido pensar, ni se hubiera atrevido á pensar, en peligrosas posibilidades; sin embargo, llegó despues un tiempo en que los grandes desastres sufridos en la casa del Conde, la profunda necesidad que Marina sintió de que alguien reservado, leal y adicto la protegiese, la hizo estrechar su amistosa relacion con el padre Haryan. Se escribieron, y el clérigo llegó á declarar, casi sin rebozo, las luchas que mantenía en el fondo de su corazon.

Marina no era realmente devota; sus devociones eran poco ménos que deberes de clase; pero sus actos de piedad fueron marcadas muestras de adhesion á su protector; despues llegaron aquellas relaciones amistosas á un punto misterioso, que ni uno ni otro hubieran revelado jamás.

Julian prosiguió, cual si pusiese calculado empeño en hacer ver que no se sentía tocado de aquella apasionada admiracion que todo el mundo habia tributado á la Condesa.

Una mañana se presentó ésta sola en el estudio; la camarera habia tenido que ir á comprar en la ciudad algunas provisiones que debieran ser llevadas aquella misma tarde á Cobrejal.

Julian lo celebraba; con eso haría el completo del busto, el cuello y los hombros, tenía ya hecho lo más delicado y difícil.

—¿Supongo que no habré de descotarme para el caso?—preguntó la Condesa.

Julian no respondió; sin duda no habia oido á Marina, atento á correr una de las cortinas del estudio.

Despues se mostró jovial como siempre; habló en tono zumbon de las cosas que acaecian en el palacio episcopal, empleando al tratar de los curas un tono compasivo, cual si por él quisiera dar á entender que les consideraba como á los niños y á las mujeres.

—Esto lo acabamos hoy mismo,—dijo poco despues Julian,—si usted quiere que almorcemos aquí; la modelo ha de almorzar alguna vez en el estudio. Por lo demás, gustará...

En efecto, así sería, el parecido resultaba admirable; poco antes los criados de la casa habian ido á contemplar la obra, y la misma Condesa recibió una alegría extraña al ver aquella cabeza de barro, copia de la suya...

Faltaba el completo del busto: aquella garganta de diosa, segun habia dicho rudamente Julian... y aquellos hombros, que habrian de ser, de lo bueno, lo mejor.

¡Cosa extraña! La Condesa, habituada á oir temerosos elogios ó galanterías dulzonas, se hallaba complacida como nunca al escuchar aquellas

franquezas dichas con desenfado y con voz desabrida por el escultor.

Éste la tocaba la cabeza, ponía las manos en sus mejillas, la había manejado á su antojo, como si se tratara de un maniquí; una vez la suplicó que se conservara en la actitud en que la había colocado, y él tomó asiento en el sofá, y desde allí hubo de estarse contemplándola sin dejar de fumar, y cual si hiciese perezosamente un detenido estudio de su modelo; otra vez no se guardó de moderar ó encubrir la irritación que le produjo su propia torpeza para el trabajo, y pegando una patada en el suelo, exclamó:

—Pues, señor, no parece sino que en la vida he cogido el barro entre las manos.

No era raro que con el mayor descaro la refiriese sus más atrevidas aventuras de artista calavera; no había, según él, mujer hermosa que no se considerase la única en belleza; y en verdad que se llevaban los más solemnes chascos. La mujer verdadera, la mujer agradable, sería siempre la sencilla de carácter, franca, apasionada, llena de encantos y sin pizca de vanidad por ello; no había cosa que verdaderamente le empalagase más á Julian, que las reinas destronadas, á las cuales parecía necesario echarlas memorial para dirigirles la palabra.

Habia tenido él una planchadora. ¡Vaya una mujer! alta, esbelta, con un par de ojos negros, que eran dos soles; un cuerpo bien conformado. Blanda como una paloma, y eso que la condenada tenia sangre de leon en las venas.

¡Qué audaz! Qué atrevido era el tal Julian; ¿pues no se atrevia á hablarle á ella de todas aquellas cosas, casi con la propia libertad que hubiera podido emplear con una mujer de más años y de más experiencia? ¿Si la creeria vieja? Habia en aquellas confianzas y aquellos relatos algo tan real, un atractivo tal, como el del olor potente de algunas frutas, que con su aroma parecen despertar nuestro apetito... Se podria pensar que á ella casi no le hubiera importado ofrecerse frente á frente junto á todas las más bellas desnudeces conocidas por Julian, aunque ella tuviere que desnudarse á su vez.

En misa, en la calle, en la dehesa, y aun soñando, parecia que en todas partes y á todas horas del dia llevaba la cabeza llena de los estravagantes relatos de Julian, y unas veces sentia hácia él profunda simpatía, otras era aquella aversion singular, preludio de los grandes accesos de deseos aletargados que despiertan devorando las entrañas.

Ella no dudó por mucho tiempo, se descotaria;

¿qué mal habia en ello? ¿No se habia descotado mil veces para ir al teatro? Además, si negaba, no habria de reirse poco Julian de su vanidad, tomándola por gazmoñería. No era Julian como eran los curas y las gentes beatas de Albura, personas ante las cuales tenía Marina que presentarse con un ceño austero y con una rigidez exagerada.

No lo podia ella decir, pero bajo el carmin de su piel, en el difuso azulamiento de sus venas; allí en aquel seno cálido, palpitando de vida, ebúrneo, mórbido y de una nitidez hermosa... estaba su victoria; la victoria de diosa sobre aquel escéptico; aquel hombre jóven y sensual que con la vista y con el tacto parecia hecho á ver y palpar las bellezas de la carne.

¡Ah! pero de pronto se asustó ella misma de lo que sentia, ¡lo que no habia sentido nunca! un deseo ardientísimo de someterse, de cautivar, humillada ante Julian, cuyos ojos claros parecian dos puntas de acero que le producian en ocasiones con la burla incómodo cosquilleo; que brillaban otras fascinando y se clavaban tambien, haciendo sangre en el amor propio de aquella mujer.

Llevaba ya diez dias Julian trabajando en el busto, habia deshecho dos bocetos, no faltaban ya

sino aquel cuello y aquellos hombros; la Condesa desapareció volviendo vestida con un cuerpo de traje descotado.

Al verla Julian, saltando de alegría, como un estudiante, se dirigió á la puerta del estudio y echó el cerrojo...

¡Qué extremos de gozo hizo, en contraste con la indiferencia que hasta entonces habia mostrado!... La llamó hermosa, tomó las manos de Marina y las dió fuertes apretones, poniéndose de tal modo, que la Condesa no cesaba de reir, y de manifestar, no obstante, cierto recelo de que todo aquello fuera una burla.

Poco despues Marina y Julian, poseidos, ella de una agitacion nerviosa, por demás extraña; y él, decidido y ébrio de deseos, vibrando ambos por las violencias del histerismo, desmayaron sus miradas de los ojos del uno en los del otro; se encontraron sus lábios, se enlazaron sus brazos y vieron cumplidos los presentimientos de que Julian se habia dado cuenta, pero de los que realmente no habia tenido conciencia la Condesa...

—¡Ah! bien me lo decia el corazon...—exclamó Julian.

No sólo habia robado los contornos de su belleza, sino que habia hecho de ella su posesion, sin sentir por esto más que lo que siempre

sentia hácia toda mujer hermosa, aquel soñador para el cual era el deleite cosa fácil y segura.

Bien pronto se llegó á convencer Julian de que la Condesa era tan inexperta como una doncella... Él lo apreciaba todo así reflexivamente, su sensualismo se saciaba con precavimientos y previsiones bien meditados; Marina no habia amado verdaderamente hasta entonces... En los brazos de Julian; á la brutal acometida suya, tal vez habia sido sorprendida por lo ignoto é inesperado aquella mujer de treinta y dos años.

Él habia vencido el orgullo de Marina; aunque tal vez no pudiera dominar aquel espíritu previsor y reservado de que ella estaba dotada. En las relaciones de ésta con su tío no habia más que consideracion y respeto por parte de aquél, y sin duda algo de cálculo en la Condesa. Se haria la santa y la invencible... ¿Quién sabe? A los ojos de Julian no habia aparecido sino como lo que era únicamente: como una mujer hermosa; le habian importado poco todas las finezas de palabras, pompas del gesto y artificios del trato...

El egoismo de vicioso que constituia el fondo del carácter de Julian, se hallaba más que satisfecho; él hacia sus reflexiones, era necesario no dejarse vencer por los halagos... Comprendia que,

en tanto dominase á aquella mujer, ésta le pertenecería. ¿Despues de todo, á quién ofendo? Si-gamos, pues, la suerte, se decia lleno de satisfac-cion; estaba en grande, trabajaba en lo que era de su antojo, sin prisas; le trataban á cuerpo de rey... y á dos pasos de su estudio vivia *su queri-da*... porque ya lo era, no cabia duda... *¡y qué querida!* Una mujer á la que habia él conducido al vértigo y que habia despertado *sorprendida de contento*. Julian, no cabia duda, era el hombre de la suerte... ¡Qué diferencia de aquel tiempo á los otros, de los cuales hubiera querido borrar toda memoria!

—¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio, esto ha sido atroz, atroz!...—habia exclamado la tarde de la aven-tura Marina, cubriéndose la cara con las manos...

Salió de su casa para Cobrejal, diciéndose que no volveria allí; pero al siguiente dia estaba en el estudio. Julian habia ido á llamarla, y poco despues ya habia cambiado ébria, completamen-te ébria; pero refinando su astucia hasta un ex-tremo que causaba admiracion á Julian, para marcar la severidad del rostro, la nobleza de los ademanes y hasta sus piadosas prácticas.

Despues de todo, ¿de qué podria acusarse ella? De nada; habia vivido fiel á su primer esposo, sufriendo sus extravíos; habia guardado la viu-

dez; no habia llegado á sentir hasta entonces la pasion, la sentia ya.

—¡Además, Julian mio!—le llegó á decir un dia.—No creo que se nos haya de seguir peligro alguno... Pero la verdad es que si se descubriese... Sólo pensar en el matrimonio será una locura.

—¡Una locura! ¿Por qué? —preguntaba Julian.

Pero no queria Marina explicarse esto; segun ella, tal vez el señor Obispo la juzgase casquivana; tal vez no correspondiera á los servicios que estaba entonces prestándola aquel santo varon... En fin, veia en aquellos amores algo tan inesperado, tan atrevido y anormal, que sentia un apenamiento de conciencia; se hubiera muerto antes que confesar sus extravíos al señor Obispo, aun para que éste los purificase y bendijese. Marina, que de propósito y durante algunos años se habia ofrecido al padre Haryan, procurando no desmentir la idea que de ella se habia formado, ni desvanecer la ilusion con que él la admiraba, no se resignaba á presentarse inferior ni extraña al ideal del señor Obispo.

Julian no entendia nada de aquello, ni recelaba de su tio; si el Obispo habia sido dueño de Marina durante algun tiempo, de lo cual dudaba el jóven, éste lo era entonces y estaba seguro de

su dominio... y hasta, sin meditar en ello, aceptaría lo que pudiera sobrevenir para su beneficio de todos aquellos misterios y cálculos de las relaciones entre el señor Obispo y la Condesa.

Se tomaron todas las precauciones posibles para que nadie entendiese ni sospechase los amores. En ello mostró Marina una pasmosa naturalidad, á que no hubiera llegado la astucia más refinada. Prosiguió en sus costumbres de siempre, alterándolas tan sólo con la nueva de ir al estudio del «señorito» á leer su correspondencia. Julian sintió una sola vez la puncion de los celos; creyó haber descubierto cierta facilísima inteligencia entre Marina y la camarera, que le hizo creer que tal vez la confianza datara de antiguo, y fuese resultado de la costumbre de prestar estos mismos servicios en algunos otros amores.

Julian, como hombre del vicio, era á veces receloso con las mujeres.

No obstante, puede asegurarse que nada de aquello habia llegado á interesar el corazon; su corazon habia estado como sobre un yunque ó en un hornillo de forjar y á la calda; las desdichas le habian hecho resistente; amaba á su hermana; queria á sus camaradas, como quiere el individuo á la especie sin hacer visibles preferencias... pero todo lo demás era mirado por

Julian con abandono, sin afanes, sin temores... como quien sabe despreciar la volubilidad de la dicha.

—¡Ah, mi amigo! yo estaba dormida, realmente dormida; pero Dios me perdone, pues ya que el diablo me lleva... he de quererte con una energía que tú no podrias esperar.

Así era; así llegó á notarlo Julian, que hubo hasta de sentir cierto miedo ante las violencias de aquella naturaleza nerviosa; de aquella matrona, que, en la fuerza de la vida, en el esplendor de su belleza, asaltada por una sollicitacion astuta y cuando más la abrumaba el tédio, habia sentido bruscos deseos: la subida de la marea de pasion, latente siempre en los temperamentos femeniles robustos, y que no han tenido, por su desgracia, el expansivo desahogo que da esa otra, la más exquisita forma del amor: la maternidad.

—Era beata por adormecerme;—añadia,—me has despertado, y sábelo: te amo, te amo con delirio; pero eres insensible.

V.

El señor Obispo se arrepentía; estaba en cierto modo aterrado de su atrevimiento.

Por los cristales del mirador del camarín penetraban los rayos del sol, dando á la madera un tono dorado; veíase la extensión del espacio azul oscuro y blanco trasluciente, los ápices y cuernos, picos, corcovas, enlaces y extríbamientos de la sierra formada de montes, en alguno de los cuales aparecían como fina pelusa ó vellones de una piel las copas de los encinares de la falda, verdinegros de una parte y grises de otra. Neblinas vaporosas servían de medio reflector á los rayos del sol, y trasparenteaban la negrura de las hondonadas, por lo cual se producían las más caprichosas medias tintas, dulcificando los contrastes de luz del espacio y las sombras de las montañas.

Era un día espléndido; abajo brillaba el verdor del valle y centelleaba el río serpenteando

por entre la arboleda; un lejano zumbido de avis-
pas parecía intentar adormecer con la monoto-
nía á todo aquel que se abandonase á la dulce pe-
reza que infundía aquel tibio calor de primavera
y aquel ferviente sol.

Nada; esto no habia llegado á dominar el áni-
mo del señor Obispo ni á narcotizar su organis-
mo; paseaba por lo más oscuro del huerto con la
cabeza inclinada al pecho, los puños crispados y
repitiéndose constantemente con el pensamiento:
«Me acobarda, me acobarda esta profanacion.» Le
acobardaba más aún la realizacion del proyec-
to que hubo de concebir, acerca de hacer que
Julian, su sobrino, pusiera como Vírgen la imá-
gen de la Condesa, que pudieron en otro tiem-
po haberle aterrado todas las monstruosas aber-
raciones de las delirantes fiebres padecidas por
conservar rudamente el voto de castidad.

¿El creía? Realmente creía el Obispo. Era él
en verdad un representante de Dios en la tierra;
¿su sacrificio supondría sin duda algo para su
alma ó para sus hermanos los demás hombres?
¿Cuando él marcaba en el espacio con un movi-
miento de su mano la señal de la cruz, hacia al-
gun misterioso beneficio á las almas de los que,
arrodillados ante él é inclinando la cabeza, se
humillaban devotamente á su paso?

No podia, ciertamente, acusarse de ambicioso; en la época en que lo habia sido, hallaba él que desear las posiciones, era lo mismo que pretender los puestos de mayor peligro; y él habia combatido, como español, por restablecer el principio de autoridad destruido y vilipendiado á los golpes de la revolucion; y como sacerdote, por la iglesia, que aseguraba la paz de las almas.

Le era dado sentirse orgulloso de su dignidad, como al arcángel que en su escudo llevaba por mote de guerra el *quid sicut Deus?* Gloriarse en la luz de que el Señor le habia circundado haciéndole resplandeciente. No era vanidoso quien, como el Obispo, no mostraba otra rebeldía sino la de humillarse tan sólo ante Dios. Si hubiera creído alguna vez en su propia grandeza, sin sentir por ella gratitud al Todopoderoso, su orgullo seria ciertamente satánico.

Bien claro se lo hubo de manifestar al padre Arvellano, uno de los jesuitas misioneros que acababan de llegar á Albura; sonreia de contento recordando la respuesta dada al insidioso jesuita, el cual, con la refinadísima hipocresía que les es propia á los individuos de la Compañía, le habia manifestado los ámplios poderes de que iban revestidos los encargados de una mision, dispuestos y obligados á combatir los miserables vi-

cios de los pequeños y el orgullo de los grandes.

Haryan lo sabia: los jesuitas le odiaban, él los habia despreciado siempre; aquello del orgullo de los grandes, decíanlo por él los padres; tal era la censura que le venian haciendo sus enemigos: le acusaban de dominador y de orgulloso.

Él, empleando un tono de voz grave y con dulce acento, les habia replicado:

—Los príncipes de la Iglesia van revestidos con algo que recuerda la magnificencia de Dios; no son sino el soporte de un atavío que suscita en los fieles la idea del poder de las grandezas religiosas; son á la dignidad, lo que la piedra á la estatua que en ella se esculta, lo que el símbolo á la idea que significa.

A no dudarlo, el señor Obispo debia temer á los misioneros; aquellos se presentaban en son de guerra, y esto cuando Haryan aún no se habia apoderado verdaderamente de la diócesis, y cuando las calumnias podian afligirle el ánimo. El clero intransigente profesaba un odio profundo á aquel Obispo tildado de liberal; á éste no le seria difícil defenderse; con tiempo contaba con las mismas exageraciones de los jesuitas, con los abusos y las ridiculeces que cometian á cada paso, y luego con el prestigio de que gozaba en Roma y en el gobierno de Madrid.

No hacia media hora habia estado á visitarle el anciano dean del cláustro, sacerdote ilustrado y venerable que amaba á su Obispo, á aquél y á todos los que le hubieran precedido en el gobierno de la diócesis, así como un soldado veterano suele profesar amor á los capitanes que sucesivamente van mandando la compañía.

—¿Tenemos jesuitas? ¡Dios nos ampare! habia exclamado el dean. Van á revolver todos los escondos dormidos desde hace tiempo en Albura.

—¡Oh, no, señor de Laza; ya es imposible!— habia replicado bondadosamente el señor Obispo, recibiendo con agrado aquella opinion del dean.

—«La persona de que hablo á usted, habia escrito el Obispo aquel mismo dia al ministro, su amigo, se halla con recelo de que los *acridimus* de la peor especie talen sus campos apenas granados. Su Majestad está enfermo de cuidado; desdichadamente es cierto, y ruego al Dios Nuestro Señor que conserve la vida del monarca á quien tanto he querido siempre; pero la malvada langosta es para mí signo de mal agüero, y me temo que se estén preparando para si acaso, por desventura de esta nacion, acaeciese lo que es causa de tan profunda tristeza á nuestras almas sólo imaginarlo, y de lo que Dios Nuestro Señor

nos libre. En efecto; yo fuí quien acabó con esos acreedores que, como hormigas á panal de miel, tenían asediada la fortuna de la Condesa; su marido era el mejor de mis amigos; mucho agradeceré á usted, señor ministro, que disponga de forma que, de un modo hábil, se haga creer á la esposa de nuestro inolvidable Conde, que no existian esos acreedores... que yo confieso á usted que, en efecto, he pagado de mi bolsillo particular, pero porque debia al Conde una cantidad de consideracion; mas no quiero que lo sepa la señora Condesa; pudiera ser que su dignidad se ofendiese.»

Esto último no era cierto; él jamás habia debido dinero al Conde. Más abajo y en la misma carta, y valiéndose de términos ambiguos, añadía que uno de sus temores era el de que los *acridimus* se apoderaran de estos asuntos particulares, y le hicieran guerra entre los beatos y la parte rebelde del clero de su diócesis. Esto le obligaria á desplegar con toda energía los poderes y la omnímoda potestad de que, como Obispo, se hallaba revestido.

Hacia tiempo que el señor Obispo se sentia preocupado; le atacaban sin saber por qué repentinas aprensiones, verdaderos ataques de monomanía; era extraño aquello á los cuarenta y

nueve años; á la misma edad en que su madre habia sufrido de tales y tan extrañas conmociones, se producian en él de igual modo.

Estudiaba demasiado; era su amor al estudio, casi más que una aficion, una costumbre invencible; realmente no vivia como le habian aconsejado; haciendo un activo ejercicio corporal, tenia que alejarse mucho de la poblacion para emprender largas caminatas á pié. Una tarde, el secretario le animó; entraba el buen tiempo; podian salir á pié por la carretera á un paso regular, en tanto anduviesen por donde se hallaran paseando las gentes de la poblacion, y despues se encaminarian más de prisa llegándose á Robledejo, un pueblo inmediato; verian al párroco, el cual en ello habria de recibir grande contento, y luego el carruaje saldria á buscarles á la mitad de dicha carretera de Robledejo.

No; era preferible ir por el camino opuesto, por la carretera de Extremadura. Pararian en la dehesa de Cobrejal, donde se hallaba su sobrina; tal fué el parecer de su ilustrísima.

—Pobre niña, enferma,—decia hablando de Anita,—va resucitando prodigiosamente con los aires de la montaña.

Su ilustrísima habia tenido una felicísima idea con mandar allí á la señorita, segun opinaba el

secretario, el cual halló muy acertado el plan de encaminar hácia allí sus proyectados paseos. Todo el tiempo que duraran las misiones pensaba su ilustrísima dedicarlo á descansar, dando algun esparcimiento á su cansado espíritu y cumpliendo el consejo facultativo; se hizo correr esta noticia por el palacio del Obispo y por el claustro catedral.

A los pocos dias de tomada esta resolucion, una tarde, que la Condesa en carruaje y Julian á caballo con don Lúcas volvian de Cobrejal, hallaron á su ilustrísima sentado en el camino con uno de los pajes y el señor secretario.

Ocupaban los tres un asiento de piedra bajo unas rocas, por cuyas hendiduras crecian yerbajos de flores amarillentas, á cuyo pié brotaba de un afilado y estrecho caño el chorro de un manantial á verterse en un pilon hecho por anillo de baldosa y fondo de guijos.

Su ilustrísima se habia cansado y no habia podido llegar sino á la mitad del camino, no estaba acostumbrado á tales paseos; tenia doloridas las articulaciones, se hallaba demasiado grueso, y la fatiga le hubo de producir una gran prostracion de fuerzas; no obstante, quiso ocultarlo alegando que consideraba prudente ir poco á poco haciendo el hábito de pasear.

La Condesa se sorprendió mucho de hallar allí al Obispo, y hasta se mostró algo confusa cuando mandando parar el carruaje bajó á reunirse con don Lúcas y Julian que se habian detenido á saludar á su ilustrísima.

Volvió Marina al coche, éste siguió hácia la ciudad, y tras él Julian y don Lúcas; pocos minutos despues y cruzando con los caballos y el carruaje, llegaba tirado por recias mulas el del Obispo.

Al llegar á la ciudad, las campanas de la catedral anunciaban el término de la primera mision celebrada aquella misma tarde. Una multitud de mujeres salia en cordones apretados por las puertas del soberbio templo.

Al atravesar el coche por una estrecha callejuela llamada de la Sierpe, el carruaje hubo de pararse un poco á causa de un carro que se habia cruzado en una de las travesías, y á causa de la gente que bajando de la catedral dificultaba el paso.

El coche fué á pararse precisamente junto á la botica de Solares, que se hallaba en la referida calle; el secretario, que lo advirtió, hubo de indicar al Obispo, que se ocultase en el fondo del carruaje para evitar que *la gentuza allí reunida* cometiese algun desacato, ya riéndose en la faz de su

ilustrísima, ora dando al pueblo cualquier otra muestra de irrespetuosidad.

Su ilustrísima se estremeció, y no pudiendo dominarse, miró gravemente al fondo de aquel tabuco oscuro, en el cual, por entre los estantes de tarros de farmacia atisbó tres ó cuatro fisonomías vulgares, ojuelos burlones, y tal vez risas escarnecedoras.

De allí partian las hablillas contra él; le parecía que allí existia el foco de odios contra su persona; realmente no hubiera afirmado que habia querido distinguir bien las caras de los que allí estuvieran congregados; aquello habia durado un instante, el carruaje prosiguió hácia el palacio.

Por la noche solicitó permiso su sobrino para irle á ver; y el Obispo aceptó con gusto la visita, necesitaba distraerse; no cabia duda de que Julian iria á mostrarle el proyecto de restauracion del decorado de la capilla.

Así fué; Julian se presentó con un rollo de papel marquilla bajo el brazo, le desarrolló demostrando á su tio un hermoso dibujo que se habia sujetado en la parte decorativa al plano general del arquitecto.

—Muy bien, Julian; veo que cumple como habia ofrecido.

—Además he hecho otra obra...

—Veamos.

—No se trata de un plano.

El Obispo pensó que Julian se refería al angelon hecho para sostener el escudo en el pórtico de la iglesia de las Carmelitas; sentía no haber podido irle á ver; pero por aquellos dias habia sido excesivo el despacho eclesiástico.

—Vaya, aquello no valia cosa. Lo han pagado por cierto espléndidamente las monjas, ó sus protectores,—dijo con el más mundano desenfado Julian, como si se olvidase de que hablaba con el Obispo, y luego añadió:—pero no se trata de eso; se trata de que he logrado hacer el busto á la señora Condesa...

—¿Sí?—exclamó con vivacidad su ilustrísima...—se lo habíamos dicho Anita y yo...

Luego se quedó un momento como acometido por un repentino pensamiento, y al cabo de un instantáneo silencio dijo con expresion y acento de la más profunda extrañeza:

—A la verdad, me parece increíble que la señora Condesa haya accedido tan fácilmente á ello; nada hay de malo, con certeza, pero le repito que es cosa que me llena de asombro.

Hubiera esperado su ilustrísima que la Condesa opusiera mayor resistencia; nada habia en ello

de censurable, pero á juicio del señor Obispo, aquella mujer, que siempre habia aparecido ante él severa y grave, era de esperar que hubiese tomado por frívolo pasatiempo, propio de su carácter austero, el hecho de prestarse á que Julian la hiciera un retrato. Aún recordaba el Obispo los dias en que, debiendo Marina asistir á las reuniones aristocráticas, se quejaba amargamente de tener que ataviarse con lujo y obrar cual si estuviera muy pagada de su belleza.

— ¡Oh, mi querido tio! tentado estoy por decirle lo que, segun cuentan, dijo una cortesana á un filósofo célebre, no muy grande conocedor de las mujeres: *lascia la donna é cuida la matematica*. Ustedes, los hombres que han vivido exclusivamente para el estudio, desconocen por completo lo que son las mujeres. En todas existe por naturaleza el gusto de sí mismas.

Dijo esto Julian con un marcadísimo acento de conmisericordia hácia su ilustrísima. Julian ya no dudaba de la virtud del Obispo; por la puercecilla falsete del camarín, entonces entreabierto, se veían á la claridad de grandes lámparas de petróleo colgantes del techo, el largo salón de la biblioteca del palacio, los armarios con rejilla cargados de volúmenes; allí estaba la verdadera vida de su ilustrísima; aquella multitud de pesa-

dos librotos, gran parte de ellos anotados en las márgenes por él, eran testimonios que acreditaban la aplicación y laboriosidad del ilustre padre Haryan.

Éste se había quedado pensativo; de algún tiempo á aquella parte no se mostraba el Obispo tan diestro como otras veces en disimular sus sentimientos; cuando el jóven le dijo que ya era cosa fácil valerse de Marina para por ella modelar la estatua de la Vírgen para la cima del gran altar, se iluminó el rostro de su ilustrísima, apareció en él la alegría de niño ante la promesa de un juguete.

—Sí, sí; yo hallo lo propio ciertamente; no se hallará una faz más apropiada; á veces se diría que la ilumina un rayo de santidad. Esta misma tarde, ¿se fijó en ello? cuando la señora Condesa vino á besar mi anillo, tenía verdaderamente cara de santa, y lo es, lo ha sido, una mártir... pobre señora.

Julian salió del camarín con el ánimo burlon en retozo; el señor Obispo chocheaba, y, ó era más redomadísimo hipócrita, ó tenía tupidas telas de araña en los ojos. ¿Conque era cierto? ¿Conque había hombres en el mundo tan inexpertos en materias de amor como un muchacho de quince años? ¿Y era verdadera la castidad en

algunos sacerdotes? ¡Pobre Obispo! amaba; ¿y quién sabe si amaría sumido en los sonambulismos de un adolescente? ¡Puede que no tuviera conciencia de la naturaleza de sus sentimientos, ó que despertasen en él las pasiones como en muchos hombres que, entregados desde niños á la lucha del trabajo, se ven sorprendidos á la mitad de la vida por los turbulentos embates del instinto amoroso, como el viejo sábio del poema aleman, dispuesto á dar el alma al diablo por media hora de juventud.

—Desde que han venido sus sobrinos, el señor ha mudado de carácter, decia melancólicamente el ángel de la Cuaresma al ángel de la Pascua. Muchas veces á la hora del despacho, segun habia podido observar aquél, su ilustrísima dejaba de firmar para sacar fuera de propósito una conversacion cualquiera; otras estaba ceñudo, leia y releia antes de rubricar y sellar los expedientes, ó se enojaba por nimiedades. Deberia de ocurrir algo que al famélico paje no le era fácil averiguar. Horas antes habia reñido duramente el señor por una bicoca de gastos...

—¡Cuándo hemos visto en la casa cosa semejante!—exclamaba asombrado el ángel de la Cuaresma.

Todas las mañanas hacia su ilustrísima su aseo

personal cerrándose en su dormitorio. Seguía siendo para esto como había sido en su juventud, sumamente escrupuloso, poniendo el propio cuidado, empleando casi el tiempo mismo que en otra época empleaba, cuando ocupaba el cuartito de la casa de huéspedes de la calle de Preciados, donde hubo de verle, sin que él lo notase, la traviesa Jacinta, aquella diabólica chicuela. Tenía un neceser comprado en Inglaterra, recios cepillos para el pelo, estuche de afeitar, juego de limpieza para la boca, elixires que mantenían su dentadura blanca, esmaltada y bien oliente; botecillos de vino quinado y cosmético; se jabonaba las manos, el cuello y los brazos; se lavaba los pies diariamente, y en tales operaciones ocupaba poco tiempo; las realizaba por ódio exagerado á la suciedad; no obstante, le era desagradable ver sus propias carnes; cuando se bañaba lo hacía casi á oscuras, y aun entonces sentía una aversión profunda al mirarse desnudo de su atavío episcopal; hubiera querido no asemejarse en nada al resto de los humanos; aquel su craso y abultado vientre, sus brazos musculosos y velludos, su pecho socavado en el centro del plano torácico por el imperceptible sobrecargo de los hombros hácia adelante, sus piernas gordas en los muslos y enjutas y débiles de la rótula abajo; aquellas formas

robustas de una parte, entecas de otra, le parecía que formaban un conjunto monstruoso. No quería que sus ojos llevasen al pensamiento algo de irreverente hácia la idea que de sí mismo había formado; en cambio gustaba de mirar su rostro sereno, su frente despejada, sus grandes ojos negros imponentes y llenos de inteligencia; la esbeltez con que resultaba todo su cuerpo ataviado y cubierto por el traje talar; la majestuosa presencia con que á sus propias miradas surgía en el espejo su imágen, la sotana morada, la cruz episcopal.

Era su dormitorio una espaciosa habitacion, alta de techo, y éste de preciosos artesonados antiguos. La cama, de madera de sándalo, tallada primorosamente; á los piés, y sobre una rica colcha de damasco morado con orla de cordoncillo de pasamanería madrileña, había un gran almohadon de plumillas de edredon en seda azul, que en el centro lucía un sombrero episcopal sobre las iniciales del Obispo, y esto bordado en oro por manos de la Condesa, que todos los años el dia de San Juan hacía un obsequio á su venerable amigo el señor Obispo.

Junto á la cabecera había un reclinatorio de tosco nogal, con almohadilla de badana rellena de cerda, al pié, y un gran crucifijo con el Cristo

de bronce y la cruz hecha toscamente, recordando con la mayor propiedad posible el leño del Calvario; sobre la cama del Obispo se veía, en un gran cuadro de tres metros de alto por dos y tercio de ancho, otra imagen del Crucificado; una copia preciosa del Cristo, de Velazquez. En el reclinatorio rezaba todas las noches su ilustrísima los salmos penitenciales. Por aquella costumbre ya antigua, de la oracion y del rezo, se producía en su cerebro ordinariamente el más activo trabajo de reflexion; allí había hallado siempre el Obispo las decisivas soluciones á sus dudas; podría decirse que se condensaban en un solo pensamiento el vario empleo hecho de las facultades durante el dia, las impresiones recibidas y las emociones en él provocadas por los diversos acontecimientos de que había sido actor ó testigo durante veinticuatro horas. Era aquel reclinatorio como la misteriosa zarza ardiendo en que Dios se aparecía al Obispo como á Moisés.

Desprendiéndose entonces de todos los convencionalismos que él creía indispensables medios de sostener la idea religiosa en la tierra, el símbolo, el rito, las categorías, hasta los manejos por conservar y aumentar el poderío temporal del sacerdocio, fijaba su pensamiento en la oracion:

una oracion imposible de apreciar en su valor verdadero; era un gozo de sí mismo, una confidencial intimidad con Dios, una fantasía elevadísima que él propio admiraba.

Despues se acostaba, sintiendo una dulcísima paz en el alma; de igual manera, segun pensaba, se hubiera metido en el sepulcro, y tendiéndose en él, con la cabeza en la fria piedra, hubiese esperado sonriente, con el pensamiento en lo infinito, la muerte; pero habria de ser en un sepulcro como los magníficos sepulcros de la catedral, de mármol blanco escultado, con su estatua yacente, su nombre y su escudo en la losa.

Aquel hombre parecia condenado á sostener un monólogo contínuo y á no preocuparse sino de sí mismo; era minuciosísimo en todo cuanto concernia á su persona; hábito antiguo en él, preocupacion propia de todo solitario. Sin embargo, cambiaba, cosa extraña, y que él mismo habia observado; era un hombre casi diverso segun las habitaciones del palacio en que se hallase; nadie aparentemente más insensible á las impresiones exteriores, y tal vez nadie fuera en realidad tan fácilmente modificado por ellas. Allí, en su dormitorio, parecia quedarse á solas por completo, como reservado en su santuario; repasaba ligeramente los asuntos que, pendientes un dia,

habían de preocuparle al siguiente, y luego, como obedeciendo más que á un hábito del espíritu á la necesidad funcional del organismo... se arrodillaba y oraba.

En el camarín del mirador, el valle y la sierra suscitaban en su ilustrísima el recuerdo de sus dominios, los pueblecillos que habrían de jugar en sus manejos políticos, cuando seguro de su directa influencia en el distrito, fuera su voluntad una fuerza electoral que ofrecer al Gobierno en cambio del apoyo para conseguir la senaduría; en la sala de audiencia, parecía llenársele el ánimo de soberbia, y de temor al propio tiempo, pensando en la ciudad, que divertía sus ocios hablando mal de él, calumniándole, teniendo en poco su sabiduría y sus virtudes, y ménos que esto, su poder como hombre de gran prestigio político y de inquebrantable voluntad; y así en cada parte, de tal modo, por aquella regularidad del ceremonial y de la etiqueta, por la fría existencia de príncipe sacerdotal, parecían ajustarse las cosas todas á la variedad no muy accidentada de sus deberes y de sus costumbres.

Ordinariamente siempre se sentía satisfecho de sí mismo; creíase fuerte y conservaba esa conciencia de la propia grandeza, que es el desvanecimiento con que han de vivir necesariamente los

poderosos; pero otras... su naturaleza padecía grandes crisis, debilidades extremas é irritaciones injustificadas; la serenidad moral se perdía por completo.

¿Qué era aquello? ¿Cómo explicárselo? ¿Sería la angustia, que es en la existencia humana como un fenómeno natural y repetido, que nos hace recordar la muerte al sentir ciertos frios estremecimientos? ¿Las tentaciones de la *bestia*, según de Maeistre, perturbando el alma del justo? ¡Quién sabe!

Pero ninguna de tales extrañas crisis hubo de conmoverle tan hondamente como la que le acometió la noche aquella. Apenas se hubo retirado Julian, el Obispo dió al paje las órdenes sobre asuntos de gobierno interior del palacio; las mismas que daba todas las noches á idéntica hora, y que venían siendo más imperiosas y detalladas desde que, como había dicho «el ángel de la Cuaresma,» había mudado el carácter de su ilustrísima.

Se enteró con cierta indiferencia acerca de lo ocurrido en la catedral con la mision, y por último, despidiendo al paje, se dirigió al dormitorio. Hizo lo que siempre y cuasi de un modo automático hacia todas las noches antes de postrarse á orar, que siempre lo hacia inmediatamente

despues de la cena, preparando la botellita y la copa del juego vaso-de-agua, la brea con dos gotas de ron viejo, como muchos ingleses suelen hacerlo por aseo interno del aparato respiratorio y aun por higiene; él bebia todas las mañanas, al despertarse, en los dias en que no decia misa, y en los demás despues de celebrada.

Se arrodilló y apoyó su cabeza entre las manos. Sí; pensó debiera consultar con un médico lo que le acaecia, pero no con don Lucas; con un médico que hubiese hecho estudios segun los modernos adelantos de la ciencia. Estaba resuelto, haria un viaje á Madrid con cualquier pretexto, y llamaria á un médico de los de mayor reputacion.

Su alma no estaba enferma, no; su alma era potentísima, su voluntad recia é invencible; pero aquel organismo era rebelde.

La gran lucha, segun él la llamaba, iba á determinarse. No habia en favor de su espíritu, sino el rigorismo de la penitencia, ó el acomodamiento de una vida debilitante y sedentaria hasta el exceso; él, que despreciaba como á pretenciosos é indoctos á los modernos fisiólogos cuando le mostraban conclusiones opuestas al dogmatismo católico, les sabia estimar y les temia sobremanera como á conocedores de la naturaleza física del hombre. Él es.

taba enfermo, no cabia dudarlo; despues de haber modificado aquella su primera pasion en un afecto puro, en un fraternal consorcio de las almas, sentíase sorprendido repentinamente y como nunca de erótico impulso, en él verdaderamente extraño. Habia hablado en el salon de conferencias del Congreso, en una ocasion, con un célebre médico, al cual hubo de manifestarle Haryan que apenas si recordaba ya ciertos malos hábitos que habia estado en peligro de contraer para toda su vida; pero que despues de pronunciados los votos, la dignidad del sacerdote, y sobre todo la pasion por engrandecer con el estudio su espíritu, debieron de haber extinguido en él por completo los instintos de la carne; quizá muchos no creyeran en esto; pero él afirmaba que era ciertísimo.

—Y peligrosísimo á veces, aun para el corazon y para el entendimiento...—habia replicado gravemente el médico.

Tal vez el Obispo se hallara en lo más arriesgado del combate. Ello era lo cierto, sentia una pasion desconocida, un egoismo que le asustaba; hubiera ahogado á su sobrino; casi creyó por un momento, que desde un principio éste le habia sido profundamente antipático; habia sentido hacia él, en un segundo, aquella secreta é inmo-

derada aversion que hubo de inspirarle en otro tiempo el Conde.

¡Pobre diablo! ¿Qué habia hecho? Sin duda por complacerle, y no más que por esto, habia hecho el busto de la Condesa; si bien herian á su ilustrísima la indiferencia, el cínico desenfado con que hubo de hablarle de Marina como de una mujer cualquiera; en aquel desenfado, el refinadísimo ingénio de observacion, propio de los magistrados y de los clérigos, y que era perspicuo en su ilustrísima, habia creido descubrir algo como el contento de un triunfo.

Estos pensamientos y el loco intento de elevar la imágen de la Condesa á los altares, eran analizados por su ilustrísima, y se juzgaba con el rigorismo de un juez. No todas estas ideas surgian en él á su pesar; se producian como consecuencia de una agitacion violenta... eran, cual los delirios en una fiebre, pensamientos que, como los dolores, punzaban por martirizar y poner á prueba el alma... Él pondria todos los remedios posibles; nuevo Orígenes, apelaria, si no á la bárbara y cobarde profanacion de la hechura de Dios, al calmante que le diese la ciencia. Apelar á las armas defensivas, es prudencia y no miedo de los grandes capitanes; es procurar por todos los medios imaginables la seguridad del triunfo.

Cierto que diariamente se veía obligado á castigar á clérigos de vida desarreglada; que habia descubierto á muchos que, aparentemente, aparecian como unos benditísimos santos, y eran astutos acechadores de mujeres. Conocida era la casa de la calle de Mengo Revuelta. Allí vivia una mujer llamada la Maricuela, cuyo marido restauraba cuadros y muebles viejos para los templos, y cuya mujer tal vez fuera restauradora de doncelleces quebradas y zurcidora de voluntades en desavenencia, pero ciertamente servia en gran modo á muchos de los señores canónigos de aquella iglesia catedral.

A Haryan repugnábale el vicio; mejor dicho, no acertaba á comprenderle; sentia hacia él esa repugnancia que sienten hácia el desaliño del pobre los séres criados en los esplendores de la riqueza y en los exquisitos refinamientos de pulcritud, comodidad y complacencias que facilita la opulencia.

No era el vicio lo que á él le perturbaba... era la pasion, ¿á qué dudarlo? la pasion; quizá no fuese Marina ni tan virtuosa como él la creia, ni tan bella, ni tan inteligente, ni tan leal... Pero le era imposible creerlo.

El Obispo lloró entonces dejando caer las manos cruzadas, y sobre ellas su frente... Esto era

su enfermedad... Una pasión antigua, arraigadísima; que, á ser él seglar, le hubiera libertado á sí mismo de todo otro amor, y le hubiese dado fuerzas para seguir esperando, como esos enamorados que aguardan años y años el día feliz de sus desposorios.

El temor pueril que infundian las habladurías de las gentes, no tenía otro fundamento que el miedo al desencanto de hallarse difamado, y de que fuera, no sólo ignorada la victoria, sino á que en lugar de ésta hallase el Obispo una injusta deshonra.

Al fin sintió en sí mismo un poderoso impulso de energía, y se irguió; ¿lloraba? ¿y por qué? sí, había llorado; sintió vergüenza de su debilidad; la única, la única que había tenido en su vida; era humano que él desfalleciese: al fin y al cabo aquel desfallecimiento no era una caída del culpable, era un accidente peculiar al martirio. Él podía sentir el noble orgullo en su doble carácter de sacerdote y de hombre de estudio; le era dado mostrarse á los espíritus ocupados en el grandioso trabajo de la inteligencia y del sentimiento como guardador leal de las más altas virtudes humanas; representaba el dominio de la idea sobre la materia, de la conciencia sobre la carne, de la sumisión de los torpes instintos al supremo don

de las almas. Era fuerte; recordaba con satisfactoria é íntima alegría aquellos versos del poeta:

Hijo mio: la razon
te guíe por santa huella,
y al jurar una opinion,
guárdala en tu corazon
y muere abrazado á ella.

Todas sus pasiones, todas sus esperanzas, su vida, su alma, habian pertenecido y seguian perteneciendo á la fé jurada, á la santa iglesia Católica, Apostólica Romana, á sus votos sagrados; pertenecia, pues, á los hombres que no retroceden jamás ni un punto de lo que les inspira su conciencia iluminada por un entendimiento culto y por rectos sentimientos de justicia.

Al elevar la imágen del sér amado á la cumbre del altar, no hacia sino ofrecer en holocausto el ideal adorado, dar á Dios la belleza amada, y con tal sofisma ocultaba Haryan el móvil pueril que le impulsaba á ofrecer frente por frente á todos los halagos que á la vanidad de aquella mujer brindasen, aquella prueba singular de la pasion que hácia ella sentia el señor Obispo: un extravío del entendimiento, un estravagante rasgo de soberbia.

A la mañana siguiente esperaban al Obispo los dos padres de las misiones, á quienes dias antes

habia citado aquél; debian hablarle de una pretension de la Compañía de Jesús. En todas las diócesis, la Compañía habia sentado sus reales y trabajaba sin descanso, pues como jesuitas dispersos hallen en el último rincón del mundo un pedazo de tierra española, en él anidan y fabrican sus nidos, cual hormigas errantes al hallar terruño de los prados en que hubieron su primitivo hormiguero; esto habia dicho el señor Obispo al secretario privadamente, y esto propio repitió asimismo en confianza el secretario á los jesuitas.

Habia despertado aquel día el Obispo malhumorado; muy de mañana hubo de ponerse á escribir, y la luz, reflectando en el blanco papel, habia dañado sus ojos, irritados además por el excesivo trabajo.

Los jesuitas aguardaban en el salón de audiencias, donde habia un retrato al óleo, tamaño natural, de D. Alfonso. La sillería era de seda verde con esqueleto de madera blanca y dorada; en el centro y sobre una jardinera se hallaba colocada una magnífica estatua de Santa Teresa de Jesús en plata fundida.

El padre Arvellano era un fraile craso y gordo, de piel siempre sudosa y reluciente, lo que daba á su cabeza semejanza con la de un santo de ma-

dera recién barnizado; tenía un picante cinismo en los ojillos vivarachos bailando en párpados carnosos y en una faz ancha y vulgar; su compañero el padre Arrguiharbaye era un vascongado de cabeza gorda y recia, facciones aguzadas y voz ronca y áspera.

Ambos se arrodillaron al llegar su ilustrísima y recibieron su bendición con las cabezas inclinadas sobre el pecho.

—¿Qué es lo que pide, ó *exige*, si les parece mejor, la Compañía?

—Respuesta pronta á la carta del padre general,—replicó al levantarse el padre Arvellano y mirando cara á cara al señor Obispo.

—En fin, queda en pié el verbo exigir; ¿no es esto?—añadió severamente su ilustrísima.

—¡Oh! señor; para usía ilustrísima, una súplica de la Compañía es de la propia fuerza que una exigencia.

—Poca sería entonces,—replicó Haryan.—No han de olvidar los padres que el propio tiempo que hemos tardado en contestar á la Compañía, es prueba de que se ofrecerán dificultades para satisfacer sus pretensiones, así como también de que no es absolutamente imposible complacerle, ni hay nada más lejos de nuestra voluntad que el negar lo que esté en nosotros conceder. Que-

dan, pues, enterados los padres de la respuesta que hoy nos servimos darles. Recomendámosles, ante todo y muy eficazmente, que no olviden cuánto daño hace á la iglesia atizar, en las predicaciones hechas en los templos, la pasion política; y que reiteradas circulares del señor ministro de Gracia y Justicia nos demandan que se procure en esto la más escrupulosa prudencia. Vayan, pues, los padres y cumplan con la gracia de Dios y los auxilios del Espíritu Santo, el austero y cristiano deber de la mision. Nos, concederemos indulgencias á cuantos fieles acudan á oír la santa palabra divina en esos santos ejercicios.....

Esto dijo el Obispo, y despues de bendecir á los padres pasó del salon á su camarín, acompañado del secretario, que acababa de presentarse al martilleo de un timbre que el Obispo habia hecho sonar un segundo antes, apretando un boton que habia en la pared y á uno de los lados del sofá.

¿Así se habia atrevido á recibir á los jesuitas? ¿Les habia recordado él lo inconveniente que era llevar al púlpito las pasiones políticas; él, que no habia hecho carrera en cierto modo sino merced á sus trabajos políticos, á sus predicaciones políticas? No tardaria en sentir las consecuencias de

su altanería el señor Haryan; malo era no tener por amigos á los jesuitas, pero Dios libre á un poderoso de echárselos de enemigos.

Los padres no ocultaron su disgusto; aquella misma noche, entre la gente de cofradías y beatos fanáticos, se hallaban éstos ya estimándolo como la noticia de más importancia, que habian propalado unas cuantas devotas, vivientes gacetitas de sacristía: era pena con que habian salido los padres de su entrevista con su ilustrísima.

—El Obispo es un saco de soberbia,—decia uno de los ménos respetuosos.

—Un pancista, liberalote,—añadian otros.

La señora de Cortespeja, una de las beatas más bachilleras y más devotas de la ciudad en la conferencia de San Vicente de Paul, habia mirado á otra su colega, y haciendo un guiño de inteligencia habia dicho:

—¡Hum! Siempre me habia parecido á mí un poquito dudoso ese buen señor: ¡Pobres padres! Creo que han salido maltratados; han levantado la voz y les ha mandado salir inmediatamente del palacio.

Aquella tarde, muchas beatíficas orejas se aguzaron para apreciar hasta las más embozadas palabras de la predicacion; y hubo quien cazó presuntamente lo esperado; el padre Arvellano habia

dicho: «Si los que trabajan en la santa predicación del Evangelio, no vieses su premio en este maravilloso resultado que ofrece aquí, como ha ofrecido en otras partes, la pública piedad de los fieles; si ésta no fuera su defensa... ¿qué podrían cuando los poderes de la tierra, y aun muchas veces *más venerados y excelsos les niegan su concurso?*»

Claramente envolvían estas palabras una anónima queja contra el Obispo de Albura, al cual le importaba bien poco, á la verdad.

El mismo secretario, cuando aquella tarde se dirigía con su ilustrísima camino de Cobrejal á dar el proyectado paseo de todos los días, se atrevió á manifestar al señor Obispo que los reverendos padres habían salido muy apenados de la entrevista.

—Sabemos de lo que se trata, señor Casado; de una ocultación, de una estafa, de valernos de un juego de oficinista prestimano, y engañar con papelotes al Estado, *dando* á la Compañía de Jesús el edificio de San Agustín, para que la Compañía funde una de sus industrias. Los padres jesuitas suelen tomar la religión, como el honor y la guerra los ingleses, al servicio del negocio.

Dijo esto su ilustrísima indignado y saliendo de la prudencia que le era habitual, y que debía

de guardar exageradamente más con los mismos curas.

—¿Su ilustrísima es enemigo de la Compañía?
—se arrojó á preguntar el secretario.

—Soy enemigo de esas órdenes de religiosos que se ven obligados á coser, hacer labores, ú ocuparse en otros oficios, no porque sea sino muy honroso para el cristiano todo trabajo, sino porque hay quien, con pretexto de la penitencia y los votos, convierte el convento en una fábrica de ruin especulacion. Soy enemigo de esas cosas. Y en mi diócesis jamás las consentiré.

Callóse el secretario, y silenciosos y graves siguieron él, el paje y su ilustrísima caminando por la carretera de vuelta á la ciudad; una turbonada de viento, arrastrando tras sí nubes de polvo, les hizo volver por un momento de espaldas, y continuaron despues su camino hasta llegar á una alamedilla de árboles bisoños que el huracan zarandeaba fuertemente; allí encontraron el caruaje que les estaba esperando, y en él entraron por una de las almenadas y oscuras puertas de la ciudad.

VI.

Julian habia sometido á Marina un plan soberbio, no para que ella resolviese en definitiva sobre la conveniencia ó el acierto del mismo, sino por mero capricho de decirle algo á aquella mujer que, por su parte, le habia dicho ya cuanto hasta entonces habia ocultado. Julian iba á hacerse hombre práctico; con los encargos que, á más de las obras de la catedral, le habian hecho, contaban lo suficiente para vivir un año él y su hermana: alquilaria una casa, la amueblaria, tomando para su servicio una de aquellas mozas de cántaro que, cargadas de refajos y con moño de picaporte en la nuca, iban y venian constantemente por las calles de Albura, y un mozo de zajones y sombrero ancho, que les llevara el agua en un carrillo cantarero de los que allí se usaban, y cuyas ruedas producian un chirrido constante

al girar saltando sobre el maldecido empedrado de la ciudad.

Habia acabado por seducirle aquella vida tranquila de los adormilados vecinos de Albura; las grandes despensas, más repletas de matanza que la mejor carnicería de Madrid; los corrales poblados de gallinas, gansos y conejos; los palomares y las anchurosas cocinas, bajo cuyas campanas arderian tremebundas fogatas de leña. Hasta se hallaba dispuesto á emplear el dinero en préstamos á réditos, si le apuraban mucho; se pondria un leviton negro los domingos, un formidable sombrero de copa y se haria llamar don Julian.

—Seguramente,—decia,—han de exclamar al verme: ese es don Julian. Ese que hace los santos. Ese los hace y su tio los bendice, podrian añadir, si estas gentes pensaran; pero en fin, ellos los pagan y los rezan.

Marina estaba pensativa doblando en mil partes un periódico y afirmando los dobleces con la palma de la mano sobre una de sus rodillas; se habia hecho en pocos dias muy escrupulosa, vivia llena de recelos; nada hubiera podido mantener de mejor manera el interés de su pasion como aquel humorístico excepticismo que caracterizaba á Julian.

Sin duda alguna Marina podía y debía sentirse enojada consigo misma; su caída había sido tan brusca, tan fácil; se había visto tan prontamente derrotada, que al pensar en ello se hallaba en extremo pesarosa; además, toda prevención hubiera sido inútil; aquel hombre parecía habituado á tales victorias; para dominar el corazón de Julian, hubiera sido necesario un conocimiento más acabado de su carácter, conocimiento adquirido con calma, y Marina se vió en los brazos del jóven, sin que para ello hubiese puesto de su parte aquella mujer la menor resistencia.

Julian no trabajaba entonces con el ardor que hubo de mostrar los primeros días, ni permanecía tantas horas en el estudio; dos ó tres veces había ido la Condesa al estudio á la hora en que el escultor debía esperarla, pero Marina halló cerrada la puerta, el jóven no había llegado aún. Cuando esto le ocurría, Marina se irritaba, y por venganza se marchaba á Cobrejal; pero á la mañana siguiente hallaba á Julian tan tranquilo como si nada hubiese acaecido.

En cuanto al plan de que hablaba á Marina, respondía realmente á los propósitos del jóven; deseaba quedarse á vivir en Albura... llevaba allí, según acostumbraba á decir... una magnífica vida.

Marina, que no prestaba grande atención al jóven, levantó de pronto su cabeza y fijó de un modo apasionado sus ojos en los del artista y se echó á reir: la halagaba la idea de que Julian se resolviese por fin á vivir allí, y á no separarse nunca de ella. La tarde anterior habian ido los dos acompañados de don Lucas á Cobrejal. Don Lucas montaba su caballo de médico de aldea, animal pacífico, de marcha segura y cómoda; fué siguiendo con regulado paso todo el camino al carruaje; Julian, por el contrario, iba en un potro algo retozon y bravío, de trote desigual y repentinos sobresaltos y rebeldías, el ginetete fué procurando en lo posible mantener su jaco junto á las ventanillas de la berlina. La Condesa, con la cabeza apoyada en el testero de ésta y el brazo derecho en la franja de apoyo, fué casi todo el tiempo que hubo de durar la marcha con los ojos fijos en Julian; en tal actitud hubo de sorprenderla dos ó tres veces su hermano al pasar junto al carruaje; ¿qué tenia? ¿estaba enferma? Don Lucas se dispuso á distraer la tristeza de Marina.

—¡No es nada!—contestó ésta sonriéndose dulcemente.

Quizá don Lucas notara algo para él muy singular en las lánguidas miradas de su hermana y

en los picarescos ojos de Julian; tal vez llegase á sospechar que entre ellos existia una misteriosa inteligencia. ¿Y qué le importaba á Marina que tal pensasen su hermano y el mundo entero? Sentíase capaz de aventurarlo todo, vivia como no habia vivido hasta entonces; plenamente gozosa, sin desear nada, sin importársele cosa alguna que no se refiriera á su nueva pasion; ella lo habia esperado, habia esperado ser acometida audazmente, arrebatada y poseida; su naturaleza era de esas que, como las pilas eléctricas, reservan en sí una considerable cantidad de flúidos que un choque casual y repentino hace saltar rápidamente.

—Conozco,—le decia á Julian,—que he hallado al hablarte el motivo para la verdadera, la única pasion de mi vida.

El primer dia habia despertado su curiosidad de mujer; despues, cual si hubiera comprendido Julian el estado en que se hallaba el espíritu de Marina, hirió certeramente. A la verdad, ella, segun repetia mil veces, hubiera sido muy desgraciada; para el Conde no hubo de ser sino un pasajero capricho, despues, en torno de ella, sólo se vieron algunos viejos aristócratas ó algunos curas. No se recató de repetir que ella se habia entregado á la devocion por aburrimiento más que

por otra cosa, y por conservar el afecto del sér á quien más debia despues de su padre: al señor Obispo; Marina habia comprendido que la piedad extremosa habia de agradarle, y ella exageró sus devociones.

No habló á Julian palabra alguna acerca de aquella correspondencia que ella hubo de mantener un tiempo con el señor Obispo, aquellas cartas de letra torpeñosa y estilo endeble y afectado, por las cuales, repitiendo de continuo elogios y ponderaciones aduladoras para Haryan, solicitaba con ellos los que éste la tributaba, cartas que al clérigo le parecian los más hermosos escritos que habia leído en su vida.

Nada dijo de esto; ni aun á sí misma se habia querido decir nunca, que el temor á verse abandonada por el Conde un tiempo y la pobreza que á la viudez hubo de amenazarla, le habian inclinado instintivamente á estrechar afectuosas relaciones con quien, como el padre Haryan, de tanto podrá servirla en el mundo.

Igual reserva mantenía respecto á la soliciacion del duque de Albares, poco antes de haber comenzado las relaciones con Julian. Marina habia decidido esperar que el señor Obispo acabase de servirla en los asuntos de testamentaría del Conde, irse á Madrid, y luego..... tal vez no

despreciar la fortuna del viejo archimillonario.

Pero ya nada de esto la importaba; y si no rechazaba del todo aquella reservada conducta que se habia propuesto seguir ante el Obispo, y durante el tiempo que permaneciese en Albura, era por interés de su propia pasion.

¡Pasion inexplicable como todas; embriaguez de los sentidos; ávido deseo de sentir y de pensar con la persona amada, y de ser con ella las únicas en la propiedad de aquel afecto!

Cuando aquella tarde entraron en Cobrejal, se detuvo el carruaje al llegar á las primeras encinas del monte; más allá, las copas anchas y las apretadas filas en que se sucedian estorbaban el libre paso, las ramas iban arañando por ambos lados los cristales de la berlina.

Julian se bajó del caballo y ofreció el brazo á Marina; crujian bajo los piés las duras hojitas de encina, y las capsulillas de bellotas secas que alfombraban el suelo; las sombras que proyectaban las extensas y redondas copas en la tierra se ofrecian en sucesion de rigurosas manchas negras contrastando con la poderosa luz del sol; todo el terreno estaba lleno de arbustos, chaparritos de encina y roble, romerales y escobares, tomillos y zarzas; en lo alto, sobre la loma de un cerro, se erguian dos altísimos pinos; en la hon-

donada se hallaban la casa del guarda, los pajares, las cocinas de los labradores, las de los pastores y los establos.

Marina aspiraba con deleite aquel vientecillo fresco saturado de aromas de la sierra; don Lucas, á quien fatigaba andar, habia seguido por un atajo en su caballo; el coche habia vuelto á la ciudad.

La Condesa iba hablando á media voz á Julian y con lentitud mimosa. Parecia que toda la vida habia vivido con él; ella era otra; seguramente el jóven la habia envenenado. Julian estalló al oirla decir esto con una de aquellas bruscas salidas burlescas por las que asustaba á lo mejor á su amada, y que á la vez la complacian sobremanera; gustábale ver aquella rudeza: Julian era de un corazon inculto para los gozos del sentimiento; otra cosa, la hubiera parecido afeccionacion; era rudo, pero en el fondo, tal vez leal.

—¿No sabes,—decíale Marina,—que yo he sido siempre muy desgraciada?

—Es lástima que no me lo haya dicho antes la señora Condesa; yo hubiera ideado una primera lámina para la primera entrega de una novela.

—Sí, Julian, lo que oyes; muy desgraciada.

Entonces recordó la vida rigurosa que habia

pasado en el convento; luego la existencia aburrida que llevó en el monte de Fuentibreña, hasta que al Conde hubo de antojársele pedir su mano; é iba á referir todo cuanto la habia acaecido en su matrimonio, cuando Julian la interrumpió para decirla:

—Ya nos han visto en la casa..... Ahí vienen Anita y Mercedes, la camarera, y el guarda... ¡Eh! ¡eh!—comenzó á gritar desaforadamente, y agitando el sombrero...—Aquí estamos todos.

—¿Está usted mala, Marina?—preguntó Anita á la Condesa; en verdad, habia chocado á la jóven ver á Marina y á su hermano caminar con paso no muy apresurado.

¡Oh, hacia un calor terrible! Marina se ahogaba; bien pronto ó no volveria allí más, ó se quedaba á vivir en la casa; era imposible ya estar yendo y viniendo diariamente de Albura á Cobreja. Anita acogió esta idea con extremado regocijo, ¡qué placer. Así debería Julian irse allí de caza algunos dias! Pronto descubrieron por uno de los claros del monte á don Lúcas en su prudentísimo caballo, que descendia moviendo las patas y fijando en tierra sus pezuñas con verdadero tiento para no resbalar en las guijas ni caer por la pendiente.

Produjeron todos una algazara de gritos, á los

que contestó don Lucas levantando su sombrero.

Anita era otra, habia cambiado por completo; estaba gruesa, su mirada era límpida, aparecia en su faz más fácilmente la sonrisa, y tenia las mejillas sonrosadas y con ese tono cálido que da á las epidérmis delicadas de un moreno difuso el calor del sol y el aire del campo.

Se ponía guapa; todo el mundo lo echaba de ver; Marina la llevó hácia sí y la besó en la frente, estaba con ella en extremo cariñosa, á punto de que esto no dejaba de llamar la atención de la misma Anita; de quince ó veinte dias á aquella parte, la Condesa iba mostrándose cada vez más afectuosa.

Por más que Marina pensase que todos habrian de notar el cambio que en ella se habia operado, lo cierto era que nadie se fijó en tal cosa; además, casi inconscientemente Marina seguía ante todos con aquella grave expresión y aquel majestuoso porte que le eran habituales. Parece como que en la mayor parte de los hombres existe la tendencia de hablar en una forma de gesto, ademan y estilo, censurando el carácter que los demás les suponen, ocultándoles así fácilmente muchos de los cambios radicales y bruscos que sufren constantemente. ¡Si Anita y don Lucas hubieran podido descubrir lo que entre ella y

Julian ocurría! ¡Si supieran que sin preámbulos, sin retóricas, ni finezas galantes, Marina y Julian habian llegado á confundirse en el mismo interés, y que por el deleite sus lábios unieron los pensamientos y los corazones de ambos! ¿Qué hubieran pensado si la hubiesen visto á ella salir de su casa con su libro de misa, y el opúsculo de la visita al Santísimo Sacramento sujetos por una goma, con su manto negro y su rosario, como hacia siempre, y luego penetrar por la casa de su hermano y atravesar el patio é ir á ocultarse en el estudio que Julian cerraba por dentro como para hacer creer que no se hallaba en él?

Anita precedió á todos, cuando llegaron á la ahumada cocina, cuyas vigas estaban requemadas y llenas de hollin. En el hogar, y sobre trébedes grandes afirmadas entre los troncos y las ramas de encina, borboreaba una inmensa cazuela de barro con tapadera de hierro; allí estaba la paella preparada por Anita.

Aquel día, Anita y los criados habian esperado á la señora Condesa, á don Lucas y á Julian á almorzar; era verdaderamente el primer día de campo que pasaban reunidos... ya verian... ya verian cómo se portaba ella... Era necesario, únicamente, que no la estorbasen... Con un delantal blanco y burdo á la cintura, y arreman-

gándose los brazos, comenzó á ir y venir por la cocina; la camarera, la guardesa y su hija servian con presteza las órdenes de la señorita. Marina sonreia bondadosamente, mirándolas afanarse como hormiguitas recolectoras.

El guarda se habia quedado junto á la señora Condesa con el sombrero en la mano y ambas apoyadas en una larga vara, fija en el suelo, y que el campesino parecia presentar como una alabarda; su faz morena conservábase grave, y él, cual si esperara órdenes del «ama» con la bandolera de chapa dorada puesta al pecho, los recios zajones sobre las piernas y las abarcas en los piés.

«Aquí, lo habia dicho don Lucas, el verdadero amo es mi hermana; á la que habeis de llamar todos la señora Condesa. *De modo y manera* que ya está entendido.»

Julian, que se habia quedado á la puerta estrecha y baja de la cocina, miraba alzarse tras de una, no muy alta pared de piedras y amasijo de caliza, los altos álamos cuyas hojas, de un verde claro, abrillantadas por el sol, resaltaban en el fondo azul del espacio; más bajo que la tapia se hallaba un cobertizo, en el cual habia dos grandes carros de labranza y el quartucho de aperos, la cocina de los segadores y el horno de cocer,

junto al que, armado de una gran pala, sacaba y metía los anchos y oscuros panes de la gente el hijo mayor del guarda, en tanto que dos mozas, arremangados los brazos hasta los codos, una zarandeaba el arnero sobre un artesón, y su compañera manipulaba en la masa con brioso trabajo.

Se abrió una puertecilla de una de las fijas, y salieron por ella, apretando unos con otros sus avellonados lomos, un centenar de carneros blancos y negros, un tremendo perro, y el pastor con la capa y el zurrón al hombro, agitando en el aire su cayado y produciendo sonidos, silbos y voces extrañas, con las cuales parecía dirigir al ganado.

Don Lucas, provisto de un gran bote de vidrio, una lente, una azadilla y una podadera, salió de la casa diciendo que iba á aprovechar el tiempo, á ver sus yerbajos medicinales; esto despertó en Julian la idea de la caza, actividad que puede ser grata á los perezosos; habia escopetas en la casa, y pronto le facilitaron una. Marina, que sentada en un banqueteo de roble se habia puesto á leer en un pequeño libro á la sombra de la casa, se sonrió viendo á Julian hacer sus preparativos; ella tambien tenia sus arreos de caza, una pequeña carabina *Lafoissé*; irian juntos, sirviéndoles

para el ojeo un muchachuelo de nueve años, hijo del guarda; llevarían los perros de éste; Anita les recomendó que no se alejaran mucho de la casa; el almuerzo estaría prontamente dispuesto. Era aquella una magnífica posesion de espeso monte, cuya corta, hecha por partes sucesivamente todos los años, producía una renta considerable; el terreno, quebrado, presentaba planicies bajas, á donde afluyendo el agua de los manantiales altos, brindaba prados lozanos para el pasto del ganado; como vértebra de la dehesa, se hallaba de uno á otro extremo, cual si la partiese en dos mitades, una larga hilera de altísimos árboles; era aquello un bosque espesísimo y enmarañado de zarzales espinosos en que brillaban los rojos escaramujos; grandes rocas amontonadas dificultaban la marcha por un senderito tortuoso, que de continuo exigía el trabajo de hacha y podadera para desembarazarle; á uno de los lados del bosque, el encinar aparecía muy cubierto; el silvicultor hubiera aprobado el celo del montanero encargado de las cortas; aquellas viejas encinas mostraban en la forma de sus copas la atinada direccion del hacha del leñador.

—He de hacerte una estatuita en barro cocido; estás bien de Diana con carabina *Lafoissé*.—Decía con su tonillo de dejo irónico Julian, miran-

do y remirando á uno y otro lado del monte... Allá en un extremo, en medio un apretado campo de altos trigos verdosos, ya apuntando el dorado del sazónamiento, se hallaban escardando algunos chicos y mozuelas; por la parte opuesta se veían en una gran cerca de piedras como hasta unas ciento quince vacas y novillos pastando tranquilamente; el tintineo de los cencerros y esquilas llegaba hasta los oídos de Julian. Aquella finca, según éste pensó al recorrerla, podría valer muy bien más de treinta mil duros, no se hubo de fijar en ella hasta entonces; las tardes anteriores no habían hecho sino llegar hasta la casa, beber unos cuantos vasos de leche y volverse á la ciudad.

Don Lucas, según decía Marina, reservaba para ella la dehesa; mil veces había aquél dicho á su hermana, que cuando le dió á él el capricho de comprar el Cobrejal hubo de hacerlo pensando en que si llegaba á morir, no se deshiciese Marina de la herencia que podía dejarle su hermano.

Realmente lo que aquello valía, si Marina lo hubiera llegado á poseer en tierras de labor, pronto lo habría de convertir á ojo en dinero... pero de un sitio tan hermoso la sería imposible desprenderse nunca.

Entonces se le ocurrió á Julian pensar por primera vez que aquella mujer era una ricachona. Su sueño de siempre habia sido dar con una señorona vieja y millonaria, próspera vaca de un pobre diablo como él; pero Marina era hermosa y jóven. Tal vez estaba siendo un insensato al no seguir con seriedad aquellos nuevos amores. Despues de todo, á saber á dónde le conducirian; él por nada habria de intentar detener, acelerar ó modificar la marcha á que le impulsaran las circunstancias...

—¡Quita, Canela!—gritó el muchachuelo que les acompañaba, y se puso á arrojar cantazos á uno de los dos perros que habian sacado de la casa, un pachon y una perrilla ladradora que iba latiendo gozosa y correteando en torno de los cazadores.—Condernada perra, habias de *estroparlo too*; señor-ama, no se *pue* con este animal; en *diciendo* que se *dice* á caza con señores, *paece* que la *á picao* la tarántula... no van á poder usías hacer *nada*. Si fuera que de una corria *ma allegase* al zarzuelo del Marqués; tío Pedro el guarda tiene un pachon más fino que el mesmo viento, y *ábate* si vamos á conejos... se arrebuña, se hace con el cuerpo una pelota, y se cuela por las angosturas de las piedras hasta que engancha la pieza con los dientes.

¿Voy por él, señor-ama? es visto y no visto, que cuando llevo los zapatones no me gobiernan para correr; pero traigo albarcas que no *me vido* madre. ¿Voy, Señá Condesa?

—Vé y vuelve pronto, hombre,—replicó Marina,—á la cual molestaban los chillidos de la perra.

Marina y Julian se dirigieron á la fuente de la Roca, hácia la entrada del bosque; el muchacho emprendió la carrera, y tras él, y á todo correr, siguieron los perros ladrando.

Saltaron una gran cerca de piedras; Julian subió antes y bajó al otro lado, ella le dió las armas, que él puso suavemente sobre la yerba; despues tornó á subir encima de la cerca y tendió la mano á Marina para que subiese á su vez, y ambos, cogidos de las manos, se pusieron de un salto en tierra; esto les hizo reir como dos chiquillos traviesos.

En aquella cercona habia codornices, Julian las habia oido cantar. Se separaron á corta distancia uno de otro, y siguieron al mismo paso y en la misma línea por entre los espesos tallos del garbanzal; aquí salieron en crugiente batir de alas y tendido vuelo un par de codornices, disparó Julian; luego apareció más allá otro par, disparó Marina, y ambos fueron disparos sin resultado.

Los cazadores se hallaron al poco tiempo caminando cautelosamente, esperando ver surgir de un punto las azoradas avecillas, absortos, y siempre confiando de nuevo despues de cada desengaño recibido; el sol calentaba á aquella hora, pero se sentian contentos en aquel ardoroso ambiente; aspirando con delicia los soplos de la brisa movida como por aventeo de un abanico invisible, les llegaba fresca y aromatizada del romero y el tomillo.

Al fin se hallaron al término de la cercona, junto al bosque, en la fuente de la Roca; aún no habia llegado allí el chicuelo del guarda con los perros. Marina se apoyó en los brazos de Julian; estaba sofocada, y sentia los piés doloridos; pero reia llena de contento, ébria de aire puro, con la sensibilidad refinada por la libertad del campo, recogiendo con sus ojos, llenos de júbilo, todo el vario y vigorosamente entonado color del paisaje; gozosa de aspirar los olores de la montaña; feliz por la excitacion del apresurado ejercicio que acababa de hacer por la cercona tras las codornices, y sobre todo, delirante de pasion. Amaba, amaba mucho á Julian; esto se habia producido, segun ella, del modo inexplicable y fatal con que se origina en todos los casos el amor. ¡Ah! pero ella, ni se avergonzaba ni se arrepentia. Sólo que

en Julian el amor tenia un interés más sensual... y esto la apenaba profundamente, y al confesarlo apareció en su rostro aquel gesto de severa tristeza que le era habitual. ¡Qué niñería! ¡Cuántas clases de cariño existen! Uno, el cariño, ó se tiene ó no se tiene. Julian no entendia de esas metafísicas de los amantes llorones!... Pues no, sino que habia de perder su tiempo en los tiquis-miquis de un cadete y una polluela de quince años.

—Yo amo la mujer hermosa, cuando es mia... —decia Julian.—No te ha hecho Dios tan necia que no lo entiendas. Así, puede que te ame más de lo que te figuras. Pero entremos en cuentas y quede dicho de una vez por siempre y en pocas palabras: esto para nosotros es una feliz ocasion de disfrutar como buenos amigos de nuestro poquito de amor; despues, yo me largo á Italia... tú te casarás con el duque de Albares... ¿Y qué hemos de hacerle? ¿A qué otro punto puede conducirnos nuestro cariño? ¡Creo que no ha de llevarnos al matrimonio!

—¿Al matrimonio? ¿Y por qué no?—replicó sorprendida Marina, á la cual tal vez no se le habia ocurrido la idea aquella de llegar á casarse con Julian.

—¡Porque seria una locural

¿A dónde estarían? La guardesa, subida en unas altas piedras, voceaba con ese tonillo peculiar á los campesinos cuando hablan á grandes distancias:

—¡Nicolas! ¡Chicooo!

El guarda y Anita habian salido tambien en su busca. Debieran estar Julian y Marina, segun Anita, á la parte media del bosque. Anita habia oido los disparos hechos en la cercona. La muchacha se propuso ir allí á encontrarlos, y saltó el muro, siguiendo despues por ella; allí estan, pensó al llegar al portillo de la cerca junto al bosque, les habia oido hablar; se esconderia bajándose tras de las piedras y apareceria bruscamente dando un grito para sorprenderles... ¡Ah! estaban allí quietos bajo una ancha encina y medio ocultos tras unos chaparritos... ¡Lindo escondite! Apenas si se les veia; Anita pudo atisbarles por una abertura hecha al desjuntar dos piedras de la cerca. De pronto Anita sintió que toda la sangre se le subió á la faz; quedóse pasmada ante lo que vió, y verdaderamente que no era una fantasmagoría de su imaginacion; estaba ante sus ojos. Julian y la Condesa se besaban... Él tenia cogida la cintura de ella con un brazo, ella uno de los suyos apoyado en el hombro derecho, y se estrechaban las otras dos manos libres; Julian, miran-

do antes con miedo en torno suyo, besó despues con pasion los lábios de la Condesa...

Anita se apartó de allí indignada... despues dió algunos pasos, pegándose casi á la pared de la cerca, con la cabeza caida sobre el pecho y mordiéndose el labio inferior como absorta y pensando en lo que acababa de ver... ¡Ella una vírgen!

La comida fué en una alameda; Anita pareció no haber olvidado aquella escena que hubo de presenciar desde su escondite; Marina, por el contrario, se mostró muy animada, lo cual le hizo formar á Anita una idea muy triste acerca de su amiga; se brindó, cantaron á media voz todos y palmoteando; Julian hizo un columpio y balanceó en él á Marina y Anita; se pasó admirablemente el dia. Al anochecer, los caballos de don Lúcas y D. Julian estuvieron preparados; aquél se montó y se fué á buscar el sendero; Marina, la guardesa y el criado marcharon al lugar en que ya esperaba el carruaje á la señora Condesa; Anita y Julian iban detrás llevando éste por la brida á su caballo.

—Vamos á ver, mujer, ¿qué diablos te tientan, que has estado algunas veces mal humorada conmigo, y qué es lo que tienes que hablarme ahora?—decia Julian á su hermana.

—Que eres un insensato, que todo lo echas á perder; has de hacerme desgraciada; no comprendes que si te casas con esa mujer muy querida del tío, harás un triste papel...

¡Diablo! era cierto; Anita veía claramente la situación, pensó Julian sumido en profundas reflexiones.

VII.

—Cinta, dígale que está aquí Cinta.

El ángel de la Pascua miraba con asombro indescriptible á aquella mujercita vivaracha de una movilidad excesiva y coquetona, de gesto audaz, voz ligera y mundanal desparpajo. Aquella madrileña, que se presentaba en el palacio de su ilustrísima vestida con un traje de color claro, con un sombrerito de adornos demasiado alegres, desentonaba como una mancha blanquecina en el oscuro salon.

—Su ilustrísima no recibe á estas horas á persona alguna,—replicó el paje;—tenemos esas órdenes.

—¡Oh, bien lo sé! se lo he dicho á mi esposo, pero él ha insistido en que me presentase, y estoy segura de que no se equivocó; don Juan hará conmigo una excepcion, me ha conocido muy chiquita,—contestó Jacinta sonriéndose y mar-

cando con el antúcas, por un ademán muy vivo, la estatura que ella podría tener cuando el señor Obispo la viera por vez primera. Insistió el paje, asegurando de un modo bastante seco y decisivo, que era inútil cuanto aquella señora hiciese por ver entonces á su ilustrísima, porque además de lo que el señor Obispo tenía dispuesto, éste se hallaba por entonces bastante delicado de salud.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Jacinta suspirando,—su ilustrísima es un mártir; bien lo sé, bien lo sabemos todos los de su familia.

Hubo de acrecer mayormente el asombro del paje al oír esto último; ¿sería aquella otra prima ó sobrina de su ilustrísima?

—Vaya, no vacile usted y hágame el favor de pasar á su ilustrísima este billete de visita,—replicó Jacinta entregando al paje una tarjeta que acababa de sacar de un lindo tarjetero de marfil tan perfumado, que el tufillo hubo de producir un ligero mareo al paje de la Páscoa.

No habia medio de oponerse; aquella señora era voluntariosa á todo extremo; se impusieron á aquel voluble estilo de gestos y palabras, su atrevida traviesa de muchacho, el desenfado de mujer caprichosa y linda; aquella figurita, en fin, rizada, aérea, de expresión picante, despreocupada y bullanguera, que hacia en el salón el mismo efecto que solia

hacer alguna mariposa de las que á veces se colaban en aquel estrado por el entreabierto balcon del jardin, y revoloteando sobre los pesados muebles, los oscuros tapices, los prismáticos cristales de la araña, los dorados de los grandes marcos de cuadros y de espejos, únicos puntos que reflejaban la luz en aquel severo y sombrío lugar, giraba en torno apresurada como nota perdida del color y de la vitalidad en la tétrica y galoneada prision de un sarcófago, hasta que orientándose, merced al rayo de sol ó al soplo de la brisa, huia el insecto por la rendija del balcon al hermoso jardin.

Cinta fué, vino, pasando y repasando sus piecillos de zapatito escotado y empinado tacon por la muelle alfombra como á saltitos de pájaro; todo lo miró y remiró; hasta hubo de componer su tocado mujeril contemplando su imágen en el gran espejo, en cuya luna no se reflejaban nunca sino las rectilíneas negras imágenes de los curas, y donde resaltaban entonces aquellos contornos fugitivos, aquellas volanderas cintas y encajes, rizos y plumas, como si se hubiera visto aparecer la fulgurante y carnal tentacion en la mente de una asceta.

—Pues sí,—se decia ella,—hará efecto.—Al fin y á la postre no lo habia ella pensado mal. Le

parecia horrible que su marido no tuviese ya medios de hacer una carrera.

Recordando Jacinta aquellos dias que hubo de pasar el padre Haryan encerrado en su cuartito, de muchacha, tenia ella por ocurrida no sabemos qué maquinada seducción ó tentativa de violencia, de las cuales se habia visto libre Jacinta milagrosamente.

Además, todo el mundo lo decia; no llevaban ocho dias en la ciudad ella y su marido, cuando hubieron de hallar quien, sin ellos preguntarlo, les diera las más minuciosas noticias respecto á la vida y milagros de su ilustrísima el señor Obispo.

Sólo que ya tuvo sobrado motivo para reirse de la imbecilidad de los provincianos Jacinta, que estaba mejor informada de todo, y que poseia un medio seguro para conseguir del señor Obispo cuanto le fuese necesario. Así fué, que nada dijo, y hasta hubo de escuchar con marcada indiferencia cuanto la contaron.

Éste era *vano*, segun decia el clero *sotto voce*, porque dominando á la condesa viuda de Fuentibreña, á la cual, segun decian, habia hecho caer en el ridículo de guardar el incógnito en la ciudad, la impulsaba á casarse con el sobrino; y era avaro, porque para su sobrino disponia, á

pretexto de encargarle trabajos de escultura, la suma más importante del presupuesto en las obras de restauracion de la catedral.

Cuando Jacinta supo quiénes eran estos sobrinos, y tuvo además conocimiento de todo cuanto de los amores de Julian y la Condesa se decia, le pareció que para el giron que hubiera podido hacer el señor Obispo en la honra de la Condesa, no era mal remiendo un sobrino soltero y pobre.

Al abrirse la puerta del cuarto de su ilustrísima, y aparecer el paje, Jacinta apretaba con su mano la cartera que, escondida en el seno, guardaba las cartas que hubo de coger el dia en que los polizontes se presentaron en su casa á prender al padre Haryan. Su marido se lo habia dicho, Jacinta habia dado en una oportuna idea; las cartas de una casada á su amante, como las de un sacerdote á la suya, se cotizan muy alto. Con lo que no atinaba Jacinta, era con la forma y modo de presentar la cuestion.

—Señora, su ilustrísima no puede recibir en este momento, pero podrá hablar la señora con el señor Secretario,—dijo el paje á media voz, y añadió, cuasi imperceptiblemente:—tenemos al señor bastante ocupado; ya ve, nosotros no le hemos visto hace más de tres dias. Las obras de la catedral que el señor dirige, y el despacho ordi-

nario, no dejan un momento de reposo á su ilustrísima.

No causó esto disgusto alguno en el ánimo de Jacinta, que antes bien hubo de ver como más acertado medio, el hecho de anunciar su presencia en Albura al señor Obispo por la intervencion de segunda persona; y así fué, que con el Secretario entabló gustosa una plática, de la cual ambos sacaron provecho; que esto fué para Jacinta la manera más indirecta de amagar á su ilustrísima, y para el Secretario la grande oportunidad de proseguir aquellos sus manejos curescos de araña solitaria y arrinconada.

—Siéntese la señora,—habia dicho á Jacinta, —y créame que de veras me contrista tener que decirla que no se halla visible su ilustrísima; repito que me aflige declararlo, y más á la señora, que es, segun me han dicho, parienta de nuestro santo prelado; pero el señor se halla enfermo, y ocultamos aun en la casa su enfermedad, por librarle del asedio de las gentes de Albura, que le aman, pero que ciertamente no habrian de dejarle con el continuo visiteo, ni un solo momento de sosiego.

El mismo Secretario confesaba que en cierto modo no iban descaminados cuantos habian llegado á sospechar la existencia de un notable

cambio en las facultades intelectuales de su ilustrísima.

—Rebosa de ciencia,—exclamó elevando los ojos al techo y mostrándoles sobre el plano de sus antiparras, y frunciendo el mohín admirativo, la delgada nariz y los afilados labios de aquel perfil de roedor que caracterizaba pronunciadamente su rostro enjuto y terroso.

—Ha estudiado mucho, mucho,—repetía.

Jacinta á su vez habia dado á su cara cierta compuncion de mujer dolorida, y á su voz una acentuacion de lamentoso apenamiento. Ella confesó al señor Secretario que se presentaba en demanda del favor que su ilustrísima podria prestar á su marido, si bien esto no era el motivo principal del viaje, sino que (y al decirlo bajó muy discretamente la voz) les era necesario poner en manos de su ilustrísima, documentos de suma importancia, cartas de cuyo contenido nada sabian, pero que les constaba que habian de interesar vivamente al señor Obispo.

Cuando el Secretario, fijos los ojos en los de aquella mujer, hacia por descorrer completamente sus intenciones y apuntar certero el valor de sus palabras, escuchaba á Jacinta como reconociendo la gravedad de cuanto le decia.

—Ciertamente; si su ilustrísima está en dispo-

sición de escucharle, no bien le diga usted que se trata de los documentos que perdió casa de mis padres, hará cuanto posible le sea por vernos; yo se lo aseguro.

Cuando aquella mujer salió, y el Secretario, que hubo de acompañarla hasta el rellano de la escalera, se despidió quitándose el gorro de terciopelo negro é inclinándose cortestamente, miró despues la tarjeta que Jacinta le habia dejado, y sonriéndose de un modo imperceptible, puso en retozo su astucia y sus maliciosas previsiones.

Se dirigió á su celda, y allí, mordiendo las yemas de sus descarnados dedos, fué con el pensamiento dándose el placer de triturar royente el prestigio y la dignidad de su ilustrísima. Ya en su pequeña cabeza se fraguaba la carta de informacion que habria de dirigir al secretario del Padre general.

¡Loco, desbordado, ridículo, con su soberbia satánica; sus grotescas chochees; sus pretensiones de sábio; su elocuencia de club; sus necedades de santo, caeria del trono apostólico aquel padre Haryan, que habia ceñido la mitra tan sólo por haber servido como un asalariado á los Borbones!

Era aquello, para el señor secretario del Obispo, un refocilamiento de deseo gozoso ante la po-

sible saciedad; tuvo por un instante la mirada perspícua y poderosa, y el convulsivo movimiento de manos, semejantes á garras del alcotan, que divisa allá en la altura y en el fondo del valle la presa codiciada.

Lo que ya se decia de Julian y de la Condesa; lo que en esto contra el Obispo iba acogiendo la necia multitud de Albura; lo que se descubria ó parecia descubrirse en el monopolio directivo de las obras de restauracion, los beneficios absorbidos, las antipatías provocadas por una tirante represion sobre el clero catedral y aquella desconocida *mujerucha* que se presentaba demandando la compra de algunas cartas; todo esto se prestaba á una enumeracion deleitosa para el Secretario, que, al propio tiempo é inconscientemente, cortaba con las grandes tijeras de su escritorio una cuartilla de papel en menudos pedazos, hasta que de pronto dió un golpe sobre la mesa, dejando las tijeras, se irguió, y poniendo las manos cruzadas á la espalda, comenzó á pasearse por la celda, divirtiéndose su pensamiento con el más selecto bocado: ¡la invencion del padre Arvellano! ¡El sacrilegio, el horrible sacrilegio!

Tenia imaginacion aquel diabólico padre Arvellano; era sutilísimo su espíritu de observacion, hacer del ramo colosal de macabrás y glo-

rias, racimales y hojas de todo el lujoso relieve del gran crucero, un soporte para la extravagante galantería de un enamorado idealista; dar el rostro de la mujer amada á la pública adoracion, hacer de la cara de Marina la imágen de la Virgen pura, á la cual entonasen cánticos, quemasen perfumes, tributaran flores los súbditos de la diócesis, resultaba el quimérico fantaseo de un loco henchido de soberbia.

Realmente en todo aquello nada habia que fuese decisivo y grave, pero eran rumores y conjeturas, siembra y gérmen productivo para destruir la ya quebrantada naturaleza intelectual del otro. Aquel otro era su ilustrísima.

En esto, y distrayendo la atencion del clérigo, se movió la entreabierta ventana de la celda; se repitió aquel movimiento produciendo ásperos crujidos quejumbantes de los goznes y golpes en una y otra hoja de la ventana. Al mirar el padre Secretario á ella, vió los árboles del jardin bambolearse por bruscos balanceos; estremecerse en hervor las hojas, doblándose algunas ramas rudamente. Enturbió la luz una nube de polvo que el viento hubo de alzar rastreándola luego por la tierra, para de nuevo levantarla; en los campos se abatian los altos tallos de los cereales, los troncos y ramillas de los arbustos, y llegaron á los oi-

dos del Secretario el sibiloso arrastre y la ruidosa violencia de aquella ventolera.

Era realmente extraño el estado en que se hallaba su ilustrísima, pensaba el Secretario. Los continuos cambios de carácter, por los que unas veces aparecía medroso, y cual si debiera esconderse de algún enemigo; otras, altanero y como desafiándolo todo, al parecer, daban motivos continuamente á las críticas de la servidumbre y aun de las gentes de la ciudad.

El Secretario creía descubrir en la mudanza de carácter operada en su ilustrísima, algo muy parecido á la crisis que hubo de sufrir poco antes de su muerte el padre Ciriaco.

Así se hallaba, «por más que en ocultarlo fuera muy hábil,» de aprensivo y temeroso el ánimo del señor Obispo; noches antes había podido comprenderlo bien el Secretario, cuando su ilustrísima dió la extraña orden de que todo aquel que entrare embozado por el portal del palacio, fuese advertido del portero, para desembozarse antes de entrar. Este mandato, así como la precaucion infundada de obligar á Pedro el cochero, criado de confianza, á dormir en el cuarto inmediato al suyo, eran pruebas evidentes acerca de que en el padre Haryan se daban los mismos síntomas que en el padre Ciriaco.

Con todo esto habia de producirse, sostenerse y crecer la difamacion, como zumbaba, persistia y lo trastornaba todo en aquellos momentos el tempestuoso vendaval. Los desocupados, ligeros de cascos, acogerian por divertimento de sus frívolos ánimos aquellas referencias de la vida del Obispo; los malignos, que, impelidos á la vez por la fuerza de la falsía y de la calumnia, se hallan siempre dispuestos á propagar el mal; por lo cual las gentes de la botica, la de los Casinos, los ricachos bigardos, las mujeres bachilleras, el clero irritado contra su jefe, el pueblo todo, desde el barrio de las Vacas, donde habitaba la pobretería, hasta lo hondo del pétreo escondrijo feudal en que se ocultaban egoistas y recelosos los principales señores de la ciudad, correrian la calumnia ó el recelo, causa del descredito, como el viento en aquel instante volteaba las veletas, silbaba por las rendijas, zarandearba las puertas y ventanas, barria el suelo, ennegrecia el espacio y aglomeraba en todo las energías de la tempestad. ¿Qué efecto no podria hacer la multitud lanzando sus millones de ojos, hiriendo con sus envenenadas lenguas á aquel medroso Obispo que, lleno de vanidad, habia dado siempre exagerada importancia á cuanto de él se pudiera decir ó pensar?

—Está muerto, muerto, no cabe duda;—se dijo el Secretario, entregándose al gozo que un alma vulgar siente en la miserable destruccion de los prestigios y de las honradas reputaciones públicas.

—¡Oh! y aun hubo de ocurrírsele una excelente idea, por la cual se preció á sí mismo, como hombre de habilidoso ingénio; habia dado con el medio de adquirir prestamente un perfecto conocimiento acerca de lo que ocultaba aquella mujer desconocida que acababa de presentarse en el palacio.

VII.

Tenia la frente empapada de sudor, un sudor frío; sentía un malestar grande en las articulaciones; débiles los ojos, no podían resistir ni aun la suave traslucencia del trasparente de la gran ventana, que se hallaba tendido y ofreciendo la imagen de Cristo con una hostia y un cáliz en las manos, y bañado en un color que la luz reforzaba, perdiendo parte de su potencia deslumbradora.

El Obispo no hubiera podido explicar su malestar: la catedral estaba fresca; las gentes que á ella concurren respetuosas, manifestaron hallarse pendientes de las palabras de su pastor; nada le había perturbado en aquella mañana, y sin embargo, tuvo que erguir la cabeza y acentuar exageradamente su altanera expresión, porque no se descubriese el profundo miedo que le inquietaba: subió cuasi tembloroso la escalera

del púlpito, apoyando su blanca mano sobre el oscuro y tallado balaustre, y fijando los ojos angustiados en la paloma del Espíritu-Santo que se hallaba escultada en el centro de la sagrada cátedra, pareció más bien un reo que suspiraba en la escalera del suplicio por el indulto, que un ministro de Dios que iba á recibir el fecundo don de la verdadera gracia, la luminosa palabra de la predicacion.

¿Qué habia pasado? ¿No llevaba en su pensamiento antes de subir al púlpito dulces expresiones paternales, tranquilas y consoladoras ideas de perdon? ¿Por qué, pues, no bien se vió en lo alto del púlpito, y bajo él miró al pueblo que absorto le contemplaba con esa ingenuidad y esa admiracion que todo auditorio rinde á un orador celebrado, por qué no vió ante sí hermanos fieles, un rebaño de almas á quien brindar con la saludable y bendita sal de la doctrina? Vió súbditos, vió enconos ocultos bajo los velos arrebuñados en los pechos de una muchedumbre de hipócritas; á Albura, en fin: vió el vecindario, el pequeño vecindario de la capital; vió la calumnia que surgia de aquella masa como verdadera blasfemia contra Dios al herir el alma de su apóstol ¡y habló con voz entera, con aspereza colérica, con brusco atronamiento, vertiendo expresiones ácras,

toda una pasion de ódio, gota á gota derramada y mordientel.

Tembló su voz y vibraron convulsas las palabras; ora rígido, parecia asegurar la fuerza de su poder; ya irónico, dirigia flagelaciones desgarrantes á la vulgar maledicencia, y en todo, dejaba bien revelado el noble y altanero carácter de un príncipe que puede ser á la vez el oráculo, la inteligencia y la voluntad de su pueblo; es decir, la ley viva.

Pero luego, ¿qué habia ocurrido? no podia seguramente el Obispo explicárselo. Su discurso se habia descompuesto, se habia perturbado, lo racional hubo de desvanecerse en el difuso abigarramiento del delirio.

El auditorio se desmembró como el discurso; perdieron todos los oyentes la seguida atencion; hubo cabezas que se movieron inquietas; personas que se levantaron; un estremecimiento, un desarreglo grande en la compacta cohesion que habia unido el devoto pueblo.

Poco despues, el Obispo se hallaba en la sacristía, donde varios clérigos rodeaban el sillón en que estaba sentado. Un hombre alto, moreno, de larga melena y poblada barba rubias, vestido de negro, tenía cogido el pulso; aquel hombre le miraba con ojos penetrantes á través de unas ga-

fas de armilla de oro; el Obispo percibía una fuerte impresion de olor á éter. Le dijeron que todo hubo de ser un vahido que le atacó tal vez por el excesivo calor cuando se hallaba en el púlpito; felizmente el beneficiado, que junto á él y oculto en la escalerilla, hubo de notar la palidez y repentina angustia del orador, habia logrado, con la ayuda de otros clérigos, sacarle de allí y hacerle entrar en la sacristía.

Realmente, segun le dijeron, el pueblo no se habia apercebido; todo pasó no más que por un ligero desmayo, y prosiguió la ceremonia religiosa sin que se deshiciese el concurso.

Se habia encontrado casualmente en el templo á un célebre médico de Madrid, que era el individuo que hubo de hallar su ilustrísima junto á sí al volver á la conciencia de la vida.

Por fin pudo verse solo en su cuarto, si bien agitado todavía por el remordimiento de haber convertido la predicacion en válvula de escape para sus enconos.

—Sí; esto es faltar á mi deber; es hacer traicion á la Iglesia; es justificar, en cierto modo, cuanto de mí dicen mis enemigos,—exclamaba; —¿y todo, para qué? ¿Para qué? —volvía á preguntarse con diversa acentuacion;—para hacerles ver que todos son gentuza, impíos cobardes;

sí, esto es, cobardes. Mil veces preferible era tratar con incrédulos, francamente incrédulos, como aquel don Gaspar, el ingeniero de minas de quien se acordaba en aquella ocasión, que no verse rodeado de todo un pueblo hipócrita, que, bajo la capa de religiosidad, ocultaba la más aviesa intención. Se arrodillaban públicamente ante su Obispo, y le herían después despiadadamente sin temor de ver ultrajada la dignidad sacerdotal.

Entonces, sólo entonces comprendió lo que hubo de sufrir durante los últimos años de su vida su protector el cardenal Ciriaco. Tal vez aquel Crucifijo que el cardenal, en su locura, creía envenenado, lo estuviera realmente por siniestros y misteriosos enemigos.

El Obispo, que no había conocido ese mútuo é íntimo consorcio en la familia entre padres, hijos y hermanos, que sirve de poderoso medio de defensa y de amparo en las luchas del mundo. Para Haryan no había sino caractéres astutos y oscuros; naturalezas tan serviles en la infimidad como dominantes en el encumbramiento; almas de clérigo, en fin, llenas de placidez en la apariéncia, aunque puedan estar preñadas de encono y corroidas de la envidia.

Desde que hubo de acometerle aquel vahido que le atacó en la catedral, cambió por completo

la vida del Obispo; no se exhibió en público con la frecuencia de otro tiempo; hacia una vida extraña, cuasi conventual. El médico de Madrid que hubo de prestarle los auxilios primeros el día del primer ataque; el doctor Acevedo, de acuerdo con don Lucas Andrés, le había ordenado que suspendiera las predicaciones. No halló en esta época, hasta la entrada del invierno, ninguna otra distracción, fuera de los ejercicios devotos; solamente Anita, su sobrina, en la cual se había despertado un profundo cariño hacia su tío, era quien se ocupaba minuciosamente de atenderle y cuidarle.

La Condesa, temiendo que el Obispo adivinara en su faz la complacencia de la saciedad en los placeres, ó tal vez sintiendo por ellos vergüenza, bajo pretexto de no dar motivo á las habladurías de la ciudad, se alejó por completo del palacio.

En cuanto á Julian, habrá que decir que había vuelto á su indiferencia; el mozo estaba satischo; nada le inquietaba.

—He hallado una ganga,—decía;—duermo cuanto me da gozo dormir; como, *como* un Obispo; fumo, *á tutto piacere*; me sobra la guita; tengo por caballete para mi trabajo una hermosa catedral, gótico-germánica, y tengo para mis amores

una barbiana condesa. Bienaventurados, pues, los que tenemos un tío obispo.

El estudio de Julian fué trasladado á principios del invierno á una galería de cristales contigua á la biblioteca del palacio; en el centro de esta galería, y sobre un pié rotatorio, velado por una funda de percalina negra, se hallaba un boceto de tamaño natural, y por todas partes, otros esbozos de bajo-relieves, diseños al carbon, modelos arquitectónicos, y el desordenado y profuso amontonamiento de cosas varias que se ofrecen en el estudio de un artista.

Algunas noches, cuando todo se hallaba en silencio; cuando la servidumbre del palacio dormía, el Obispo, dejando la lectura de alguna farragosa obra teológica ó de alguna revista política en la cual colaboraba, antes de ir á postrarse en el reclinatorio de su cuarto se encaminaba medrosamente hácia la galería, desataba con mano trémula la funda de la estatua, y descubriéndola, quedábase contemplándola estático á la vacilante luz de una bujía, ó á la indecisa claridad de la luna.

Era la estatua un monton cuasi informe, en lo que podia representar el cuerpo; mas detenidamente trabajado el busto y del todo concluida la cabeza, aquella cabeza era pequeña, noble, her-

mosa, el símbolo de la idealidad de juventud de aquel infortunado príncipe que por la grandeza sacerdotal habia hecho sacrificio cruento de un amor ardoroso y grande; era la imágen de la Condesa.

Tornaba su ilustrísima á cubrir el barro, y huia de allí á postrarse ante otra estatua, la del mártir crucificado, y á repetir lloroso:

«Feci juditium et justitiam: non tradas me calumniantibus me.»

Si él guardaba y cumplia la justicia, justo era que Dios le libertase de los calumniadores.

Pero durante el dia le inquietaba más cada vez el extraño miedo que se habia apoderado de su corazon; era un miedo singular, y á veces inexplicable, que intentaba ocultar en ocasiones con exageradas muestras de confianza, y que mostraba casi siempre, á pesar de su soberbia.

Ora temia que la persona que solicitaba de él una audiencia, fuese armada y prevenida para herirle; ora desconfiaba de su servidumbre; ya que un complot fraguado contra su vida estallase en algarada popular, ó bien que el gobierno de Madrid ó la Santa Sede le declarasen indigno de ocupar la silla apostólica.

Imaginábase víctima perseguida por el mundo, envidiada de todos, y sin embargo, ni aque-

llos masones, de los cuales tanto temia, existian en Albura, ni los jesuitas aguardaban sino el término de aquel proceso morboso, que tal vez diera al traste con la razon y con la vida del padre Haryan.

No tuvo por otro tiempo otro consuelo que el adelanto de las obras de la catedral y un inesperado suceso, en el cual creyó descubrir al fin un desengaño. Anita, aquella muchacha enferma que en Albura habia recobrado su salud, se presentó á demandar licencia y proteccion para casarse con un jóven de la ciudad. ¡La hipocritilla chicuelal! A este interés, que el Obispo llamó inquietud de la sensualidad, se debian atribuir en solícito cariño, la solicitud filial que habia venido demostrando á su tio.

Este aprobó friamente la boda, y ordenó que se le diese una cantidad á modo de dote, é hizo intencion de no volver á acordarse de tales miserias. Él se hallaba al fin abandonado por todos.

Julian, su sobrino, habia marcado de un modo casi respetuoso la despreocupacion y la franca rudeza de su carácter.

Llegó á saber que un mozalvete de la ciudad, ébrio á los postres de una cena, habia dicho que la Condesa, viuda de Fuentibreña, era la querida del Obispo, y que para encubrir ta

vez graves consecuencias y responder á las atinadas sospechas de la gente, el buen pastor dispondria un provechoso casamiento para su amada hija espiritual.

Tentaciones le dieron á Julian de andar á moquetes con el deslenguado pisaverde, pero rehu-yó el escándalo.

—Tengo mi plan, —exclamó entre gozoso y có-lérico.— ¡Aquí me ahogaba, cuando pienso que estaba á punto de vendermel... Cobro la imágen, empaqueto el boceto, hago así con la mano, res-pondiendo á la bendicion de mi señor tío, y me largo. Pero antes, yo, artista del barro, descom-pondré á bofetones la cara de ese señorito de Albura. ¡Por otra parte, —decia, —el busto de la Condesa me hará conquistar un primer premio en la próxima Exposicion!

Dias antes del carnaval, su ilustrísima, fijos los codos en la mesa, crispadas las manos, y en ella la pesada cabeza, tenia ante sus ojos tres vi-llanos estímulos de su exaltacion; uno de tantos anónimos como desde tiempos atrás venia recibien-do, y en los cuales se le amenazaba de muerte; el recorte de un periódico que le habia entregado el Secretario, y una carta de Jacinta, en la cual se le amagaba con publicar las peligrosas cartas si no atendía á sus reclamaciones.

El Obispo estaba intensamente pálido, poseído de terror; nunca como entonces hubo de aparecersele más espantosa la trivial maledicencia que él tenía por formidable é invencible oposicion.

¡Ah! esto venia á ser el premio de una lucha por la virtud austera, y del trabajo por el bien espiritual de las almas.

Verificóse poco despues un hecho que no olvidaron jamás ninguno de los que lo presenciaron. El Obispo llamó al señor Secretario, á don Lúcas Andrés y á Julian; cuando éstos entraron, el señor Obispo se hallaba de pié; por un último esfuerzo de su voluntad debilitada, aparecia sereno y altanero.

Cambiáronse entre todos esas miradas de temor y de piedad con que se suelen comunicar sus impresiones aquellos que se hallan ante un hombre de cerebro enfermo.

Albura habia ultrajado al ungido del Señor; constantemente recibia pruebas el Obispo del ódio que se le profesaba; todos, absolutamente todos, eran sus enemigos; pues bien, en todos haria sentir el peso de la justicia.

Era indispensable que fuese denunciado el periódico que se habia permitido suponer una intencion sacrílega en el Obispo, al permitir que una dama hermosa sirviese de modelo para la

imágen de la Vírgen soberana. Era urgente descubrir los autores de los anónimos, y asimismo tomar otras medidas severísimas.

No se atrevió á dar cuenta de la carta de Jacinta; éste era realmente un asunto reservado.

—Hemos de hacer venerar nuestra autoridad á todos; bien sabemos que vivimos entre zarzas; pero Dios no concede los martirios sino á aquellos que han fuerza de alma superior para resistir.

A Julian le pareció pueril todo aquel miedo; don Lúcas Andrés se halló vivamente impresionado, y el Secretario, cuando con éstos salía de la habitacion, iba recordando las palabras que el doctor Acevedo le habia dicho confidencialmente respecto al estado de salud de su ilustrísima.

—«Es un mal de herencia, exacerbado por el celibato y el excesivo estudio; las cosas más nimias habrán de aparecer como causas del desastre.» Habia dicho al Secretario el doctor Acevedo hablando de la enfermedad de su ilustrísima.

Segun dijo el señor Secretario á Julian y á don Lúcas Andrés, ya era imposible reservar por más tiempo el trastorno de su ilustrísima, tristemente inevitable, y aquella misma noche el padre Casado avisaria con urgencia al doctor Acevedo.

VIII.

Se le tenía encerrado. Las últimas cartas recibidas de Roma eran tan ambigüas, que en ellas hallaba también su ilustrísima graves motivos de dudas y recelos. Sus familiares le mantenían como reservado en un sagrario, jaula ó cárcel.

No había en torno de él, sino codicias y ambiciones. Los enemigos de la fé, la Compañía de Jesús, le acechaban.

Aquella noche nevaba, hacia un frío punzante é intenso; á pesar de la oscuridad, la blancura de la nieve esparcía un esplendor difuso dilatándose por todo el valle y en las sierras; en el espacio, un denso nublamiento gris ocultaba los astros, y en el fondo más oscuro de las nubes aparecía como un disco trasluciente sin esplendor alguno, la redonda luna, y llegaban hasta los oídos de su ilustrísima los desacordados sonos de la

música de un baile celebrado en un salon próximo al palacio; parecían las grotescas carcajadas de viejos ébrios; era la voz de la descompuesta y desgarrada alegría del carnaval.

Se alejó de allí el señor Obispo, sintiendo una repugnancia profunda hácia aquella saturnal de los hipócritas de Albura, que bien pronto acudirían con el rostro compungido y las manos cruzadas á pagar, por miedo á la muerte, un tributo de adoracion á Dios, no tan grato para ellos como el que entonces rendian á la frivolidad, preludio del gozo de la carne.

No le era posible á su ilustrísima amar estos tiempos y estas gentes, y olvidándose de algunas debilidades que jamás él propio habia querido confesarse, sentíase puro y cual si fuera de otra naturaleza más espiritual, más elevada. La impresion misma que sentir puede el culto europeo presenciando el hartazgo de carne cruda que se dan los caníbales, comiendo la hembra los despojos que desbordan por la boca del voraz salvaje.

Tal era la semejanza que él habia hallado.

Con todo esto podia hallarse satisfecho; tenia en su poder las cartas que Jacinta le habia robado en otro tiempo. ¡Miserable mujer; habia especulado con ellas!

Luego vinieron á la mente del Obispo temores

y nuevos recelos, ¿quién sabe si aquellas cartas eran las suyas, ó si eran todas las que le habian quitado? A estas medrosas ideas siguieron las que, desde hacia algun tiempo, causaba el hervor de su fiebre.

Vivia teniendo á un soñado enemigo sin personificacion, que al mismo tiempo personificaba á todo el mundo; aquel agua-fiestas de todos los instantes de su vida; aquel perseguidor pertinaz é incansable, mónstruo en el sueño, posible realidad al menor descuido que en la prudente precaucion, en el afan insufrible, tuviera el señor Obispo.

Sí; él se confesaba tal vez como un gran obstáculo, como una censura viva de aquella su época tan incrédula y materializada.

Hacia tiempo que contra todo esto venia previniendo un remedio; aquella noche misma, luego de haber cenado con gusto, contra lo que era su costumbre, habia determinado certeramente su pensamiento.

—¡Ah, Dios mio!—se dijo;—si no quieren venerarme como Obispo, han de adorarme como á santo.—Se haria trapense; se ocultaria, como el emperador Cárlos V, en el fondo de un monasterio de penitencia, dejando á la puerta todas las grandezas y las miserias de la tierra.

¡La fuga, la fuga! Le era necesario huir de allí, de aquellos enemigos ocultos.

Iban tales pensamientos ampulosos revelándose en su cerebro con expresiones altisonantes que él contemplaba cual si realmente las estuviera pronunciando. De pronto surgió, merced á esa inquietud nerviosa de los que se ven, cual él se veía, agitados por exaltacion intelectual, una audacísima idea: al dia siguiente se marcharía, cuando nadie pudiese preverlo, y tomaría el tren de Francia; pero antes, aquella misma noche, le era indispensable, urgente, imprescindible, saludar por última vez á la noble hermana de su alma.

No quedó muy bien explicado cómo le fué posible librarse de la vigilancia del familiar que dormía en el cuarto inmediato; ello es que al fin se vió en el jardín y escapó por la puerta, prosiguiendo por el estrecho callejon hasta la entrada del huerto de la Condesa.

La nieve caía á grandes copos; el señor Obispo llevaba descubierta la cabeza; en mil puntos de su faz y de sus manos sintió el continuo contacto de la nieve, en la nuca y en la parte superior del cráneo; solamente parecía tener entumecidos y rígidos los piés, pero aquellos besos helados le sensacionaban cruelmente con agudos pinchazos de hielo. Hubieron de acometerle una

destemplanza ingratísima, estremecimientos de un frío que le llegaba á los huesos, y subidas de un calor insoportable; estaba entre la fiebre y el invierno.

Pasó así más de dos horas despues de haber penetrado en el huerto y de vagar por él durante aquel tiempo. Tenia ante sí los árboles de escuetas ramas que se dibujaban quebradamente en el fondo del cielo gris y la alta torre de la catedral imponente y oscura, mostrando las siluetas de sus crestadas pirámides.

Acometióle á Haryan el miedo de nuevo, y estático, sin atreverse á dar un paso, hubo de quedar aún por largo espacio. En esto ocurrió una cosa inesperada; la puerta del huerto se abrió y penetró por ella una mujer; anduvo precipitadamente por el huerto en direccion á la casa, y desapareció por la puerta del corralillo.

—¡Oh, Dios mío!—pensaba el Obispo;—¿por qué se hallaba él allí? ¿qué habia ido á hacer á aquel sitio?—Entreveia, á pesar de las nebulosidades del delirio, lo extravagante é ilógico de su conducta. Era entonces diverso su intento, y hasta llegó á tener conciencia de él, complaciéndose en cierta brutal elucubracion erótica que le obligó á rezar acobardado.

¿Quién era aquella mujer que acababa de pasar?

El Obispo fué desliziéndose lentamente por la pared que cercaba la huerta, hasta la del corral, y llegó á la puerta de éste; vaciló un momento, y atravesándolo por fin, prosiguió por el sendero abierto en la nieve, hasta la entrada de la casa. La puerta de ésta se hallaba entornada; la empujó suavemente y penetró.

Iba á subir á tientas la escalera, y como oyese pasos, temiendo ser sorprendido por otra persona que no fuera Marina, se ocultó en el espacio que dejaba el rellano por bajo de la escalera.

Allí quedó, sintiendo más que nunca sobre sus carnes la fria humedad de la nieve: entonces su atencion fué subyugada por el ruido de un cuchicheo cuasi imperceptible, en el cual llegó á recoger algunas extrañas y significativas expresiones. En esto abrió la puerta y penetró por ella un hombre, raspó un fósforo en la pared, y encendió con él un cabo de bujía, iluminando el zaguan y la escalera.

A través de una rendija del escondite, el Obispo vió que aquel hombre era su sobrino; ¿qué iba á hacer allí? ¿por qué entraria á aquellas horas en casa de la Condesa? Esto se preguntaba el Obispo lleno de inquietud.

—Aquí estoy,—gritó Julian con fuerte voz, por la cual acudieron seguidamente las dos per-

sonas que habian estado hablando en secreto; ¡y cuál no seria el asombro de don Juan al reconocer en una de ellas á la Condesa!

Julian dirigió graves y rudas palabras á la Condesa, y ésta se mostró esquiva, enojada, y por último, suplicante y amorosa. Tal era la palabra que debiera emplearse para calificar el expresivo afecto, la avidéz sensual, la humillacion de aquella criatura que hasta entonces habia sido el ideal de su ilustrísima.

—Te vas; sí; te vas, Julian mio; lo sé; huyes de mí,—exclamaba la Condesa con trémulo y apasionado acento.

—Demasiado conoces el motivo; no puede exigir de mí el tio, que en pago de sus favores haya de encontrar en mí un dique que oponer á la maledicencia; porque, en fin, y hablando sin más preámbulos, se dice que tiene su ilustrísima un gran empeño en casarme para responder á los calumniadores que han supuesto entre tí y el buen Prelado, muy íntimas relaciones; conque, adios, prenda, hemos sido muy felices; justo es que el uno no empalague al otro.

Flaqueábanle las piernas al buen Obispo; aquello último habia acabado de abatirle; luego le fué inevitable presenciár una escena que le pareció repugnante. La Condesa, prendida al cue-

llo de Julian, le besaba llorosa, protestaba apasionada, y tal y tan violenta fué en sus caricias, que el Obispo cubrió su dolorida cabeza con las manos y sintió sobre sí todo el peso de aquel horrendo desengaño, llorando, llorando sin tino. Después tanteó vacilante, dió algunos pasos, en tanto Julian y la Condesa, llevado aquél de ésta, desaparecían por lo alto de la escalera; el Obispo salió del escondrijo, cruzó el zaguan y el corralejo, entrando en la huerta; allí le acometió el pavor de siempre; no cabía duda, alguien le seguía, era el propio Julian que, armado con una tremenda navaja, se dirigía hácia él para asesinarle.

La nieve caía en espesos y pesados copos; la luna difundía entonces una claridad algo más luminosa; todas las cornisas, crestas, relieves, estribamentos, columnas y arcos, y hasta la cónica punta de la gran torre de la catedral, aparecían festoneados de blanca nieve; el soplo de la sierra estremecía y petrificaba. El Obispo sintió de pronto un agudísimo dolor en el centro del cráneo, y volvió á llorar como un niño asustado que se ve perdido en medio del campo; sintió la necesidad imperiosa de irse á su palacio. Anduvo desalado precipitando el paso, oscilando, y así atravesó la puerta que Julian dejara de

par en par. Salió del huerto al callejon, quiso correr, y aceleró el paso, no pudiendo llegar sino hasta cerca de los muros de la catedral; allí le faltaron las fuerzas por completo. ¡Oh, qué trecho aquel, que desde el centro del callejon hasta el muro de la grande iglesia hubo de andar rastreando las plantas de los piés, y poniendo en ello largo tiempo! Así el hombre torpe sale de la cuna sin poderse sostener sobre la tierra, y andar por ella paso á paso, lenta y torcidamente, como anda cuando se acerca al sepulcro.

El Obispo, que habia alzado en el altar del templo los brazos para bendecir al pueblo, tendiéndolos allí; y el que se habia erguido majestuoso como príncipe en las grandes ceremonias religiosas, cayó pesadamente, herido por la apoplegía al pié de la catedral.

Veinte minutos despues, Julian y la servidumbre del palacio hallaron á su ilustrísima y le condujeron al palacio. Cuanto por salvarle se hizo fué en vano; el Obispo espiró.

.

.

Dos dias despues, el cadáver se hallaba tendido sobre una mesa en el camarín del palacio; el doctor Acevedo, don Lúcas Andrés y otro jóven médico de Madrid, se ocupaban en embalsamar

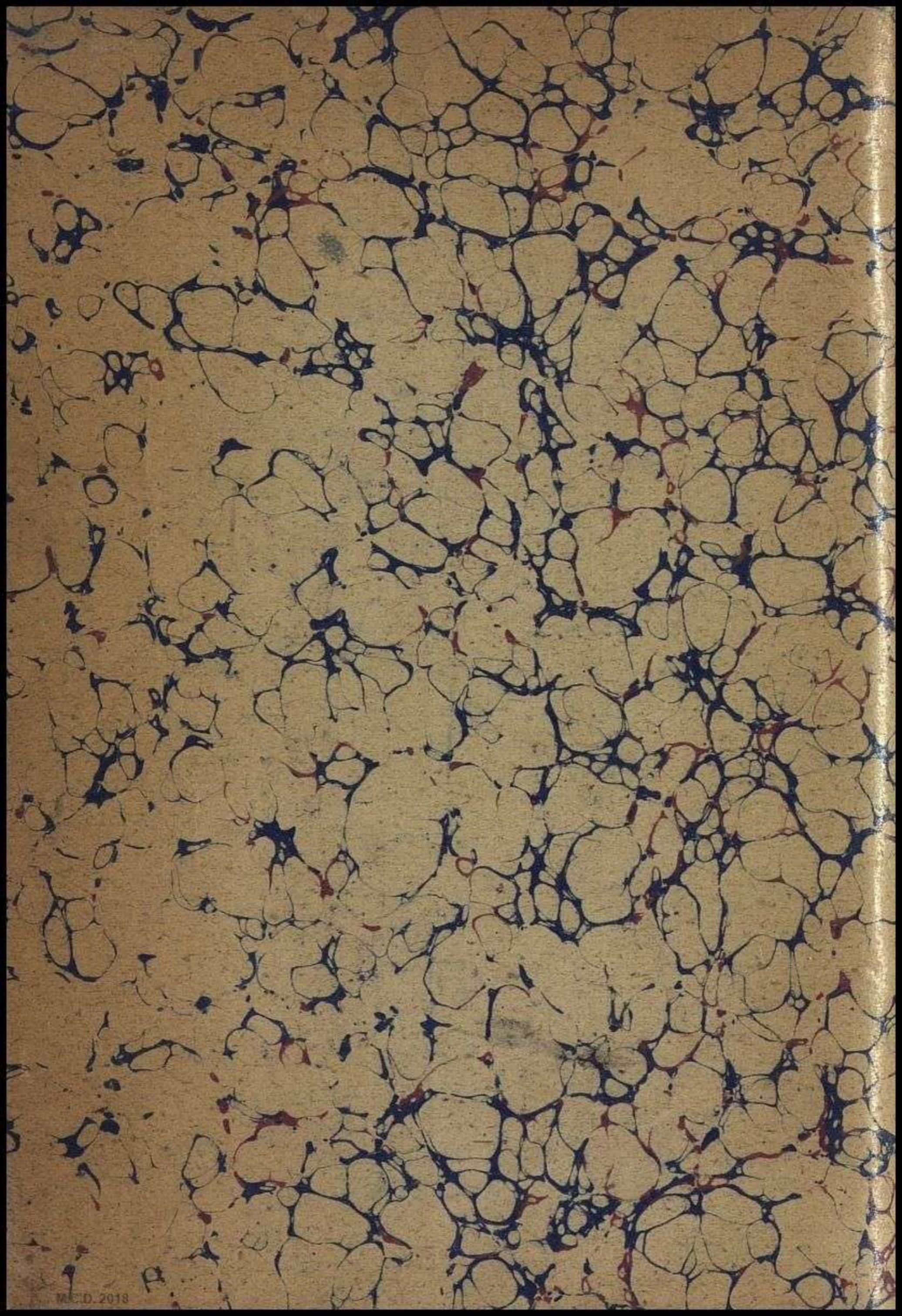
el cadáver. Julian, pálido, convulso, sintiendo un profundo terror ante la muerte, permanecía silencioso contemplando la escena.

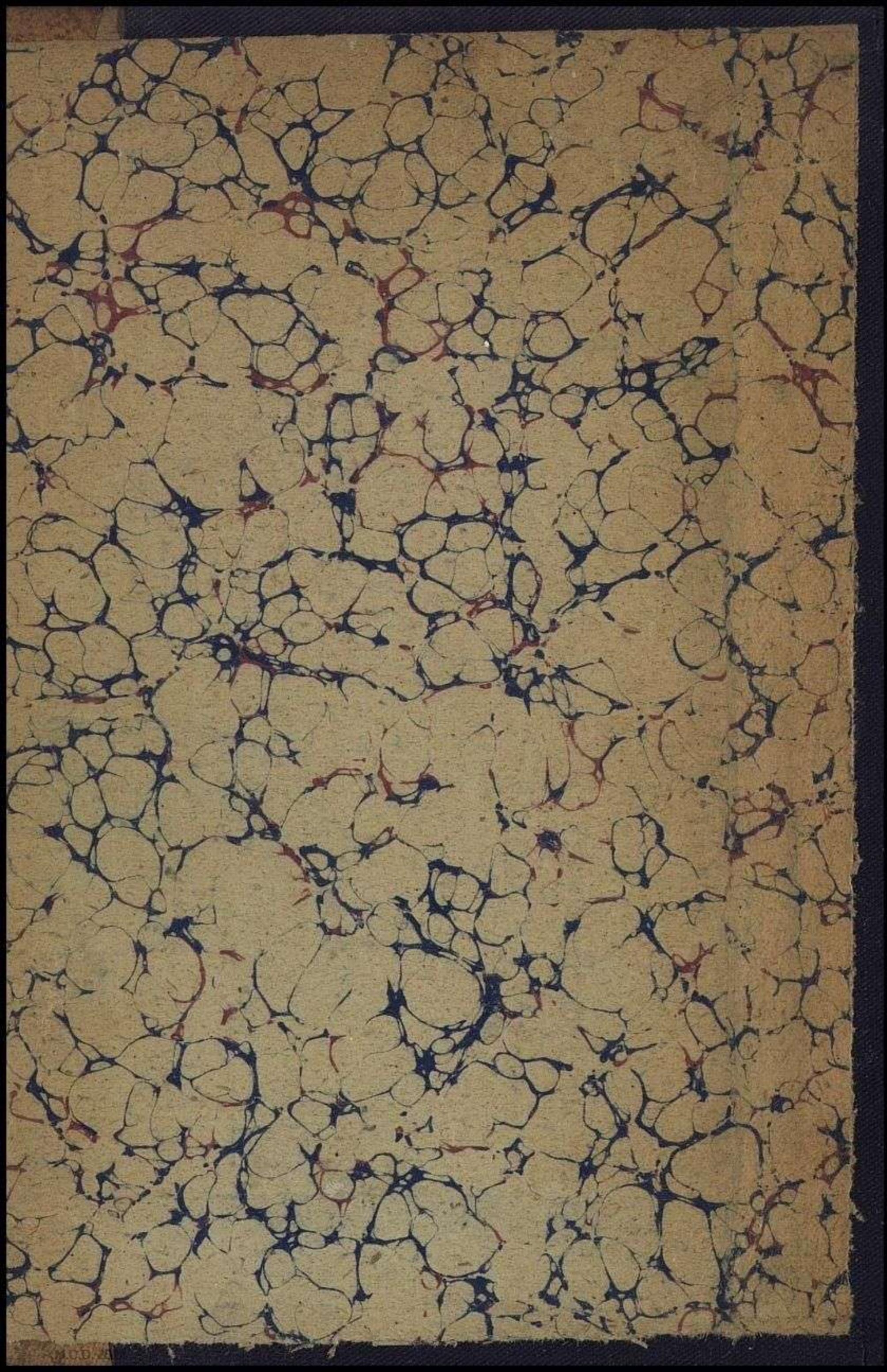
Se habló de las causas que habrían podido motivar aquella desgracia; el doctor Acevedo aseguraba que por nimias que hubieran sido, ninguna supondría lo que la terrible ley de la herencia.

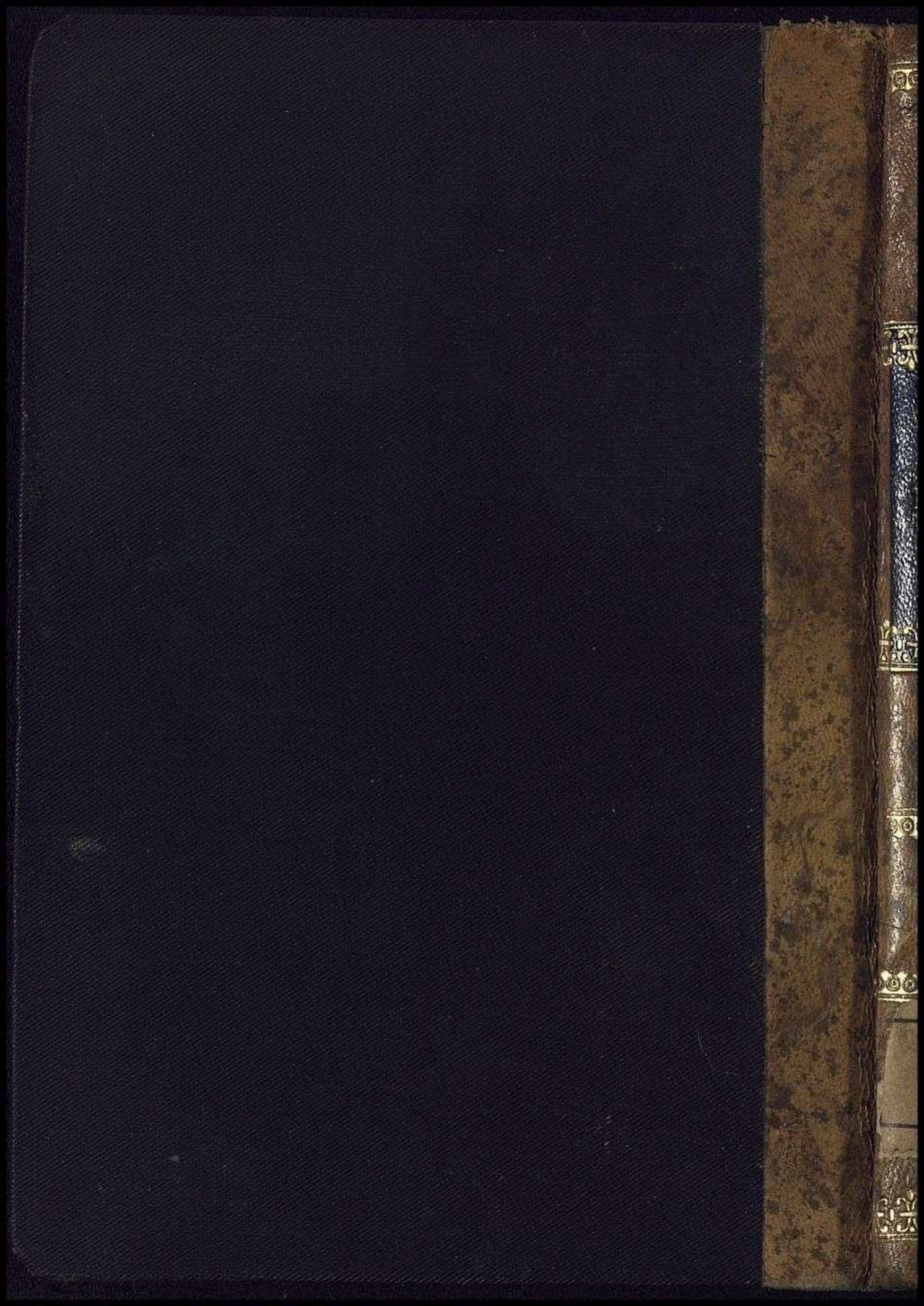
El joven médico madrileño, sentado en un sillón de terciopelo granate, tendidas y apoyadas las piernas en un sitial, con el codo en los brazos del asiento y la frente descansando en la mano, fumaba mirando al valle y á la sierra, por los cuales se extendía una sábana de nieve, y exclamó de repente:

—Es el primer cadáver de obispo que veo en mi vida; su cabeza no estaba mal conformada. Hé ahí un cerebro que muy bien hubiera podido llegar á ser INFALIBLE.

FIN DE LA NOVELA.









ZAFONERO

—
EL SEÑOR

OBISPO



D

364



El Obispo fué deslizándose lentamente por la pared que cercaba la huerta, hasta la delgada y llegó á la puerta de éste; vaciló un momento, y atravesándolo por fin, prosiguió por el sendero abierto en la nieve, hasta la entrada de la casa. La puerta de ésta se hallaba entornada, empujó suavemente y penetró.

Iba á subir á tientas la escalera, y como temiendo ser sorprendido por otra persona que no fuera Marina, se ocultó en el espacio que dejaba el rellano por bajo de la escalera.

Allí quedó, sintiendo más que nunca sobre sus carnes la fría humedad de la nieve: entonces su atención fué subyugada por el ruido de un chicheo cuasi imperceptible, en el cual llegó á oír coger algunas extrañas y significativas expresiones. En esto abrió la puerta y penetró por ella un hombre, raspó un fósforo en la pared, encendió con él un cabo de bujía, iluminó el zaguán y la escalera.

A través de una rendija del escondite, como vio que aquel hombre era su sobrino; ¿qué iba á hacer allí? ¿por qué entraría á aquellas habitaciones en casa de la Condesa? Esto se preguntó el Obispo lleno de inquietud.

—Aquí estoy,—gritó Julian con fuerza, por la cual acudieron seguidamente las demás

x-rite

colorchecker CLASSIC

100 mm